VEGA MANHATTAN



CUPIDO

¡POR QUÉ MI HERMANASTRO!

Cupido. ¡Por qué mi hermanastro!

©Vega Manhattan

©Julio, 2025

Imágenes: Freepik

Diseño de portada y maquetación: Vega Manhattan

Este libro y su contenido están protegidos por las leyes de derechos de autor. Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su almacenamiento en sistemas de recuperación de información, la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos) sin el permiso previo y por escrito del autor o del titular de los derechos.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son fruto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales, es pura coincidencia.

NOTA DE LA AUTORA

Hola, soy Vega, autora de esta novela.

En esta historia abordo el tema de la reproducción asistida, en particular la inseminación.

He intentado tratarlo con la mayor honestidad y respeto posibles.

Sé que estos procesos pueden ser emocionalmente complejos, y no pretendo banalizarlos; al contrario, mi intención es explorar sus implicaciones humanas, éticas y emocionales.

Por otro lado, uno de los personajes principales está escrito desde una lógica distinta. Su forma de observar, de pensar y de expresarse no siempre se ajusta a lo que muchos considerarían «habitual».

Esa voz nace tanto de la observación cercana como de mi propia experiencia.

No busco simplificar ni exagerar, sino ofrecer una perspectiva diferente, con su propio orden y su propio lenguaje.

Si en algún momento esa representación resulta imprecisa, pido que se lea desde la empatía con la que fue escrita.

La novela aborda, además, la pérdida gestacional.

El duelo por un embarazo interrumpido, sea cual sea su causa, es una herida profunda, a veces invisible incluso cuando duele a gritos.

Existe. Es real. Y con frecuencia se vive en silencio.

En varios pasajes recurro al humor, no como burla, sino como un modo de acercarme a lo difícil desde otro lugar y dar un respiro al lector.

Una vez dicho esto, espero que disfrutes la historia, con sus tropiezos, su caos, sus decisiones complicadas y, por supuesto, su sentido del humor.

Gracias por estar.

Gracias por leerme.

CUPIDO

¡POR QUÉ MI HERMANASTRO!

VEGA MANHATTAN

Sinopsis

Amanda quiere ser madre soltera por inseminación.

Sin líos, sin hombres, sin compartir custodia con nadie.

Todo va según el plan hasta que Ryan, su hermanastro, decide que puede ser el donante perfecto. Al fin y al cabo, ya se conocen, confían el uno en el otro y, detalle menor, se detestan a ratos.

¿Qué podría salir mal? Pues casi todo.

Especialmente si tenemos en cuenta que entra en juego Cupido. Y ya sabemos que, si él apunta, el caos está servido.

ÍNDICE

NOTA DE LA AUTORA
Sinopsis
Introducción
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Epílogo

Tyler
Nota final
NOVELAS

«Era improbable, sí. Como tantas cosas que acaban ocurriendo igual.»



Introducción

Firmar un contrato debería darte seguridad.

Todo claro, por escrito, sin margen para malentendidos. Tú haces esto, yo hago lo otro y nadie acaba en terapia.

Adulto. Legal. Seguro.

Hasta que metes el amor en la ecuación.

Y ahí, claro, todo se va a la mierda.

Porque al amor le da igual cualquier acuerdo. No entiende de cláusulas ni de advertencias en negrita.

Puedes escribir «prohibido enamorarse» en mayúsculas, subrayado, con tres asteriscos, pero no servirá de nada.

El amor no lee condiciones.

Y tú, que juraste tenerlo todo bajo control, acabas repasando cada línea, buscando en qué punto exacto empezó a romperse todo.

Era solo un pacto.

Una decisión sensata.

Hasta que te sorprendes llorando por alguien a quien no deberías querer, diciéndote que esto no estaba en el plan.

Como si el amor se pudiera planear…

Así que, antes de firmar nada, recuerda: el amor nunca lee la letra pequeña.

Y, siempre, termina pasando factura.



Capítulo 1

—Es lo justo —sentenció Amanda.

Y lanzó una mirada al resto, esperando que, al menos allí, alguien tuviera la decencia de confirmar que tenía razón.

Pero su madre seguía removiendo la carne en la olla. A ese ritmo, lo que saliera de ahí acabaría siendo más papilla que estofado.

Y su padre, mientras tanto, estaba inmerso en cortar cada rodaja de pepino con idéntico grosor, idéntica forma y una exactitud tan minuciosa como inútil.

—«Justo» es un término subjetivo sin parámetros universales aceptados —dijo Tyler, que estaba poniendo la mesa.

Amanda se giró hacia él, molesta.

—La justicia no va de parámetros, Tyler. Va de hacer lo correcto. De no mirar hacia otro lado.

Ryan apareció en la cocina justo a tiempo para escuchar la última frase.

—La justicia, Amanda, no es algo que nos corresponda impartir a nosotros. Para eso está el juez.

—Vaya por Dios, ya estamos todos… —gruñó Amanda.

—¡Hijo! —exclamó su madre, entusiasmada al verlo llegar.

Había salido de su trance culinario de golpe.

Se fundió con el hijo pródigo en un abrazo intenso, largo y completamente desproporcionado para alguien al que había visto hacía unas horas.

Al separarse de él, le dedicó esa sonrisa suya. La grande. La desproporcionada. La que solo le salía con él.

Nadie más en el mundo había conseguido provocarla.

Amanda lo había intentado. Muchas veces, además.

Nunca funcionó.

Ni cuando sacó matrícula de honor en derecho. Ni cuando fue la única en cuidar a la abuela en el hospital. Ni cuando aprendió a hacer arroz al horno como a su madre le gustaba.

Pero claro, el otro llegaba, respiraba y zas. Milagro.

—¡Qué alegría verte, cariño!

A Amanda no le diría eso. Con Amanda, de hecho, hasta le daría alegría perderla de vista.

—No te esperábamos hoy —continuó su madre.

—Pero llego a tiempo, ¿no? —preguntó Ryan mientras se acercaba a la olla y cogía trozo de carne. Se lo metió en la boca—. Hmmm… te superas cada día —le dio otro beso en la mejilla a su madre.

La sonrisa de esta se ensanchó todavía más, si es que eso era posible.

Amanda, en cambio, no sonrió. Lo miró con la expresión que reservaba exclusivamente para los insectos. Insectos grandes e invasivos.

Guapísimos, sí. Y vestidos con traje de Armani. Pero insectos, al fin y al cabo.

Acto seguido, fingió una arcada.

O quizá no la fingió. Probablemente, la sintió de verdad.

—Papá… —Ryan le dio una palmadita en el hombro a su padre, a modo de saludo.

El hombre emitió un sonido extraño, algo entre un gruñido y un resoplido, justo cuando la precisión de su corte se fue al carajo. Miró la rodaja torcida, suspiró, la apartó sin decir nada y cogió otro pepino.

Vuelta a empezar.

—Ty…

Tyler no lo miró.

—Ya nos saludamos esta mañana en el desayuno —dijo—. Repetirlo sería redundante.

Ryan parpadeó. Luego asintió.

Tenía razón, claro. Como siempre.

—Tú… —dijo Ryan al pasar por delante de Amanda.

Ni un «hola», ni siquiera un «hola, tú». Solo «tú».

Con todo el desprecio posible concentrado en una sola sílaba.

—¿Qué demonios haces aquí? —espetó ella, hablándole al cogote, porque el insoportable ni siquiera se detuvo, iba directo a la nevera.

—¿Y tú?

Amanda enarcó las cejas.

—Esta es mi casa.

Ryan cerró la nevera con calma. Asintió mientras abría la lata de cerveza con un clic casi ceremonioso.

—También es la mía.

—Eso no es completamente exacto —intervino Tyler.

Y no lo era.

—Esta casa no es vuestra. Legalmente, pertenece a nuestros padres. Vosotros tenéis viviendas propias registradas a vuestro nombre. Esas sí son vuestras casas.

Amanda puso los ojos en blanco.

—Gracias por la clase de catastro, Ty.

—No es catastro. Es el registro de la propiedad. Son cosas distintas. Y no era una clase. Era una corrección puntual —dijo mientras colocaba los cubiertos para Ryan.

—Joder con Google —suspiró Amanda.

Tyler no respondió. Él no era Google. Y no se daba por aludido.

En fin… simplemente Tyler.

Amanda miró a Ryan, que casualmente la estaba mirando. Él enarcó las cejas justo cuando sus miradas se encontraron.

—Es viernes —dijo ella entonces, como si eso bastara para explicar su cara de desconcierto al verlo allí.

Y tenía sentido.

Ryan no solía aparecer por allí los viernes. Normalmente, tenía citas románticas programadas. En su propia casa. Que, por cierto, parecía usar solo para eso.

Así que su presencia inesperada dejaba solo tres escenarios posibles:

1. No hubo cita.
2. Hubo cita, pero salió horriblemente mal.
3. Hubo cita, y salió tan increíblemente bien que escapó por pura prevención.

—¿En serio? No me había dado cuenta… —murmuró Ryan, sarcástico.

Amanda murmuró algo entre dientes. Conociendo su variado y colorido repertorio poco apto para convivencias sanas, podría haber sido perfectamente un «hijo de la grandísima», «hombre de Cromañón», «pedazo de subnormal» o, quizá, el clásico pero siempre eficaz «gilipollas».

Ryan no sabía qué dijo exactamente, pero sonrió. Y sonrió todavía más al ver cómo a ella se le ensanchaban las aletas de la nariz.

Si es que era muy fácil de enfadar.

Irritada, Amanda se dio media vuelta y volvió a mirar a su padre, centrándose en el tema verdaderamente importante.

—Tenemos que ayudarla, papá. Es lo justo, ¿no crees?

—Y dale con lo justo… —resopló Ryan, harto de escuchar la misma palabra.

Amanda debía de haberla repetido unas quinientas veces a lo largo del día.

—Somos abogados. La ética no nos paga el sueldo.

—En eso tienes razón —intervino Tyler.

Amanda le lanzó a su hermano pequeño la mirada número seis, la catalogada como «decepción con matices».

Normalmente, aparecía tras una contradicción inesperada o una supuesta traición.

—Lo que os paga el sueldo son los conflictos —prosiguió Tyler, ignorándola.

—Preferiblemente, los ajenos —añadió Ryan y levantó su lata como si propusiera un brindis invisible.

Nadie más lo acompañó, pero a él eso le importaba aproximadamente lo mismo que el precio de los rábanos en Mongolia.

—¡Oh, venga ya! —exclamó Amanda.

Y empezó a caminar por la cocina, refunfuñando para sí al mismo tiempo que se llevaba la mano a la mejilla y comenzaba a rascarse.

—Ya va a empezar… —resopló Ryan.

Y es que sabía perfectamente lo que iba a ocurrir.

Tyler también lo sabía. Por eso, cuando finalmente sucedió, estaba de pie y preparado.

—¡Joder! —maldijo Amanda en voz baja al notar el primer rastro de sangre en su mejilla.

Se había arrancado una postilla.

Siempre tenía alguna para arrancar, porque nunca dejaba que se curasen del todo.

Tyler le ofreció de inmediato el pañuelo de papel que tenía en la mano. Anticipar necesidades era una de sus competencias más destacadas, junto con la categorización facial, el seguimiento meticuloso de rutinas y una excelente memoria secuencial.

Pero, evidentemente, ese no era el momento de entrar en detalles.

—Gracias —murmuró Amanda mientras presionaba el pañuelo contra su mejilla.

Tyler no respondió «de nada». No hacía falta. Tampoco le dijo que debería dejar de rascarse. Ya lo había hecho otras veces.

Y nunca servía de nada.

—Nueve años de mantenimiento —continuó Amanda, que no estaba dispuesta a dar el tema por zanjado.

Miró a su madre. La mujer bajita y delgada, con su media melena pelirroja y rizada recogida en una coleta ridícula (que en realidad no recogía nada), seguía sonriéndole a Ryan.

Amanda negó con la cabeza. Si alguien podía ponerse de su parte, desde luego no sería la madre que la parió.

Volvió a mirar de nuevo a su padre. El hombre alto, con esa mata de pelo canoso que desafiaba toda estadística capilar a los sesenta y muchos y que seguía concentrado en su misión personal (pepinos milimétricos), era, siempre, su única esperanza.

—¡Nueve años, papá! —repitió Amanda—. Nueve años pagando facturas, haciendo reformas, cuidando a una persona enferma que necesitaba atención constante. ¡¡Nueve años!!

—Pero no grites —resopló Ryan—. ¿Por qué gritas?

—Porque puedo y quiero.

—Por eso, precisamente, lo hizo esa mujer —dijo entonces su padre, mirándola—. Porque quiso y pudo. No porque nadie la obligara.

Un grito ahogado se le escapó a Amanda. Y miró a su padre, horrorizada.

¡Es que no se lo podía creer!

Su padre casi nunca estaba en desacuerdo con ella. Y mucho menos solía alinearse con lo injusto.

Eso era, precisamente, lo que lo convertía en su referente. En su brújula moral.

Amanda se hizo abogada por él. Por sus principios. Por cómo defendía a la gente. Por cómo actuaba.

Ahora lo miraba y no lo reconocía. Ya no encajaba con la versión que ella había construido.

Se le había caído un mito.

Así. Sin más.

Ryan, por su parte, sonrió, triunfal, convencido de que acababa de ganar un aliado importante en aquella discusión.

—Que papá te dé la razón en un punto concreto no significa —ni de lejos, pensó— que esté de acuerdo contigo —le advirtió Tyler, que sabía muy bien cómo iba a acabar la cosa.

No porque fuera adivino ni nada.

Patrones. Se trataba de patrones.

—Pero con eso no quiero decir —continuó el padre— que esté de acuerdo con la otra hermana ni que me decante por apoyarla.

La sonrisa de Amanda empezó a asomar justo cuando la de Ryan se desvanecía.

—¿Ves? Los matices existen —dijo el chico pelirrojo, mirando a su hermano mayor, con quien compartía casi todos los rasgos físicos, excepto el color de pelo y de ojos.

Tyler los tenía verdes, como su madre. Como Amanda.

—Ahí tienes uno perfectamente ilustrado —añadió, encogiéndose de hombros antes de sentarse.

Ya había puesto la mesa.

Ryan resopló. Iba perdiendo. Otra vez.

—Pero tampoco es un argumento que debamos pasar por alto —intervino su madre.

Nadie dudaba de que esa mujer, que no se parecía al hijo pródigo en nada, salvo en lo de llevarle siempre la contraria a Amanda, acabaría poniéndose de parte de este.

—No tenía obligación ninguna de hacerlo —continuó, mientras dejaba a un lado la paleta de madera y cogía otra del cajón para empezar a servir la cena—. ¿Por qué lo hizo? ¿Es que acaso esperaba beneficiarse, después, de una herencia mejor?

—¡Exacto! —exclamó Ryan, que comenzaba a sentirse ganador de nuevo—. Ahora que no venga de víctima. Sarna con gusto…

Dejó la frase suspendida en el aire. No por énfasis dramático ni por efecto retórico, simplemente, no se la sabía entera.

Su dominio de los refranes era tan brillante como su capacidad para mantener relaciones sentimentales estables.

—Por gusto no —aclaró Amanda, lanzándole una mirada asesina —. Ni fue por interés. Por interés lo hizo la otra, por egoísmo puro, para vivir su vida, porque ella no iba a malgastarla cuidando de alguien más. ¿Y ahora pretende volver para reclamar lo que «le pertenece»?

Dicho eso, Amanda dejó el pañuelo ensangrentado sobre la encimera.

—La papelera está a dos pasos —dijo Tyler—. Exactamente dos. Los conté. No tiene sentido dejar sangre en una superficie de cocina. Es un líquido biológico. Y ahora hay que desinfectar.

Amanda lo miró.

—Ni que tuviera ébola —resopló.

Tyler parpadeó.

—Cualquier líquido biológico puede transmitir patógenos. Además —añadió—, la sangre seca es más difícil de limpiar.

Amanda suspiró. Largamente. Cogió el pañuelo y lo tiró a la basura.

Ryan rio al ver a Tyler con guantes, una bayeta y una botella de desinfectante.

Era un maniático de la limpieza.

Pero Ryan tampoco podía hablar. No solo había heredado la obsesión de su padre por la simetría, sino que rozaba ya la compulsión.

Ryan ordenaba. Clasificaba. Todo.

Los bolígrafos, por colores y tamaños. Los cables, perfectamente enrollados. Las carpetas, alineadas al milímetro. Si una sobresalía, aunque solo fuera medio centímetro, tenía que corregirla. No era opcional.

Los cuadros debían estar perfectamente centrados. Las sillas, empujadas hasta el tope. Las llaves del coche, siempre en la bandeja de la entrada de su casa.

Siempre.

Pero en casa de sus padres, la cosa era diferente.

Porque ahí, con Amanda cerca… no había llaves en la bandeja. Ni siquiera había bandeja.

Y es que Amanda era el opuesto absoluto al orden.

Y eso, Ryan lo llevaba mal. Muy mal.

Una vez pestañeó catorce veces seguidas al asomarse a la habitación de esta. Desde entonces, no volvió a entrar. Ni en su habitación. Ni en su despacho.

Ni en su casa, por supuesto.

Ella decía que él exageraba. Que su desorden era un orden perfectamente organizado.

Ryan no exageraba.

—Sé lo que estáis haciendo —dijo Amanda.

—Desinfectar la encimera —dijo Tyler, con ese tono de «¿acaso no es obvio?»

—Tomarme una cerveza —añadió Ryan, dejándose caer en una de las sillas.

—Estáis intentando que olvide el tema. Y no se me va a olvidar.

Ryan miró al techo y movió los labios, pidiendo ayuda divina.

Amanda era terca. Muy terca.

Una vez discutió exactamente durante treinta y tres minutos con un taxista que, según su perspectiva, había tomado una calle innecesaria para aumentar la tarifa. Se bajó indignada en mitad de un semáforo en rojo, presentó una denuncia formal contra él y entregó como prueba un diagrama a escala del trayecto correcto.

El dictamen le fue favorable. Pero tuvo que caminar siete manzanas bajo la lluvia torrencial para lograrlo.

Llegó a casa absolutamente empapada, pero no le importó en absoluto.

Todos pensaban que el esfuerzo superaba con creces el beneficio. Pero, a juzgar por su cara, ella no pensaba lo mismo.

—Vamos a elegir ya a quién vamos a representar —continuó ella.

Para quien aún necesite contexto: la discusión giraba en torno a dos hermanas enfrentadas por una propiedad heredada.

Una de ellas había vivido toda su vida en esa casa.
Había pagado facturas, hizo reformas, cuidó de su madre enferma durante años.

La otra se había marchado hacía tiempo y ahora había regresado con la intención de vender y llevarse su parte.

Ambas querían contratar los servicios del bufete. Pero no podían representar a las dos. Sería un evidente conflicto de intereses.

Y de los graves, además.

Así que había que elegir.

No debería haber sido complicado. De hecho, bastaba con aplicar criterios puramente objetivos: viabilidad legal, claridad documental, beneficio económico.

Pero con Amanda y Ryan, nada era nunca fácil.

—En caso de representarla a ella —dijo Ryan, refiriéndose a la que Amanda quería como clienta—, podríamos negociar una

compensación económica razonable. Pero ignorar la titularidad legal no es viable.

—Es posible —insistió Amanda, cruzándose de brazos como una niña enfurruñada.

—No lo es —respondió él, conteniéndose apenas—. Ese caso estaría perdido, Amanda. Y lo sabes.

—Lo único que sé es que la otra no merece nada.

—¡Que no nos pagan por impartir justicia! —estalló Ryan finalmente.

Estaba hasta los cojones del tema. Llevaban todo el día con eso en la oficina. Y, por si fuera poco, ahora también allí.

En casa. Donde había ido con la absurda esperanza de despejarse después de un día de mierda, y una cita aún peor.

Solo a él se le ocurría semejante estupidez.

—¡Tampoco se trata de dinero! —gritó Amanda, indignada.

Ryan la miró con los ojos muy abiertos. No estaba solo ofendido. Estaba descolocado.

—¿Que no se trata de dinero? —preguntó, incrédulo—. ¿Que no se trata de dinero? —repitió, bajando la voz, como si necesitara confirmar que había oído bien.

Eso solo podía significar una cosa.

Tyler se tapó los oídos, preparándose para el estallido inevitable.

—¡¿De qué se trataría, entonces?!

—¡De ética! ¡Esto es cuestión de ética!

—¡Pero qué ética ni qué ocho cuartos! ¡Que no tenemos un puñetero bufete de caridad, Amanda!

Amanda era excepcionalmente buena en su trabajo. La mejor abogada de familia de la ciudad. Nadie discutía eso. El problema era que no elegía sus casos basándose únicamente en criterios lógicos.

Ryan la llamaba «la defensora oficial de las causas perdidas».

Y, en parte, lo era.

Aunque el término no estaba bien formulado.

Amanda no escogía causas perdidas. Escogía causas que parecían perdidas. Y luego, incomprensiblemente, las ganaba.

Este caso, por ejemplo, cumplía todos los parámetros de su perfil emocional.

—¡No me grites! —gritó Amanda.

—¡Que no le grite, dice! ¡Pero si es ella la que no deja de gritar! Es que alucino, te lo juro —resopló Ryan, incrédulo—. ¿Quieres ponerte tú la toga y dictar sentencia también? —añadió, sarcástico.

El sarcasmo era algo que Tyler aún no terminaba de entender. Según la teoría, debía provocar en el receptor una reacción emocional o humorística.

Él, sin embargo, solo sentía confusión.

Nunca entendía por qué las personas normotípicas usaban tantas frases que no esperaban que fueran interpretadas literalmente.

Le parecía una forma ineficiente, y frustrante, de comunicarse.

—Deja el sarcasmo —gruñó Amanda, mirándolo con dureza—. No te pega. Lo que quiero es que defendamos a quien realmente se lo merece. Eso es lo que quiero —dijo con la mandíbula visiblemente tensa.

—Y yo quiero defender al cliente con más probabilidades de ganar —replicó Ryan.

Ryan era abogado mercantil. Y jamás perdía un caso.

No porque fuera infalible, que no lo era, sino porque nunca entraba en combate sin tener la victoria asegurada. Solo aceptaba aquellos asuntos en los que la evidencia, el precedente y la estrategia procesal lo situaban en una ventaja claramente demostrable.

Ganaba porque elegía bien. Y porque no contemplaba la posibilidad de fallar.

Excepto cuando discutía con Amanda. En ese terreno, su tasa de éxito caía en picado.

Y esta vez, probablemente, no sería distinto, lo que significaría que acabarían representando a la hermana que Amanda ya había decidido defender.

—Claro, ganar y cobrar. Porque lo único que te importa en esta vida ¡es el maldito dinero! —exclamó Amanda.

Ese comentario marcó oficialmente la transición. Habían entrado en territorio personal.

—¿A mí? ¿Tú me dices eso a mí? ¡¿Precisamente tú?! —gritó Ryan.

Su tono ya no era racional. Tenía un matiz emocional que Tyler había aprendido a identificar como una forma de ofensa personal.

—Joder, Amanda. ¡Pero si todavía me recuerdas el Bizum de la última cena que olvidé pagarte!

Y era completamente cierto; se lo recordaba con frecuencia.

También le reclamó durante días lo que le debía del regalo para su madre. Amanda le había enviado tres recordatorios por correo electrónico. Uno de ellos, incluso, llevaba adjunto un Excel perfectamente elaborado.

Con fórmulas y todo.

Cualquiera podría haber creído que Amanda hacía esas cosas por dinero, pero no era así.

Lo hacía exclusivamente por Ryan.

Si hubiera sido otra persona, Amanda ni siquiera lo habría mencionado. De hecho, media ciudad podía deberle dinero y ella no pestañearía.

Pero si era Ryan, entonces sí. Entonces Amanda se lo apuntaba. Lo registraba. Lo subrayaba.

De él lo recordaba absolutamente todo: fechas, frases, miradas, silencios.

Era fascinante.

Y estadísticamente poco saludable.

—No fue una cena precisamente barata —dijo Amanda, cruzándose de brazos—. Y además, no cambies de tema. Estamos hablando de una injusticia flagrante.

—Estamos hablando de derechos legales claros y específicos —contestó Ryan—. ¿Quieres perder un caso solo porque tu moral te lo dicta?

—No es solo moralidad. Es humanidad —replicó Amanda, frunciendo aún más el ceño—. Algo de lo que tú careces por completo, por cierto.

—Joder… —Ryan se pellizcó con fuerza el puente de la nariz.

Por su expresión, parecía que preferiría estar pellizcando algo, o a alguien, distinto.

—Esa mujer se dejó la vida cuidando de su madre y de esa casa. ¿Ahora tiene que ceder porque a su hermana se le ocurre reaparecer de la nada para exigir «lo suyo»? —hizo el gesto de las comillas con los dedos.

—Legalmente, sí. Legalmente, tiene todo el derecho del mundo a reclamar su parte —Ryan se pasó una mano por el pelo.

Resultado inmediato: peinado en estado crítico.

—¡Pues no es justo! —insistió Amanda.

—Bienvenida al mundo real —dijo Ryan—, donde la justicia no tiene cabida y donde no siempre las buenas acciones tienen recompensa.

No, la vida no era justa. Eso lo sabían todos.

Tampoco era justo destrozarse la cara, pensó Tyler que resopló, nada discretamente, al ver a Amanda rascarse de nuevo. Tomó otro pañuelo de papel y estaba a punto de levantarse para entregárselo, pero Ryan se anticipó. Con tres largas zancadas llegó hasta ella y, con un gesto brusco, le apartó la mano de la cara.

Luego la tomó por la barbilla y le levantó la cabeza.

—Estate quieta —resopló Ryan.

Siempre estaba resoplando.

Según los cálculos de Tyler, Ryan solía hacerlo alrededor de veintitrés veces al día. Pero cuando Amanda entraba en la ecuación, esa media subía hasta treinta y cinco.

Como mínimo.

—Déjame —gruñó Amanda.

Intentó apartarse. No le gustaba tenerlo tan cerca. Y él estaba demasiado cerca.

Pero Ryan no se movió. Al contrario, le sostuvo la barbilla con más firmeza.

Amanda volvió a rascarse.

—Para ya, ¡por favor! —se quejó él.

Suspiró al ver que, por fin, se quedaba quieta. Entonces empezó a limpiarle la sangre que le manchaba la mejilla.

—¿Es que no puedes quedarte quieta ni un segundo? ¿Tanto te cuesta no destrozarte la cara? —gruñó Ryan, limpiándole la mejilla con mucho cuidado.

Joder, es que siempre estaba igual.

—Puedo sola —refunfuñó ella, intentando coger el pañuelo que él tenía en la mano.

Ryan la miró cuando la mano de Amanda se posó sobre la suya. No dijo nada. Pero era una mirada de advertencia.

Amanda suspiró y dejó caer la mano, dejándolo hacer.

—No es para tanto —murmuró, desviando la vista de sus ojos grises, que a esa distancia siempre parecían más claros.

—Ya… —con el pañuelo, Ryan limpió una gota de sangre que caía por el cuello—. No es para tanto, claro que no.

Amanda levantó la mirada justo cuando notó ese tono extraño en su voz. Él tardó en mirarla. Seguía concentrado en limpiar cualquier resto de sangre de su piel.

Pero cuando sus ojos grises, por fin, se posaron en ella…

—¿Por qué no tenéis un hijo juntos?



Capítulo 2

A estas alturas de la vida, Amanda no entendía por qué seguía sorprendiéndose de las cosas que Tyler soltaba por la boca.

Ya debería estar más que vacunada contra sus comentarios inoportunos.

Pero no. Tyler todavía era capaz de sorprenderla.

Miró a Ryan, que se había quedado petrificado. Movía los labios rápidamente, como si intentara alcanzar una explicación que no terminaba de cuajar, y le había empezado un tic en el ojo.

En fin…

Amanda le quitó el pañuelo de papel de forma brusca y dio un par de pasos atrás, poniendo distancia entre ellos.

—¿Eso significa que has ido a la clínica? —preguntó entonces su madre, que no tardó en atar cabos.

Amanda la miró, ya consciente de hacia dónde se dirigía la conversación.

La mujer era bastante avispada cuando quería.

—Mamá… —intentó que su tono llevara una advertencia clara—. No…

—¡¿A esa clínica?!

A su madre, la advertencia, como siempre, se la traía al pairo.

Ryan miró a su madre y luego a Amanda, que se alejaba de él.

—¿Has ido a una clínica? —preguntó, y frunció el ceño—. ¿Estás enferma?

Amanda enarcó las cejas mientras se apoyaba en la encimera. ¿Sonaba preocupado?

Bah. No. Era Ryan. Por Dios.

No se preocuparía por ella ni aunque se estuviera incendiando delante de sus narices.

Ryan llegó hasta ella en un segundo, volvió a cogerla por la barbilla y le giró un poco la cara.

—Si me fijo, sí. Es verdad, estás demacrada. Sigues siendo la misma tocapelotas de siempre, pero sí. Demacrada.

Amanda puso los ojos en blanco y le dio un golpe seco en el hombro, sin el más mínimo miramiento.

—Enferma me pones tú —espetó, apartándose otra vez para recuperar algo de distancia.

Joder, qué manía tenía de acercarse tanto. ¡Que no era necesario!

Después, la que se jodía era ella, porque se le quedaba ese maldito olor metido en la nariz.

Su olor.

Miró a Tyler y alzó levemente las cejas, dirigiéndole la mirada más sarcástica que fue capaz de reunir.

—Gracias, Tyler. De verdad.

—De nada —respondió él al instante, sin una pizca de ironía.

Claro. Ironía y Tyler eran como el agua y el aceite.

Incompatibles.

—Aunque, exactamente… ¿Gracias por qué? —preguntó este.

Amanda suspiró. No valía la pena responder.

Se acercó a la encimera, cogió dos platos que ya estaban preparados, y caminó dispuesta a dejarlos sobre la mesa de la cocina.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Ryan, desconcertado.

Lo estaba, mucho.

No entendía nada.

—¡Vamos a ser abuelos! —exclamó entonces su madre, absolutamente eufórica.

Amanda tropezó con sus propios pies.

—¿Un bebé? —dijo Ryan, apareciendo y atrapando los platos que casi dejaba caer—. Espera… ¿Vas a tener un bebé?

¿*Cuándo*?

¿*Cómo*?

—¡¿Con quién?! —exclamó entonces.

Amanda abrió la boca dispuesta a mandarlo al carajo, pero él, muy en su línea, la interrumpió.

—No, espera. Eso no quiero saberlo —gruñó rápidamente.

Mierda. Ya no estaba solo desconcertado. Ahora estaba cabreado.

¿Por qué? No lo sabía.

Bueno, sí. Sí lo sabía. Amanda iba a tener un bebé. Y él se estaba enterando así. El último.

Era para cabrearse hasta ese nivel exacto de cabreo que él estaba sintiendo, ¿verdad?

¡Por supuesto!

—Este tío es tonto —refunfuñó ella.

Ryan dejó los platos sobre la mesa.

—¿Por qué no me dijiste nada? —preguntó, indignado, y clavó los ojos en ella.

O eso creyó Amanda, porque no se quedó a comprobarlo; ya estaba girando sobre sus talones.

—Amanda… deja de ignorarme —le advirtió.

—No lo hago —mintió ella sin pararse ni un instante—. Defenderemos a la hermana cuidadora, ¿no? —preguntó con la intención de cambiar de tema mientras cogía otros platos para llevar a la mesa.

—A la mierda las hermanas y la maldita herencia. ¿Yo por qué no lo sabía? —insistió, siguiéndola de cerca, también con cosas en las manos.

—Porque todavía no hay absolutamente nada que tengas que saber —respondió Amanda—. Solo fui a informarme sobre el proceso de inseminación.

Ryan no supo por qué, pero esa palabra lo hizo respirar.

—No le dije nada a nadie. Ni a mamá, ni a papá.

—A Tyler sí.

No era que estuviera celoso. Ni mucho menos. Ryan sabía que la relación entre Amanda y Tyler era especial.

La suya con su hermano también lo era.

Y tampoco es que él y Amanda tuvieran precisamente la mejor relación del mundo. Eso también lo tenía claro.

¡Pero joder! Ese tipo de cosas tenía que saberlas él también.

¿Por qué solo Tyler? ¿Y él no?

Pues no le gustaba.

Nada.

—Tyler es Tyler —dijo Amanda, como explicación.

Tyler asintió con la cabeza, dándole la razón.

Ryan resopló.

—Y yo soy yo —dijo.

—No me digas —replicó Amanda, con toda la ironía del mundo en la voz.

—Tenía derecho a saberlo. Soy tu hermano también, ¿no?

—Técnicamente no —intervino Tyler—. No tenéis ningún vínculo biológico. Y legalmente tampoco.

Hannah, la madre biológica de Amanda, se había casado con Liam, el padre biológico de Ryan, hacía ya veintisiete años. Desde entonces, Ryan y Amanda eran hermanos.

Unos años más tarde llegó Tyler, hijo biológico del matrimonio.

—No habré parido a Ryan —intervino su madre, con ese tono de siempre cuando salía el tema—, pero lo considero mi hijo.

Y nadie dudaba de eso.

—Y ahora tu hija va a tener un hijo, ¿no? —dijo Ryan—. O una hija. O hije… —es que no se lo podía creer—. ¡¿En serio estás embarazada?!

Amanda no sabía qué le molestaba más, si lo pesado que era o lo horrorizado que parecía con la idea.

—Quiero ser madre, pero no estoy embarazada —corrigió ella lentamente, marcando cada palabra con una paciencia que no sentía en absoluto—. Hay una diferencia, aunque igual necesitas un croquis para entenderlo.

—Los croquis ayudan —intervino Tyler con total naturalidad—. Visualizar los elementos facilita considerablemente la comprensión de escenarios complejos. Si quieres, le preparo uno —añadió, mirando a Amanda y esperando su confirmación.

—Tú calla, que ya me la pagarás luego, traidor —refunfuñó Ryan, mirándolo de mala manera.

Tyler lo miró sin responder, ni siquiera pareció perturbado. Simplemente, lo observó con curiosidad, como si estuviera decidiendo en qué cajón emocional meter aquella reacción concreta.

Luego, aparentemente satisfecho con su análisis, se encogió ligeramente de hombros.

—¿Qué te han dicho entonces, cariño? —preguntó su padre después de terminar, por fin, de cortar el pepino—. ¿Cuándo voy a ser abuelo?

—Eso —añadió Ryan, con una sonrisa burlona, lanzándole una mirada que destilaba sarcasmo—. ¿Cuándo voy a ser tío?
Espero que hayas avisado en la clínica de que la locura familiar es genética.

Amanda elevó ambas manos al techo en un gesto de absoluta desesperación.

Su paciencia se estaba agotando. Y rápido.

—Voy a ponerme a gritar —les advirtió, clavando los ojos en cada uno de ellos como aviso definitivo.

—Vale —dijo Tyler con absoluta tranquilidad y, sin perder ni un segundo, se tapó obedientemente los oídos.

—¡No, el bebé! —exclamó su madre, alarmada, llegando hasta la mesa—. Vas a asustar al bebé, cariño.

—¡Que todavía no hay ningún bebé! —estalló finalmente Amanda, llevándose las manos a la cabeza, frustrada.

Por Dios, ¿pero qué familia de locos era esa? ¿Cómo se le pudo cruzar por la cabeza traer a alguien más a ese manicomio?

Pobre criatura.

Angelito.

—¿Segura que no lo hay? —preguntó Ryan, entrecerrando ligeramente los ojos, observándola con una expresión cargada de suspicacia.

—¿Perdón? —Amanda lo miró, incrédula ante el rumbo absurdo que estaba tomando la conversación.

—Digo… ¿estás completamente segura de que no hay nada ya…? —bajó lentamente la mirada hacia su vientre y la observó.

A ver, Amanda nunca había tenido el vientre plano. Siempre había tenido una especie de mini barriguita que, sabía Ryan, la acomplejaba un poco. Él no le veía nada de malo, al contrario, a él siempre le había parecido de lo más…

Nada.

No le parecía nada.

Punto.

Volvió a subir los ojos y los clavó en los de ella. Amanda lo miraba con el ceño fruncido y una mueca de disgusto dibujada en los labios.

Él sonrió, burlón.

—¿Segura, Amanda? Porque no lo tengo muy claro.

Amanda bajó la vista hacia su abdomen nada plano. Luego lo miró a él con unas ganas homicidas perfectamente justificadas.

Cómo se podía ser tan guapo y tan tremendamente gilipollas era algo que Amanda no había logrado entender nunca.

Sí, Ryan era guapo. Alto, moreno, ojos grises. El típico espécimen que podría ser el muso de muchas y de muchos. Pero, como la mayoría de los guapos irremediables, también era irremediablemente idiota.

Lo uno no compensaba lo otro.

Amanda giró la cabeza hacia su madre y enarcó las cejas con una calma fingida. Fingida mal.

Tan mal que no engañaba a nadie.

—Te vas a quedar sin hijo favorito —le advirtió, señalando a Ryan con un gesto seco de cabeza.

Y se dejó caer en la silla, agotada.

Estaba hasta el moño de aquella familia.

—Pero cuéntanos —insistió su madre, sentándose también.

Hannah se había jubilado hacía poco. Quería disfrutar de su jubilación: viajar, hacer yoga, vivir todas esas cosas que durante años no había podido permitirse por culpa del trabajo.

Ser abogada exigía demasiado. Y, durante mucho tiempo, no le había permitido casi nada.

La idea de tener un pequeño bebé en casa la ilusionaba más de lo que estaba dispuesta a admitir. Le gustaba pensar que podría disfrutar de lo que no había podido con sus propios hijos.

También le habría gustado acompañar a Amanda a la clínica. Haberlo sabido por ella. Pero no pasaba nada. Entendía perfectamente que hubiera preferido ir sola, al menos hasta tenerlo claro.

Amanda siempre había sido independiente. Muy capaz. Y ella estaba tremendamente orgullosa de su hija. Así que no tenía nada

que reprochar.

Estaría allí cuando Amanda la necesitara. Como estaría para los demás.

—No hay nada que contar —resopló Amanda—. Solo fui a pedir información para la inseminación.

—A pedir información, dice. Un poco más y nos llaman de paritorio —resopló Ryan, sentándose a su lado.

Amanda nunca había entendido por qué el sitio de Ryan estaba a su lado.

¡Ni siquiera se soportaban!

—No es que te afecte —soltó ella.

Él resopló.

—Claro que me afecta. Eres mi hermana.

—En realidad no —intervino Tyler.

Lo ignoraron.

Otra vez.

—Y socia —puntualizó Ryan.

Los dos se dedicaban a la abogacía, como sus padres. Asumieron el mando del bufete familiar y se convirtieron en socios en cuanto ellos se jubilaron.

Tyler tenía solo diecisiete años, pero todo indicaba que acabaría decantándose también por la abogacía.

Ya se encargaba de revisar borradores, redactar alegaciones sencillas y clasificar expedientes como si llevara una década en ello. Le fascinaba todo lo que implicara normativa, plazos, licencias, suelo público, especialmente si podía organizarlo en una hoja de Excel.

Era meticuloso, rápido, y resolvía sin hacer ruido.

—No voy a dejar de trabajar porque tenga un bebé. No tienes que preocuparte por eso —añadió Amanda, cortante.

—No estoy preocupado —mintió Ryan.

Y por cómo lo miraron los demás, era evidente que nadie le creyó.

Era cierto que el bufete estaba desbordado de trabajo, y que si uno de los dos fallaba, la cosa se complicaba.

Pero no era eso solo lo que le preocupaba a Ryan, ¿verdad?

El ambiente se relajó apenas un poco cuando comenzaron a comer.

—El proceso de inseminación sería largo —empezó a explicar Amanda, mientras se servía un poco de estofado—. Primero necesitaría hacerme unas pruebas para confirmar que todo está bien.

—Normal, ya tienes una edad —se burló Ryan.

Amanda no dijo nada. Simplemente, le metió en la boca un buen trozo de carne.

A ver si así se callaba.

O se ahogaba.

Cualquiera de las dos cosas le valía.

—Tendría que pasar una evaluación psicológica —continuó Amanda, ignorando las maldiciones de Ryan con la boca llena de carne—, firmar autorizaciones, elegir donante…

—Podría acortarse el tiempo si el donante fuera Ryan —intervino Tyler.

Ryan se atragantó justo cuando intentaba tragar la bola de carne. Tosió, se puso casi morado.

Joder. Si no lo mataba la carne, lo mataba otra cosa.

Amanda puso los ojos en blanco. Pero si Tyler había dicho exactamente lo mismo antes.

Pero lo que ella no sabía era que Ryan, en su momento, no se había enterado de la palabra «juntos». Él se había quedado colgado en «hijo», y ahí perdió la noción de todo lo demás.

Para él, el shock real era ahora.

—¡¿Yo qué?! —exclamó Ryan, aún medio ahogado.

—Tú nada —Amanda empezó a golpearle la espalda con fuerza.

Con tanta fuerza que Tyler se preguntó si estaba intentando evitar que se muriera atragantado o si, en realidad, esperaba que se le salieran las tripas por la boca.

Literalmente. Tyler siempre pensaba literalmente.

—Deja, coño —se quejó Ryan, separándose de ella—. ¡¿Pero de qué hablas?! —miró a Tyler, horrorizado—. ¡Es mi hermana!

—No lo sois —repitió Tyler con absoluta calma—. Podrías ser perfectamente el donante.

—No sé qué te hace pensar que yo… ¡Que ella…!

Joder. Ryan no podía ni terminar las frases. Ni siquiera podía pensar con claridad.

Miró a sus padres, horrorizado. Horrorizado porque ellos no lo estaban en absoluto.

—¿Pero lo habéis escuchado?

Sus padres lo miraron.

—Sí —respondió su madre, como si tal cosa.

—Ujum… —añadió su padre, en modo «sí, lo he oído», versión pasotismo absoluto.

Ryan entonces posó los ojos en Amanda. Esta, que se había llevado un trozo de carne a la boca, masticó con toda la tranquilidad del mundo, giró la cabeza hacia él y lo miró.

—¿Pero tú has…? ¡¿Has oído lo que ha dicho?!

La pelirroja de ojos verdes, que debería estar tan horrorizada como él, asintió con la cabeza.

Como si nada.

—¡Amanda! —exclamó Ryan.

Ella lo miró un segundo más y se encogió de hombros.

—Es Tyler —dijo.

Y, la verdad, eso lo explicaba todo.

—Ryan podría ser perfectamente el donante —dijo el susodicho, con su argumento completamente estructurado—. De hecho, lo creo porque su material genético es bastante aceptable: goza de buena salud física, inteligencia considerable y un éxito profesional destacado. Además, estadísticamente, la compatibilidad genética suele ser más alta entre personas que mantienen cierto grado de tensión emocional constante. Como vosotros dos.

Tyler terminó su explicación sin una pizca de vergüenza. Ni incomodidad. Se limitó a observarlos, satisfecho, mientras toda la mesa se sumía en un silencio sepulcral.

—¿Acabas de hablar de mis espermatozoides? —preguntó Ryan.

—Sí.

—¿En la mesa?

—Sí.

—Ya… —Ryan se pellizcó las sienes, cerrando los ojos como quien intenta borrar la realidad con los dedos.

—Por favor, Tyler, jamás vuelvas a decir la frase «material genético de Ryan» delante de mí.

—Ni de nadie —añade Ryan, profundamente incómodo.

Tyler frunció ligeramente el ceño, confundido ante su reacción.

—No entiendo el motivo de tanta incomodidad. Solo he mencionado una alternativa razonable desde un punto de vista estrictamente práctico —continuó Tyler—. No es como si hubiera propuesto algo inapropiado.

—No hay nada de lógico ni de práctico en lo que estás diciendo —rebatió Amanda—. Mucho menos apropiado. Ryan, incluso en el remotísimo caso de poder serlo, jamás sería una opción.

Ryan frunció el ceño.

A ver… estaba de acuerdo con ella, claro. Por supuesto. ¿Pero por qué lo decía así?

En plan, «ni aunque fuera el último hombre de la Tierra».

Tampoco era para descartarlo con ese desprecio, ¿no?

—Es lógico, práctico y apropiado —insistió Tyler, completamente a lo suyo—. Necesitas un donante. ¿Por qué uno desconocido si está él?

—Porque es mi hermana.

—No lo es.

Aquello era una familia de locos.

—Será algo que decida yo —¿no era evidente?— Y obviamente… —miró a Ryan con cara de asco—. ¡Por Dios! ¡Ni muerta!

—No te he ofrecido mi esperma —dijo él, muy ofendido.

Y es que lo estaba. Y dolido también.

Vale, sí, no quería ser su donante. Pero tampoco hacía falta desecharlo así.

—Después habría que esperar turno —Amanda continuó hablando del proceso, a ver si todos se centraban—. A veces meses. Así que no, no estoy embarazada.

Ni cerca.

No, las cosas no eran tan sencillas. El proceso sería largo, y no iba a ser fácil.

Con casi cuarenta años encima, se acercaba peligrosamente al límite de edad recomendado.

—Pero quieres estarlo —murmuró Ryan, sin dejar de mirarla.

Amanda siempre había querido ser madre, todos lo sabían. Pero entre el trabajo y las relaciones de mierda que había tenido, la oportunidad nunca llegó.

O, mejor dicho, nunca fue viable.

—Sí —confirmó lo que todos sabían—. Quiero ser madre.

Y había decidido, hacía ya mucho tiempo, que lo haría sola. Que no necesitaba a nadie más.

—Voy a hacerlo. Voy a tener un hijo.



Capítulo 3

—¡Oh, sí! ¡Sí! —gimió la mujer que se retorcía de placer bajo su cuerpo—. ¡Hazme un hijo!

Ryan dejó de respirar. Todo su cuerpo se tensó.

La sangre que, con más esfuerzo del que le gustaría admitir, había conseguido movilizar hacia donde debía, regresó en estampida a su cerebro.

No. Por Dios. ¡Eso no!

Sabía que, en momentos febriles de pasión, la gente decía cosas. Lo entendía. Pero eso…

Eso no.

Ese tipo de frases no se decían. No en una noche de sexo sin compromiso. No en la primera vez que lograba acostarse con alguien después de meses de sequía emocional y funcional.

No cuando su media hermana acababa de recoger un catálogo de donantes de esperma.

¡Pero él no tenía que pensar en ella!

No en un momento así, por favor.

Empezó a notar cómo la picha se le desinflaba.

Gruñó, se apoyó sobre las manos y miró a su polvo del viernes.

Una rubia de infarto, con un cuerpo de infarto y una boca de infarto.

Excepto que, ahora mismo, su polvo del viernes era una bajita, delgada y pecosa pelirroja. Con ojos verdes. Y con unos enormes y llenos labios que…

—¡Joder! —gruñó, separándose de la mujer y saltando de la cama de golpe.

Mierda, qué mareo le estaba dando.

—Cariño… —lo llamó ella, preocupada.

¿Cariño? Estaban en los preliminares de la primera vez y ya era cariño. ¡¿Y le pedía un hijo?!

Un poco rápida e intensa la mujer, ¿no?

—¿Estás bien? —preguntó ella, preocupada, sentándose en la cama.

Ryan la miró. Casi desnuda, apenas con el tanga puesto. Menudo cuerpazo tenía…

¿Cómo se llamaba? ¿Jane? ¿Claire? ¿Paige?

No lo sabía. Ni le importaba. Porque no iba a verla más.

—Estoy bien —mintió él—. Es solo que tengo sed. Y calor. Y puede que esté sufriendo un microinfarto emocional, pero eso no es culpa tuya —refunfuñó por lo bajo, cerrando los ojos mientras se pellizcaba el puente de la nariz.

A ver si así se le pasaba el maldito mareo.

La mujer pestañeó.

—¿Qué?

—Nada —dijo él, mirándola de nuevo.

—Hmmm… Vuelve a la cama —ronroneó ella, mientras deslizaba una mano sobre su sexo, intentando provocarlo—. Te haré olvidar.

Sí, claro. Eso mismo quería él, olvidar. Olvidar todo lo que lo tenía patas arriba últimamente.

Especialmente lo que no debería estar en su cabeza.

Ni ahora.

Ni nunca.

—Cariño… —insistió ella.

Al ver que él no se movía, decidió levantarse. Iba a ir tras él.

Ryan se agachó de golpe y empezó a recoger toda su ropa del suelo. Rápido. Como si le fuera la vida en ello.

—Ryan, ¿pero qué estás haciendo?

—Yo… yo… —Ryan cogió los zapatos y empezó a retroceder hacia la puerta—. Esto ha sido un error —murmuró, mientras buscaba la salida de la habitación—. Será mejor que me vaya.

Ni él mismo podía creerse que acabara de decir eso.
Pero lo había dicho. Bien claro, además.

Estaba huyendo de una mujer espectacular, completamente dispuesta a una larga noche de sexo salvaje.

Ver para creer.

—Pero… —ella lo miraba, confundida—. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo? ¿He dicho o hecho algo mal?

Para nada. Solo me has pedido, en plenos preliminares de una noche de sexo sin compromiso, un hijo.

¡Por Dios!

¿Quién pedía hijos así, como quien pide una pizza extra de pepperoni?

Amanda.

Amanda iba a pedir un hijo por catálogo.

—Ryan…

—¡Me voy! —soltó él, con más brusquedad de la que habría querido.

Pero joder, no quería estar allí. Ya no.

La escuchó maldecirlo mientras cruzaba el pasillo a toda prisa, directo a la salida. Abrió la puerta del piso, la cerró tras de sí y apretó el botón del ascensor con el pulgar. Una vez. Dos.

Este no tardó mucho en llegar, pero a él le pareció eterno.

Cuando por fin se abrieron las puertas, entró de un salto. Y solo cuando se cerraron detrás de él, pudo respirar.

Se apoyó en el pasamanos, frente al espejo. Y se miró en él.

El cristal le devolvió la cara de un tipo que no tenía ni puta idea de qué estaba haciendo.

—Hazme un hijo —repitió en voz baja.

Y rio. Una risa corta, forzada, que se convirtió en un sollozo extraño.

Ridículo, incluso.

Desde luego, la pobre no podía haber elegido una frase peor. Nunca era una buena elección, vale. Pero en este caso aún menos.

Y hablando de elegir…

¿Amanda elegiría bien?

Porque Ryan sabía cómo funcionaba ese catálogo. Por casualidades de la vida, claro, no porque él hubiese estado buscando información.

Claro que no.

Sería ridículo. Completamente absurdo. Innecesario.

Lo había mirado dos veces. Por eso sabía al dedillo cómo eran esas fichas.

Amanda podría elegir desde el color de ojos del bebé hasta el coeficiente intelectual del padre.

Pero por mucho que seleccionara eso, ¿no estaría eligiendo a ciegas?

Sobre el papel, podía parecer un morenazo de ojos grises (qué casualidad, como él), con un CI brillante (casualidad otra vez) y luego resultar ser feo de cojones. Para colmo, votante de derechas.

Y Amanda, eso sí que no lo soportaría.

Vamos, ni en sueños.

O peor, que la genética hiciera que el niño no se pareciera al padre, sino a su tío Alfred. El de Indiana. El mismo al que su propia madre le pedía que no saliera en las fotos.

También podía tocarle gestar al hijo de un asesino en serie. O de un psicópata. O de un fetichista de pies con complejo de Dios.

¿Y a él qué le importaba?

¿Qué tenía que ver él?

Nada.

Todo.

Ni puta idea.

Joder… Tenía que poner algo de orden en su cabeza o iba a volverse loco.



Capítulo 4

—¿Todo bien? —preguntó el taxista.

Ryan, que tenía la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, los abrió y miró al hombre por el retrovisor.

Tendría más o menos la edad de su padre. Pelo gris, corto, con entradas pronunciadas. Pómulos marcados, ojeras hondas. La clase de cara que parecía haber escuchado demasiadas historias a deshora.

Y ahora estaba esperando la suya.

Pero Ryan no tenía nada que contar, ¿verdad? Un polvo fallido no era ningún drama.

—Eso creo —dijo entonces.

—Ya… —respondió el hombre, sin añadir nada más.

El silencio llenó el coche.

Ryan miró por la ventana y suspiró.

—Mi hermana quiere tener un hijo.

El taxista lo miró brevemente por el retrovisor, las cejas levemente enarcadas.

—Ah… ¿Y? ¿Es menor? —preguntó, asintiendo como si de repente todo cobrara sentido.

Ryan frunció el ceño.

—¿Qué? No —Ryan negó con la cabeza—. Es mayor de edad. Tiene treinta y ocho años —era solo un par de meses menor que él.

—Ajá —el tipo asintió—. ¿Y por qué eso te jode tanto?

—No me jode —dijo rápidamente.

—Ya… Pero es un problema para ti.

Ryan se encogió de hombros.

—No debería serlo.

Suspiró, largo y pesado.

Porque sí, parecía que lo era.

—Quiere hacerlo sola. Con un donante. Y yo… no sé. Estoy aquí.

—¿Tú qué?

—Estoy… no sé.

El taxista tardó un poco más de la cuenta en hablar, estaba procesando lo que acababa de escuchar.

Había oído muchas historias en sus años de carretera, pero algunas todavía conseguían sorprenderlo.

—¿Tú quieres ser el donante? —preguntó entonces.

No debería haberlo hecho. Debería haber dejado el tema ahí, porque era… bueno, un poco asqueroso.

Pero el chisme le podía, qué le íbamos a hacer.

—No.

—Quieres serlo —insistió el hombre, con tono de quien ha olido demasiadas mentiras en su vida.

Tenía mucha calle. A él no podían engañarlo con titubeos y miradas al suelo.

También tenía buen ojo, o eso creía, pero al parecer con ese tipo se había equivocado. Menudo pervertido estaba resultando ser.

Ryan lo miró, seco.

—No. O sí. ¡No sé! —estaba frustrado, mucho.

—¡¿Quieres tener un hijo con tu hermana?!

El taxista no debería haberse escandalizado. Pero es que había cosas y cosas.

Ryan lo fulminó con la mirada.

—¡No es mi hermana!

Silencio.

El taxista asintió otra vez. No lo creía.

—¡No es mi hermana hermana! O sea, sí, pero no.

—Eso lo decía un primo mío. También decía que «solo era cariño navideño». Nunca le creí del todo.

Ryan parpadeó. Lento.

—Me estás jodiendo.

—No. Me estás jodiendo tú. O mejor dicho, te estás jodiendo a ti mismo. Has dicho que tu hermana quiere tener un hijo, que tú estás jodido y que estás «ahí». Eso suena a incesto emocional. En el mejor de los casos.

—No es incesto. Es…

—¿Qué? ¿Confusión genética? ¿Lujuria compartida por la misma vajilla?

Ryan se echó hacia atrás en la silla.

—Joder.

—No me mires así, chico. Me preguntaste.

—No te he preguntado nada.

—Pues peor me lo pones.

Ryan miró por la ventana. Se quedó en silencio.

Joder. ¿Había dicho que sí? ¿Había dicho que tal vez quería tener un hijo con ella? ¿Con Amanda?

¿Cómo podía pensar semejante mierda?

Una cosa era que le preocupara el tema de los donantes (y ni siquiera sabía por qué le jodía tanto, si era por el niño, por ella o por él).

Pero esto… esto era otra cosa. Esto era pasarse de la raya.

Loco. Se estaba volviendo loco.

¿Sería por la falta de sexo? ¿Eso era? ¿Estaba tan seco que ya no le funcionaba ni el filtro?

Cuando el taxi se detuvo, Ryan no se movió durante unos segundos. Luego abrió la puerta y bajó. Pero justo antes de cerrarla,

metió la cabeza de nuevo y miró al taxista.

—No es mi hermana —dijo—. Es mi hermanastra.

Tenía que decirlo, porque era un punto importante.

Y cerró de un portazo.

Mientras el taxi se alejaba, él ya caminaba hacia la casa que tenía delante. Era tarde. No tenía que estar allí. Mucho menos con la cabeza hecha un lío, como la tenía.

Pero fue.



Capítulo 5

—Como no sea para donarme un riñón, te mato.

Nick suspiró al ver a su amigo aparecer en la puerta. Lo miró de arriba abajo.

Estaba hecho un maldito desastre: los botones de la camisa sin abrochar del todo, la corbata a medio poner, la chaqueta en la mano, el pelo revuelto.

—Bien… —resopló—. Quizá el que necesita que le donen algo eres tú.

Ryan negó con la cabeza.

—Lo siento. Sé que es tarde —dio un paso atrás, ya girándose para marcharse—. Fue una tontería venir. Ya mañana si eso…

—Pasa —dijo Nick a su espalda.

Ryan se giró. Su amigo ya no estaba en la puerta, había entrado en casa.

Dudó un segundo. Y luego entró. Cerró la puerta tras de sí y fue hasta la cocina, siguiéndolo. Se sentó a la mesa sin decir nada.

Nick tampoco habló. Solo preparó dos copas, colocó una frente a Ryan y se sentó enfrente.

—¿Y Anne? —preguntó Ryan.

—Fue a visitar a su madre este fin de semana. ¿No te lo dije?

—No.

—Yo entro de guardia mañana —era médico de urgencias—, así que me tocó joderme y quedarme aquí.

—Le vendrá bien desconectar.

Nick rio, bajito.

—Va con el niño. «Desconectar» es antónimo de «hijos». Ya me entenderás el día que tengas uno.

A Nick no le pasó por alto cómo a Ryan se le cambió la cara. Lo vio beber un trago largo, mirar hacia la nada y quedarse ahí, como en pausa.

—¿Qué demonios te pasa? —preguntó entonces.

Ryan miró a su amigo. El hombre alto, delgado, con el pelo castaño claro y una barba perfectamente recortada lo miraba, expectante.

Ryan negó con la cabeza.

—Nada —murmuró.

Nick enarcó las cejas.

—Ya. Estás aquí un viernes por la noche porque no pasa nada.

Ryan no contestó. Se limitó a beber un poco más.

—¿Una cita de mierda? —insistió Nick.

Ryan resopló.

—Me pidió que le hiciera un hijo.

—¿Perdón?

—Mi cita. La rubia.

—Hostia —rio Nick.

—Sí.

—¿Y qué hiciste?

—¿Qué más podía hacer? Hui, claro.

Nick soltó una carcajada enorme.

—Dios —negó con la cabeza, divertido—. Estás más jodido de lo que pensaba.

—Ni te lo imaginas —dijo Ryan, sarcástico.

Ryan se quedó mirando el vaso. No pestañeaba. No estaba allí.

Nick no dijo nada al principio, lo dejó unos segundos en ese limbo. Luego apoyó los codos en la mesa y lo miró.

—Suéltalo.

Ryan levantó la vista lentamente.

—¿El qué?

—Lo que sea que estás intentando tragarte desde que entraste por la puerta —dijo Nick—. Porque mira que te he visto jodido, pero esto es distinto.

Ryan volvió a mirar el vaso.

—Un polvo fallido no te pone así —continuó Nick, sin rodeos—. Te conozco. Llevas meses en sequía, sí, vale —su amigo era el único que sabía sobre su escasa vida sexual—. Pero si fuera solo eso, estarías en casa viendo porno con auriculares, no en mi cocina con cara de funeral a medianoche.

Ryan apretó la mandíbula.

Nick lo miraba con calma. Con esa clase de paciencia que solo tienen los amigos que ya saben la respuesta, pero quieren que la digas tú.

—¿Cuál es el verdadero problema, Ryan?

Silencio.

—¿Qué coño te pasa?

Un trago más.

Un suspiro.

Y después lo miró.

—Amanda quiere tener un hijo.

Así que de eso se trataba todo.

—Ah…

—Lo sabías.

Nick asintió, tranquilo.

—Todo el mundo que conozca a Amanda sabe que quiere ser madre.

Ryan enarcó las cejas.

—Y es la mejor amiga de mi mujer. Claro que lo sé.

Amanda y Anne eran amigas de toda la vida. Como Ryan y Nick.

Los cuatro salían juntos. Cenas, escapadas, celebraciones, hasta las comidas familiares los incluían a todos.

Que Nick y Anne acabaran juntos tenía sentido. Era casi inevitable. Todos lo veían venir.

Todos menos ellos al principio.

Ryan resopló y apuró la bebida.

—Sabes que ya está yendo a la clínica de inseminación.

—Sí.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Cómo que «y qué»?

—¿Eso qué tiene que ver con que estés aquí, bebiendo como si te acabaran de diagnosticar algo incurable?

—Solo me estoy tomando una copa —resopló.

Su amigo era un exagerado.

—Una copa, claro. ¿Qué te molesta, Ryan?

—No lo sé.

—¿Qué te molesta? ¿Que tenga un hijo?

—Claro que no —y era verdad—. Siempre quiso ser madre. Estoy feliz de que, por fin, pueda hacerlo.

—¿Entonces?

—No sé.

—Sí sabes.

—Cállate —gruñó Ryan.

Pero Nick no iba a hacerlo.

No iba a hacerlo porque no era lo que su amigo necesitaba.

Lo que su amigo necesitaba era una buena hostia bien dada. Con la mano abierta.

—¿Tú quieres ser el padre?

Ryan lo miró, horrorizado.

—¡Nick! —exclamó.

—¿Quieres ser el padre? —insistió su amigo, implacable.

—¡Claro que no! ¿Pero tú me oyes?

—Te estoy oyendo desde que llegaste. No paras de no decirlo.

Ryan apretó la mandíbula, se pasó una mano por el pelo y, después, por la cara.

—No tiene sentido —sentenció.

—No. Lo que no tiene sentido es que estés así por algo que, según tú, no te importa.

Ryan no contestó. No podía.

Porque aunque quisiera decir que era una tontería, una locura, una estupidez emocional que pasaría…

No lo hacía.

Nick lo miró un segundo más. Luego le sirvió otra copa.

—Cuando lo tengas claro, házmelo saber —dijo, y se recostó en la silla—. Porque desde aquí parece que lo sabes desde hace rato. Solo que no quieres ser tú el que lo diga.

—Es mi hermana.

—No lo es.

—Será feliz siendo madre.

—Lo sé.

—Quiero verla feliz.

—También lo sé —Nick lo miró—. Todo el mundo que te conozca lo sabe, Ryan.

Él asintió con la cabeza.

—Inseminación. Donante. Proyecto madre soltera, edición Deluxe —dijo, sarcástico.

—Aja…

Otro trago. Otro silencio.

—Te molesta —no era una pregunta.

—No —mintió.

—¿Seguro?

—Estoy molesto con el sistema reproductivo, no con ella.

Nick rio otra vez.

—¿Tú estás seguro de que no quieres ser el padre de ese niño?

—¡Claro que no!

—¿Y por qué coño te revienta tanto que lo tenga con otro?

Ryan apretó los dientes. Ni siquiera había forma de explicarlo sin sonar como un imbécil.

—No es por eso.

—¿Entonces?

—Es… no sé.

—¿Y si lo sabes?

—Cállate.

—¿Y si lo quieres tú? —Nick apoyó los codos en la mesa, sin quitarle los ojos de encima—. ¿Y si lo que te jode no es el desconocido, sino que tú no estés en la ecuación? Te jode que no lo tenga contigo.

A Ryan se le hincharon las aletas de la nariz.

—No es eso —dijo, mirando a su amigo—. Solo no me lo esperaba.

—¿El qué?

—Que Amanda quisiera hacerlo sola.

—¿Por qué no?

—Porque…

Nick esperó.

Ryan no terminó la frase.

—Ryan, lo quieras o no, esto te afecta más de lo que debería. Pregúntate por qué.

—Ya lo he hecho.

—¿Y?

—Y no tiene sentido.

—Tiene todo el sentido. Solo que no quieres verlo.

Ryan no respondió. Se acabó la copa de un trago. No quería pensar.

Porque cuando pensaba, lo único que le venía a la cabeza eran unos ojos verdes, una mirada borde y un catálogo de donantes.



Capítulo 6

Amanda pasó una página más del catálogo y volvió a dejar escapar un suspiro.

Era tarde. Muy tarde. Estaba en casa de sus padres. Su madre había insistido en mirar de nuevo el catálogo con ella esa noche.

Otro vistazo, había dicho.

Pero ese «otro vistazo» se había convertido en una segunda ronda de análisis minucioso.

Ya no era solo marcar favoritos. Ahora anotaban códigos, tachaban narices que ya les habían parecido sospechosas antes, descartaban linajes genéticamente conflictivos y, por supuesto, puntuaban cejas.

Amanda arrugó la nariz al ver uno de los donantes que había señalado como posible.

Otro rostro perfectamente simétrico. Otra descripción impecable.

«Donante 421-C. Estudiante de Medicina, moreno, ojos avellana, 1’82, aficionado al montañismo. CI 132. Tipo de sangre O negativo. Sin antecedentes familiares de enfermedades hereditarias».

Perfecto.

Demasiado perfecto.

La clase de perfección que daban ganas de abofetear.

Amanda lo tachó. Desechado.

Dejó el catálogo sobre la cama y suspiró. Tenía la sensación de que todo estaba yendo muy deprisa.

Y, a la vez, demasiado lento.

Habían pasado semanas desde que empezó el proceso. Visita tras visita. Análisis. Entrevistas. Preguntas que no tenían nada que ver con tener un hijo y mucho que ver con exponer el alma.

¿Ha tenido usted alguna vez un pensamiento intrusivo con connotación violenta?

¿Diría que su infancia fue estable emocionalmente?

¿Le gustaría que su hijo heredara su carácter?

Sí. No. Depende.

Ahora ya solo quedaba elegir. Como si fuera tan sencillo…

Se levantó de la cama y cruzó la habitación. Quería agua. O té. Daba igual. La cuestión era salir de allí.

Abrió la puerta sin hacer ruido. Y…

—¡Joder, Ryan! —Amanda se llevó una mano al pecho al encontrárselo allí—. ¿Se puede saber qué demonios haces? ¡Casi me matas del susto!

¿Pero qué hacía el subnormal plantado en medio del pasillo, justo delante de su puerta?

Ryan no podía responder a eso. No tenía ni idea de qué hacía ahí.

Solo recordaba haber salido de casa porque sentía que se estaba volviendo loco, y ahora la tenía enfrente.

Mentira. Sí lo sabía. Pero ni él mismo se lo pensaba reconocer.

La miró de arriba abajo y resopló al verla con ese maldito pijama de aguacates que a él no le gustaba nada. Porque se lo había regalado un imbécil que la hizo sufrir. Como todos los tíos que Amanda había elegido en su vida.

Un desfile de idiotas, a cuál más brillante.

Frunció el ceño.

Amanda resopló al ver la típica cara de cabreo de Ryan.
A cualquiera le habría dado miedo la escena.

A ella no.

Bueno, si fuera otra persona, sí. Pero era Ryan. Así que no.

Le hizo un gesto con la mano para que se apartara.

—Quita —gruñó.

Pero él no se movió. Solo frunció el ceño todavía más.

Amanda enarcó las cejas y lo observó con atención. Tenía el pelo despeinado, la camisa por fuera y los botones de arriba desabrochados.

Lucía cansado. Más de lo normal. ¿Pero qué demonios le había pasado?

Por un instante, se preocupó. ¿Una mala noche de citas? No, era sábado, él no tenía citas los sábados, ¿no?

¿O sí?

Podía haber sido perfectamente un polvo que acabó en desastre.

¡A la mierda la preocupación!

Si estaba cabreado, que buscara a la que, o a las que, lo habían dejado en ese estado. Pero a ella que la dejara en paz.

Amanda resopló, pasó por su lado y le dio un golpe con el hombro, porque él no se apartaba.

—Idiota —refunfuñó, dejando atrás a ese imbécil que, incluso hecho un desastre, olía bien.

Tan bien que la sacaba de quicio.

—¿Ya has elegido? —preguntó él, al ver de reojo, sobre la cama de ella, lo que suponía que era el maldito catálogo.

—¿Elegido qué? —respondió Amanda, sin detenerse.

—El donante.

Ella lo miró por encima del hombro con esa expresión que usaba cuando no sabía si alguien hablaba en serio o solo quería tocarle los ovarios.

—No. Todavía no —respondió, y empezó a bajar las escaleras.

—¿Y tienes una idea? —la siguió de cerca—. ¿Un perfil? ¿Alguien en mente?

Amanda entrecerró los ojos.

—¿Qué pasa, Ryan? ¿Estás haciendo un test de compatibilidad ahora?

—Solo tengo curiosidad.

Mentira. Pero más creíble que la verdad.

Ryan se le adelantó al entrar en la cocina.

—¿Agua? ¿O quieres otra cosa? ¿Zumo? ¿Té helado?

—Té —dijo ella.

Él asintió con la cabeza, y le hizo un gesto para que se sentara.

Después fue directo al frigorífico. Sin decir una palabra, sacó la botella de té, cogió un vaso del armario, lo llenó y se lo puso delante. Luego se sentó frente a ella.

—¿Y cómo tiene que ser?

—¿Cómo tiene que ser qué? —preguntó Amanda, tras dar un sorbo al té.

—El donante —resopló Ryan.

—Ah… —Amanda pestañeó—. Me estoy empezando a sentir incómoda.

—¿Por qué?

—Porque es raro hablar de esto contigo.

—Soy tu hermano mayor.

—Por eso mismo.

—Entiendo…

Ryan suspiró, dejó caer la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

Amanda lo observó un instante.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

Él se incorporó, abrió los ojos y la miró.

—¿Es preocupación eso que he escuchado en tu voz? —preguntó, con una sonrisa burlona.

—Jamás —dijo ella, con cara de asco.

Lo hizo reír.

No tenía ningún sentido, seguro, pero Amanda siempre conseguía hacerlo. Tenía ese don. El mismo que usaba para sacarlo de quicio.

Cualidades, suponía.

Amanda se levantó, cogió el vaso y se dirigió hacia la salida de la cocina, dispuesta a marcharse.

Ryan la observó alejarse. Vestida con ese pijama que enseñaba más de lo que tapaba, el pelo largo cayéndole suelto por la espalda.

Era su hermana desde que tenían once años. Se habían criado como tales.

Confianza, rutina, roce. Todo lo que se tiene con una hermana.

Y él tenía que pensar en eso antes que en otras gilipolleces. Pero…

—¿Por qué yo no? —preguntó entonces.

—¿Por qué tú no qué? —preguntó ella, sin girarse a mirarlo.

—¿Por qué no puedo ser el padre de tu hijo?

El vaso resbaló. El sonido del cristal rompiéndose contra el suelo fue seco.

Violento.

—¡Mierda! —exclamó Amanda.

—¡Cuidado!

Demasiado tarde.

Ella ya había apoyado el pie sobre uno de los cristales. Se quedó quieta, soltando un quejido ahogado mientras se agarraba al marco de la puerta para mantener el equilibrio.

Ryan llegó en dos zancadas.

—No te muevas —ordenó, con voz firme, ya agachado junto a ella.

—Estoy bien —dijo Amanda, apretando los dientes.

—Estás descalza y sangrando. Estupendamente bien, sí…

—Ryan, no hace falta… —intentó apartarlo con una mano.

—¡Cállate!

Y sin darle opción a protestar más, la cogió en brazos.

—¡¿Pero qué haces?! ¡Bájame!

La ignoró. La llevó hasta la silla, la sentó con cuidado y se arrodilló frente a ella.

—De verdad, no hace falta —repitió Amanda, intentando apartar el pie.

Pero él ya lo tenía entre las manos. Y no lo soltaba.

—Joder —murmuró, poniéndose en pie—. No te muevas.

Salió de la cocina. Un momento después volvió con el botiquín de primeros auxilios.

Con Amanda, eso era indispensable.

Se arrodilló de nuevo delante de ella, dejó el botiquín abierto a un lado, y le cogió el pie justo cuando ella intentaba quitarse el cristal por su cuenta.

—Vas a doler —advirtió, mientras tomaba unas pinzas.

Y sin esperar respuesta, se lo sacó.

—¡Mierda! —gruñó Amanda, encogiéndose un poco.

Ryan ni siquiera la miró. Siguió con lo suyo, concentrado. Cogió una gasa, la empapó con desinfectante y la aplicó con firmeza.

—¡Auch! —Amanda intentó apartarse otra vez.

—Te he dicho que no te muevas.

—Y yo te he dicho que no hace falta —refunfuñó.

—Pues ya ves. Aquí estamos.

Amanda lo miró desde arriba, sin saber muy bien si quería estrangularlo o dejarlo seguir.

Tal vez las dos cosas.

—Pareces un enfermero frustrado —murmuró.

—Yo quería ser astronauta —respondió él sin levantar la vista.

—Y acabaste sacándome cristales del pie. Qué giro argumental tan triste.

—Todo sea por ser útil —dijo él, con una sonrisa torcida.

Amanda chasqueó la lengua, pero no sonrió.

Estaba rara. Incómoda. Y lo odiaba por hacerla sentir así.

También se odiaba a sí misma por no poder evitarlo.

—Ya está —anunció él, tras colocar una tirita con más precisión de la necesaria—. Misión cumplida.

—¿Y ahora qué? ¿Me vas a besar el pie para que se cure?

Amanda se dio cuenta, en cuanto él enarcó una ceja, de que había metido la pata hasta el fondo.

Era Ryan. Su hermano. No era un hombre. No podía tener ese tipo de comentarios con él, por muy sarcásticos que fueran. Nunca.

—¿Eso es lo que quieres? —preguntó él, con una sonrisa burlona en los labios.

—Lo que quiero es perderte de vista.

Y le dio un golpe en el hombro. Uno seco, firme. Suficiente para hacerlo caer de culo.

Ryan soltó una carcajada.

—Hacía mucho que no te escuchaba reír así —dijo Amanda. Y enseguida añadió, algo atropellada, al ver cómo él la miraba—. Me refiero a reír estando conmigo. Seguro que con las demás —carraspeó— y los demás lo haces.

A Ryan se le cortó la risa al instante. Ella lo observaba con una sonrisa nostálgica en los labios.

Sí, tenía razón. ¿Cuánto hacía que no tenían un momento así?

Más de lo que imaginaban.

Ryan tragó saliva. Sintió un nudo en la garganta que no entendía del todo. O que prefería no entender.

Se levantó de un salto.

—Voy a limpiar esto —carraspeó, señalando el desastre del suelo.

Amanda suspiró.

—Vamos a limpiarlo.

—No —la cortó enseguida—. Tú ni te muevas. Demasiado contacto con tu material biológico por hoy —espetó—. No eran esos fluidos los que buscaba y necesitaba esta noche, precisamente.

Ryan cerró los ojos en cuanto lo dijo.

Si es que era gilipollas.

—Lo siento, yo…

Pero Amanda ya había saltado, literalmente, sobre los cristales rotos, decidida a largarse de allí cuanto antes.

Pedazo de subnormal. Siempre que intentaba tener algo medio normal con él… ¡Bocazas de mierda!

—Amanda.

Pero Amanda ya estaba subiendo las escaleras.

—¡Amanda, joder! —la alcanzó y la agarró del brazo.

Ella se zafó de inmediato y se giró para encararlo. Estaba solo dos escalones por encima de él y, aun así, no lo superaba en tamaño.

Pero en ese momento, lo aplastó con la mirada.

—¿Vas a explicarme qué cojones fue eso? —preguntó ella sin poder contenerse.

De nada servía haberse repetido que lo mejor era olvidarlo, que seguramente lo había entendido mal, que lo mismo estaba borracho y había soltado una estupidez.

Pero no estaba borracho. No olía a alcohol. Si fuese así, ella lo habría notado.

Olía a él. Solo a él.

A ese olor que ahora no se le quitaría de la nariz en toda la maldita noche.

—Ya sabes que a veces soy un bocazas.

—No me refiero a lo que acabas de decir —lo cortó Amanda—. Que oye, lo entiendo. No vas a comparar estar conmigo con cualquiera de tus ligues. ¡Soy tu hermana!

Ryan apretó la mandíbula con fuerza al oírla decir eso. No soportaba que hablara de sus ligues. Igual que no soportaba oír hablar de los de ella.

Cosas de hermanos, claro.

—Estoy hablando de lo otro —añadió Amanda—. Estoy hablando de la estupidez que soltaste. Esa que casi hace que me rebane el pie.

Él sabía perfectamente a qué se refería.

—¿Por qué te parece una gilipollez? —preguntó, y lo peor es que sonaba genuinamente sorprendido.

Amanda lo miró, atónita.

—¿Perdón?

—No, dímelo —insistió—. Porque aunque te parezca tonto, necesito saberlo. ¿Por qué sería una gilipollez? Porque de verdad que no lo entiendo. ¿Por qué desechaste tan rápido la idea de que yo pudiera ser un candidato a padre?

—No la descarté; jamás se me pasaría algo así por la cabeza— mintió.

Y no iba a explicar dónde estaba la mentira. Porque ni siquiera ella lo sabía.

Se mentía hasta a sí misma.

—¿Por qué?

—¿No sabes preguntar otra cosa? —resopló ella.

—Pues perdóname, porque no lo entiendo. Y, créeme, necesito hacerlo.

—¿Qué no entiendes? Por supuesto que no se me pasaría por la cabeza que tú y yo… ¡Somos hermanos!

—Técnicamente no —dijo Tyler, apareciendo de repente en lo alto de la escalera y asustándolos a ambos.

—¡Tyler!

—¡La madre que te parió! —exclamó Amanda, llevándose la mano al pecho por segunda vez esa noche.

A ese paso, ni embarazo ni leches. Iba a morir de un infarto antes.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Ryan.

—Iba a por agua —explicó.

—Pues ve —soltó Amanda, y siguió subiendo las escaleras.

—Te seguiré, Amanda —dijo Ryan—. Y te lo seguiré preguntando hasta que me des una explicación.

—¿Una explicación de qué? —Amanda se giró de nuevo, se pasó la mano por el pelo y cerró los ojos un instante.

Cuando los abrió, se encontró con un par de ojos grises que la miraban fijamente. Sí, el tema iba en serio.

Flipante.

—¿Por qué jamás considerarías que fuera yo?

—Somos hermanos —dijo ella, otra vez.

Ryan resopló y se apretó el puente de la nariz.

—No, no lo somos.

—Tal vez en el papel no —respondió Amanda—, pero para el mundo lo somos. Nos hemos criado como tal. Éticamente…

—La ética es un sistema de normas fluctuantes basado en la percepción social —interrumpió Tyler desde debajo de las escaleras —. El mundo puede verlo como quiera. Eso no lo convierte en verdad.

Amanda y Ryan lo miraron.

—Solo lo digo —añadió Tyler, encogiéndose ligeramente de hombros—. Por si sirve.

Y se marchó.

Amanda negó con la cabeza y volvió a mirar a Ryan.

—¿Pero qué demonios te pasa? —preguntó, empezando a agobiarse de verdad—. Es que no lo entiendo. No entiendo a qué viene nada de esto, joder. ¿Por qué pareces dolido? No tiene sentido ninguno, Ryan.

Empezó a rascarse.

Esta vez, en la barbilla.

—Se trata de mí. De mis decisiones. De mi embarazo. De mi bebé. ¿Qué demonios pintas tú en todo eso? ¡Mierda! —gimió de dolor al hacerse otra herida.

No le dio tiempo a limpiarse la sangre con la mano, Ryan ya la limpiaba con la suya.

—No…

—Cállate —dijo él.

—Creía que estabas harto de mi sangre —gruñó ella.

Él la miró mal. Muy mal.

Amanda suspiró y cerró la boca. No porque él se lo dijera, por supuesto. Faltaría más. Solo por no alargar la discusión.

Ryan le sostuvo la barbilla con dos dedos y le alzó el rostro. Con el dorso de la mano, le limpió la sangre con cuidado.

—Estoy más harto de que te hieras —suspiró, cansado.

La limpió un poco más. Luego levantó la mirada.

Los ojos verdes que lo observaban lo hacían con curiosidad y con algo más. Algo que no sabía identificar.

O no quería.

—¿Y si quiero hacerlo? —preguntó, al fin.

Ryan tenía todo lo que quería en la vida: éxito profesional, dinero, tranquilidad, una rutina ordenada y cero complicaciones.

No necesitaba más.

O eso creía.

Hasta que Amanda dijo que iba a ser madre de un donante anónimo. Desde entonces, había algo que no encajaba.

No tenía sentido, y lo sabía. Ni siquiera sabía qué era lo que le faltaba. Solo faltaba.

Pero cuando estaba cerca de Amanda, todo parecía ordenarse. Como si el puzle tuviera forma. Como si eso fuera.

Lo que le faltaba era eso. Lo que ella quería tener. Le faltaba un hijo.

No en general. No con cualquiera.

Le faltaba con ella.

Y no tenía sentido negárselo más tiempo.

—Ryan…

—¿No te plantearías siquiera que yo pueda ser el donante?

Amanda abrió la boca. Y la volvió a cerrar.

—¿Tú y yo? —carraspeó—. ¿Un hijo?

La voz le tembló. También el labio. Ryan lo notó y lo tocó sin pensar. El contacto provocó un escalofrío en ambos.

—Un donante —corrigió él enseguida, apartándose.

—Ya. Claro —asintió Amanda.

La diferencia era evidente, ¿no?

—Me da igual cómo lo llames —dijo ella—. No va a pasar —y terminó de subir las escaleras.

—¿Pero por qué no? Dímelo. Dime por qué yo no —él la siguió.

—¿Eso es lo único que te preocupa? —bufó—. Puto ego masculino.

Estaba convencida de que todo tenía que ver con eso. Algún sinsentido masculino extraño, porque no había otra explicación posible para que a Ryan se le ocurriera semejante gilipollez.

—¿Qué ego ni qué mierdas, Amanda? No tiene nada que ver con eso.

—¿Y con qué tendría que ver entonces? —se giró cuando estaba en medio del pasillo y lo encaró.

—No lo sé, ¡joder!

Tampoco era fácil para él poner voz a aquella toda locura.

—No he tomado la decisión de ser madre en un día, ¿sabes? Ser madre no es algo que se tome a la ligera. Siempre he querido ser madre. Siempre.

Se giró, dispuesta a llegar a su cuarto.

—¿Y yo no puedo plantearme tener un hijo también? —la agarró de la mano y la hizo girarse de nuevo.

—Claro que puedes. ¡Pero no con tu hermana! —se deshizo de su agarre de un tirón.

—No sois hermanos.

—¡Tyler! —gritó Amanda, harta de que apareciera y desapareciera como si viviera en las paredes.

—Pero es verdad —dijo él, apoyado en la barandilla de la escalera —. No lo repitas más y no tendré que corregirte.

Amanda le lanzó una mirada amenazante y lo señaló con el dedo.

—No te metas.

—Vale —respondió enseguida—. Pero Ryan tiene razón.

Amanda gimió. De pura, absoluta frustración.

—Quiero ser madre. Madre soltera.

—¿Y tener un hijo de alguien a quien de verdad no conoces? ¡Puede ser un psicópata!

—Ryan, por Dios.

—Pero es verdad —confirmó Tyler.

—¡Tyler!

—Lo es —insistió él, encogiéndose de hombros—. Las probabilidades existen. Aunque sean bajas.

—No quiero compartir a mi hijo con otra familia —continuó Amanda, ignorándolos.

—Compartimos familia —dijo Ryan, seco.

—¡Aaaaah! —gritó Amanda, y se agarró del pelo como si fuera a arrancárselo—. Ryan, por Dios, ¡reacciona! ¿Pero qué demonios te pasa? ¡Tú no quieres ser padre!

En ese momento, los espectadores externos eran tres.

Sus padres, que acababan de volver a casa después de cenar fuera, subieron rápido las escaleras, alertados por los gritos.

—No —dijo Ryan, muy serio—. No quería.

No lo había querido nunca. O mejor dicho, nunca se lo había planteado. Porque no había nadie que pudiera ocupar ese papel con él.

Solo ella.

Y eso era justo lo que había descubierto en los últimos días. Si algún día quería tener un hijo, sería con ella.

Y si era ella quien iba a tenerlo, ¿por qué no con él?

Amanda, ajena a la batalla mental de Ryan, miró a sus padres, que la observaban con las cejas enarcadas.

—No sé qué le pasa —suspiró, agotada, y abrió la puerta de su dormitorio.

—Nunca quise. Hasta ahora. Quiero tenerlo contigo, Amanda.

Amanda se quedó quieta, a medio paso de entrar en la habitación. Ryan continuó, sin moverse.

—Es una locura, lo sé. Pero me gustaría ser el donante. No —rectificó de inmediato—. Quiero ser el padre de tu hijo. Y tienes todo el derecho a no querer, por supuesto. Pero, al menos, ¿podrías pensártelo?

—Ryan… —suspiró Amanda, sin girarse.

—Decidas lo que decidas —añadió él, con suavidad—, estaré. Hermana.

Amanda cerró la puerta de un portazo en cuanto escuchó esa palabra. Caminó hasta la cama, ignorando que le temblaban las piernas, y se dejó caer sobre ella.

Maldito gilipollas, pensó. Las idioteces que se le ocurrían.

Ella iba a tener un hijo sola. De un donante desconocido. Sin complicaciones.

Excepto cuando el niño preguntase por su padre. Pero ya pensaría algo para entonces. Para eso estaban los psicólogos.

No sería la primera ni la última mujer que sería madre así. Y no era mejor ni peor que hacerlo en pareja.

Solo distinto.

Abrió la puerta de nuevo.

—¿Pero tú has pensado lo que estás diciendo? —preguntó ella entonces.

Ryan, que estaba al lado de sus padres, la miró. Fue a abrir la boca para responder, pero ella no lo dejó.

—¿Tú has pensado la locura que se te ha ocurrido? Soy yo, Ryan. No me soportas. ¿Cómo se te puede ocurrir la estúpida y loca idea de…? —no terminó la frase, se pasó una mano por el pelo, muy agobiada.

—Amanda…

—No te gusto. Hablo como hermana, por supuesto —dijo rápidamente—. Soy todo lo que odias: desordenada, un desastre, impulsiva, malhablada —contaba con los dedos—. Sería la última persona con la que querrías compartir algo. Lo sé yo, lo sabes tú y lo sabemos todos, ¿verdad?

Miró a los demás, esperando que lo confirmaran.

Nadie dijo nada.

—Hemos compartido toda una vida. Lo que tú necesitas es alejarte, tener tu familia y vernos dos veces al año. ¡No necesitas…! —respiró hondo—. No podemos hacer eso, Ryan. Créeme, lo he pensado mucho.

Ryan enarcó las cejas. ¿Así que esa locura no era solo cosa suya?

—Podemos.

—¡No, no podemos! —ella se veía cansada, agotada.

Ryan fue a dar un paso hacia ella, pero Amanda negó con la cabeza.

—Y no es solo por lo que digan los demás. Es por nosotros. ¿No lo ves? Harás tu vida, tendrás pareja. ¿Cómo demonios le vas a explicar que tienes un hijo con tu hermana?

—No sois… —Tyler se calló cuando su madre le dio un cate en el hombro—. Pero si es verdad. No son hermanos —murmuró él.

—¿Eso es lo que te preocupa? —preguntó Ryan.

—¡Eso es lo que debería preocuparte a ti!

—A mí no me preocupa —dijo él, serio—. Ni es una decisión que esté tomando a lo loco. Créeme, yo también lo he pensado mucho.

Amanda tragó saliva.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué…?

—No lo sé —esa era la verdad—. Pero sé que tiene que ser así.

Amanda lo miró un instante. Hablaba en serio.

Se mordió el labio inferior y se dio la vuelta, entrando de nuevo en su cuarto.

—Amanda…

Pero ella no escuchó nada más. Cerró la puerta y volvió a sentarse en la cama. Cogió el catálogo, lo abrió. Pasó una página. Luego otra. Y otra.

Estaba loco. Ese hombre estaba loco. No sabía lo que estaba diciendo y…

Espera.

Un moreno de ojos grises. Otro con cejas marcadas. Otro con mandíbula cuadrada.

¿Pero qué?

Retrocedió una página. Luego otra.

Ese perfil…

Pelo oscuro. Ojos grises. 1,85. Piel morena.

Siguiente.

Otra vez.

El patrón estaba ahí. Repetido. Innegable.

Todos los donantes que había marcado se parecían a Ryan.

No un poco. No de lejos.

Demasiado.

—Joder —susurró.

Cerró el catálogo. Como si eso pudiera cerrar también lo que acababa de descubrir.



Capítulo 7

—Anexo II. Condiciones operativas durante el embarazo. Borrador en construcción. No vinculante. Aún… Compilado en tiempo real por Tyler James Whitmore —anunció Tyler sin levantar la vista de su tablet.

Y es que los contratos, en aquella casa, eran algo serio.

No se firmaban por impulso ni se hacían a mano alzada ni se improvisaban en servilletas. No. Se revisaban. Se estructuraban. Se redactaban con lenguaje técnico y tipografía profesional. Arial 11. Justificado. Interlineado 1,5. Sin sangría.

Y si no cumplían esos requisitos, no eran contratos.

Por eso, días después de la conversación en el pasillo, Amanda y Ryan estaban sentados en el salón familiar junto a sus padres y a Tyler.

El portátil de su madre estaba abierto. El padre de Amanda tomaba notas a mano con un boli de tinta azul. Tyler, con una tablet que nadie le había autorizado, pero que ya estaba sincronizada con el drive familiar.

Ryan daba golpecitos en la mesa.

Y Amanda…

Amanda no sabía qué coño hacía allí.

¿Cómo se le había ocurrido meterse en semejante lío? ¿Qué le había pasado por la cabeza para aceptar algo así?

Ryan iba a ser el donante de esperma de su hijo. No. Ryan iba a ser el padre de su hijo.

Loca. Estaba loca. Y él más todavía por haberlo propuesto.

Vale. Sí. Ella lo había pensado alguna vez. Muy por encima. Pero solo eso.

¡Mentira!

—Ryan exige —comenzó Tyler, con la vista fija en su tablet— «Presencia obligatoria del progenitor donante en todas las revisiones médicas, salvo causa mayor debidamente justificada y aprobada por mayoría cualificada».

—¿Mayoría cualificada? —repitió Ryan, enarcando una ceja.

—Yo, básicamente —aclaró Tyler, sin levantar la cabeza.

—Tú no tienes voto, Tyler —intervino su madre.

—Tengo voz. Y capacidad de archivo —respondió él con toda la tranquilidad del mundo.

Amanda se inclinó hacia delante, frunciendo el ceño.

—¿Revisiones médicas? ¿Todas?

—¿Hay alguna en la que prefieras que no esté? —preguntó su padre, alzando la mirada desde sus notas.

—¿Quieres negociar mi presencia en la ecografía de mi hijo? —interrumpió Ryan, mirándola.

Tyler levantó un dedo, como si estuviera en una reunión corporativa.

—Podemos establecer excepciones. Pero las ausencias reiteradas requieren justificación médica, laboral o emocional demostrable.

—No habrá excepciones posibles. No voy a perderme nada que tenga que ver con mi hijo —sentenció Ryan.

—¡Todavía no es tu hijo! —exclamó Amanda.

Ryan ni se inmutó.

—Estaré en todas —dijo simplemente.

Amanda lo miró, sin pestañear.

—¿En todas?

—En todas —repitió él—. Ecografías, análisis, lo que toque.

—¿Y eso por qué? —preguntó ella.

—Porque quiero estar —dijo Ryan.

Y nada más.

Amanda bufó, frustrada.

—Joder…

—Segunda solicitud de cláusula de Ryan —continuó su madre, leyendo desde el portátil—. «Se recomienda convivencia parcial con acompañamiento no intrusivo del progenitor donante, para garantizar estabilidad emocional, logística y asistencial durante el embarazo».

—¿Perdón? —Amanda arqueó una ceja.

Lo había entendido bien. Solo que no se lo podía creer.

—¿Cómo pides esa estupidez?

—¿Te parece una estupidez? —preguntó Ryan, alzando una ceja.

—No tenemos que vivir juntos —dijo ella, tajante.

—Claro que tenemos.

—No tenemos que hacerlo —repitió Amanda, con ese tono que sonaba a «ni de coña».

—Claro que tenemos. Es lo lógico —respondió Ryan, como si fuera lo más evidente del mundo.

Y para él lo era.

Para Amanda, no.

—¿Lógico para quién? —preguntó ella, riendo, nerviosa—. ¿Para ti? ¿Para el comité internacional de las decisiones absurdas? Porque para nosotros no.

—Vamos a tener un bebé —insistió Ryan.

—Todavía no —le recordó Amanda.

Solo era cuestión de tiempo.

Él ya se había sometido a todas las pruebas, y la clínica había dado el visto bueno.

—Quiero estar con él en todo momento.

—Lo estarás. Cuando nazca.

—Quiero estar desde que se conciba —dijo Ryan muy serio.

El padre carraspeó, sin levantar la vista de sus notas.

—Técnicamente, eso sería a partir de la fecundación. ¿Contamos desde la punción o desde la transferencia?

—Desde el primer pinchazo hormonal —intervino Tyler, sin apartar los ojos de su tablet—. Si hablamos de compromiso real, hay que contar desde ahí.

Amanda se llevó una mano a la frente.

—¿En serio estáis discutiendo el minuto exacto en que empieza la implicación?

—Precisión contractual —dijo Tyler.

—Locura colectiva —respondió ella, mirando a todos.

La madre suspiró.

—Podemos dejar la cláusula abierta a interpretación mutua. Por ejemplo: «El progenitor donante podrá ofrecer acompañamiento presencial según necesidad o acuerdo previo».

—Eso me suena a «viene cuando le da la gana» —refunfuñó Ryan.

—Y lo otro me suena a «se instala en mi casa sin preguntar» —replicó Amanda.

—Podemos redactar dos versiones y votarlas —propuso Tyler, como si fuera lo más lógico del mundo.

—No hay votos —insistió la madre, mirando directamente a Tyler.

—Entonces propongo mediación —dijo él.

Amanda cerró los ojos. Joder, iba a volverse loca.

—No creo que sea necesario todo esto, Ryan. No tienes por qué estar…

—Estaré.

—¡¿Por qué?! —preguntó ella, ya desesperada.

—¿Cómo que por qué? ¡Porque es mi bebé! —respondió él, con ese tono que decía «¿no es obvio?»

Lo era.

Pero no para Amanda, al parecer.

—Pues por eso. Espera a que él esté. No tienes que estar conmigo.

—Eres parte del paquete —dijo Ryan, sin pensarlo demasiado.

Amanda parpadeó.

—¿Me acabas de llamar paquete?

Ryan la ignoró.

—Es una cláusula no negociable. No quiero perderme nada importante.

—¿Importante como qué? ¿Que me den arcadas en mitad de la noche?

Él ladeó la cabeza un momento antes de asentir.

—Sí. Por ejemplo.

—Pues grábate una playlist de vómitos y duerme con cascos. Problema resuelto.

Tyler levantó la vista brevemente.

—Eso sería un uso cuestionable de Spotify Prémium —murmuró, sin apartar los dedos de la pantalla.

La madre reprimió una carcajada.

El padre seguía escribiendo. Tal vez su testamento. O una posible demanda. Quién sabe.

—Estaré —sentenció Ryan, como si firmara con sangre—. No cederé en eso.

—¡La madre que te parió! —exclamó Amanda.

Y justo ahí ocurrió lo inevitable. Se rascó tan fuerte el brazo que empezó a sangrar.

Ryan ya tenía el pañuelo preparado. Se lo tendió sin mirarla directamente.

—Gracias —masculló Amanda, mientras presionaba el pañuelo contra la herida.

—¿Ves por qué tengo que estar contigo? —la señaló con ambas manos—. ¡En una de estas te desangras!

Vale, sí, era un poco exagerado. Haría falta bastante más que una costra rascada para provocar una pérdida crítica de sangre.

Era algo prácticamente imposible.

—¡Sería mi problema! —respondió Amanda.

—Y el mío. ¡Es mi hijo! Y tú… También serás mi problema —dijo Ryan, más bajo.

Como si le diera miedo decirlo en voz alta.

—Si consideras esto un problema, ¿qué haces aquí?

—Amanda…

—No hay acuerdo —anunció ella, poniéndose de pie de forma dramática.

Se giró, pero Ryan fue más rápido. La sujetó por el brazo antes de que diera un paso.

—¿Por qué siempre tergiversas todo? —sonaba más agotado que enfadado.

—No tergiverso nada. ¡Tú has dicho…!

—Vamos a tener un hijo —dijo él, más firme ahora—. Juntos. Ninguno de los dos lo decidió a la ligera. Y vamos a tener que ceder. A veces. Porque esto ya no se trata de ti ni de mí. Se trata de él.

Amanda resopló.

—Amanda, por favor —le pidió él, casi suplicante.

Le estaba pidiendo un poco de paciencia. Solo eso.

Sabía que nada de aquello era fácil y que ella no había elegido compartirlo con él impulsivamente. Y tenían que hacerlo bien.

Él sabía que podían.

Amanda se dejó caer de nuevo en la silla.

—Viviremos juntos —dijo entonces, sin saber del todo por qué estaba cediendo, pero cediendo igual—. ¡Pero con una condición! —

añadió enseguida.

Amanda alzó las cejas. Luego se inclinó ligeramente hacia delante. Modo ataque pasivo activado.

—No tendrás vida sexual.

—¿Qué? —Ryan frunció el ceño.

No era como si no lo hubiera entendido, sino como si hubiera esperado cualquier otra cosa menos eso.

—Eso. Nada de citas, nada de revolcones por Tinder, nada de «me voy a tomar algo y ya vuelvo».

—¿Estás prohibiendo que me acueste con alguien?

—Estoy diciendo que no quiero encontrarme bragas ajenas en el baño.

Ryan estuvo a punto de soltar una risa irónica.

Si ella supiera lo fácil que le resultaba aceptar eso… Ni siquiera recordaba cuándo fue la última vez.

No, la de la rubia no contaba. Solo se habían calentado un poco, pero no llegaron a más.

—Y tú tampoco —sentenció entonces él.

—¿Qué?

—Tú tampoco puedes tener citas.

Amanda lo miró como si le acabara de proponer comerse un zapato.

—Obviamente. No tendría tiempo ni ganas. Estaré gestando vida humana.

—Entonces es una cláusula de celibato mutuo —dijo Ryan, en tono neutro.

—De respeto mutuo —corrigió ella.

—De castidad compartida.

—De silencio físico temporal.

—Hasta que el bebé nazca —asintió Amanda.

—Tenga nombre y duerma del tirón.

Tyler, sin levantar la vista de la tablet.

—Eso será aproximadamente en 2042.

Era un chiste. Más o menos. Pero nadie se rio.

—¿Te lo estás pensando? —preguntó Amanda, entrecerrando los ojos.

—No —respondió Ryan—. Es algo que ya había decidido yo mismo.

Ryan se encogió de hombros.

Amanda resopló.

—Sí, claro —dijo.

Sonaba a «no te creo».

—¿Pero qué imagen tienes de mí? —bufó Ryan.

Amanda lo miró sin pestañear.

—La que tú muestras. Eres el tipo de tío que, en cuanto alguien le manda un emoji con lengua, ya tiene media camiseta quitada.

—¡Oye! Eso no es exacto —resopló Ryan.

—¿No?

—A veces también espero que me manden dos emojis.

Sarcasmo activo en ambos extremos. Ryan rio.

Los demás no.

—Acepto. Sin citas, sin líos, sin besos, ni con lengua ni sin lengua. Y sin contacto físico de ningún tipo. Excepto contigo, claro.

El grito de Amanda se debió escuchar en todo el barrio. Y probablemente, también en toda la ciudad.

—¡A mí no me vas a tocar! —dijo, con un tono que mezclaba horror, amenaza y pánico anticipado.

Ryan se encogió levemente de hombros, como si no entendiera el problema.

Spoiler: sí lo entendía. Pero disfrutaba fingiendo que no.

—¿Crees que quiero tocarte? —resopló, largo y teatral—. Tu barriga, sí. ¡Mi hijo estará dentro!

—Pero es mi barriga.

—Y la casa de mi hijo. Te voy a ver parir, Amanda. Qué más te dará.

Amanda se levantó de un salto.

—¡¿Cómo demonios he acabado metida en este lío?! —preguntó mirando a sus padres.

Era, claramente, una pregunta retórica. Tan retórica que hasta Tyler lo entendió. Así que nadie contestó.

—Siempre puedes retractarte —le recordó su padre.

Amanda lo miró fijamente, y le agradeció que lo dijera. Le agradeció su apoyo.

No era su padre biológico, pero no podía haber tenido uno mejor. Mejor que el cabrón que la abandonó antes de nacer, seguro.

Por eso fue a verlo a él antes de tomar una decisión.

—Aquí se trata de ti, pequeña —le había dicho—. No de lo que pensemos los demás ni el mundo. Sino de que tú seas feliz.

—¿Pero no te parece extraño? Es mi hermano…

—Es un gran hombre —respondió él entonces—. Y no lo digo porque sea mi hijo. Sé que dará la talla y que, si lo eliges, no te arrepentirás.

—No podría esperar un padre mejor para mi nieto —dijo su madre, apareciendo en escena—. Pero tampoco una madre mejor. Así que decidas lo que decidas, te apoyaré.

—Joder —resopló finalmente, recordando ese momento—. Podrás tocarme la barriga. ¡Solo la barriga! Nada de carantoñas ni roces indebidos ni miraditas. ¡Que soy tu hermana!

Ryan la miraba con las cejas completamente enarcadas, dándole a entender, sin palabras, que eso jamás ocurriría.

Amanda se calló y se removió, incómoda.

—¡Solo la barriga! —repitió, con más volumen del necesario.

—¿Por qué? —preguntó entonces Ryan.

Amanda se tensó.

—¡¿Perdón?!

—¿Por qué te pone tan nerviosa el tema?

—¡No me pone nerviosa!

—¿Hay algo a lo que le tengas miedo? —insistió él.

Le encantaba provocarla. Era su deporte favorito.

Amanda asintió con la cabeza.

—Sí. Matarte. ¡Tengo un miedo terrible de matarte!

Ryan soltó una carcajada.

Amanda respiró hondo, recorrió con la mirada a cada miembro de la familia y clavó los ojos en su hermano pequeño, mitad cómplice, mitad notario.

—Quiero una cláusula más, Tyler —dijo.

—Adelante —dijo él, listo para teclear.

Amanda miró a Ryan.

—Tienes prohibido enamorarte de mí.

Ryan alzó las cejas, todavía riendo, mientras Tyler tecleaba a toda velocidad.

—Hecho. Amanda, ¿quieres que añada una cláusula espejo? Prohibido que tú te enamores de él.

Ella apenas lo pensó un segundo.

—Créeme, no hace falta.

—¿Segura?

Nadie supo muy bien quién hizo esa pregunta. Tal vez todos a la vez.

Amanda incluida.



Capítulo 8

Amanda se levantó de la mesa sin decir nada. Dejó el tenedor, se llevó una mano al estómago y corrió. El sonido seco de la puerta del baño cerrándose lo explicó todo.

Ryan llegó a la puerta del baño al mismo tiempo que su madre. Fue a abrirla, pero ella lo agarró de la muñeca.

—No le gusta que la vean así —le recordó esta.

Sí. Él lo sabía, sabía que lo odiaba. La conocía demasiado bien. Pero eso no iba a impedirle entrar.

Amanda estaba arrodillada en el suelo, inclinada sobre el váter, el cuerpo temblando mientras vomitaba.

—Joder —murmuró él, arrodillándose a su lado.

Le recogió el pelo.

—Vete —dijo ella entre arcadas, intentando empujarlo con una mano. No quería que la viera así—. Fuera.

Ryan no se movió. No iba a irse a ningún lado.

Se quedó allí, acariciándole la espalda mientras Amanda dejaba de vomitar y de temblar.

Un rato después, ella se apoyó en los azulejos de la pared, aliviada.

Ryan no dijo nada. Se levantó, mojó una toalla y volvió a agacharse junto a ella. Le apartó un mechón de pelo que se le había pegado a la cara y le puso la toalla húmeda en la frente.

Ella no protestó. Solo cerró los ojos y se dejó hacer.

—No hacía falta que entraras —murmuró.

—Lo sé.

—No quiero que me veas así.

—También lo sé.

Pasaron unos segundos.

—Esto es una mierda.

—Lo sé.

Amanda abrió los ojos y se encontró con un par de ojos grises que la miraban, preocupados.

No era la primera vez, en los últimos días, que veía esa mirada.

Desde que había empezado con las inyecciones, Ryan estaba en todo. Cada noche, a la misma hora, le preparaba el frasquito con la hormona, comprobaba la dosis, y se agachaba frente a ella con la jeringuilla en la mano.

Era él quien le pinchaba. Siempre.

Porque Amanda, aunque no le tuviera miedo a las agujas, era incapaz de clavarse una.

Y, por alguna razón, solo se dejaba pinchar por él.

Y él, siempre, la miraba así.

—¿Te has arrepentido ya de esta locura? —preguntó Amanda.

Ryan no supo si se lo preguntaba a él o a ella misma.
Y era lógico. Lo estaba pasando mal.

Las inyecciones le habían provocado hinchazón abdominal, náuseas, dolor de cabeza y un humor de perros.

Y eso sin contar el llanto fácil. Y los vómitos.

Claro que se arrepentía, pero de verla así. Odiaba verla frágil. Hecha polvo. Forzándose a aguantar.

Pero él estaba allí. Y por esa parte no se arrepentía. Porque si no fuera él el donante, ella no dejaría que estuviera tan cerca. Ni él.

Ni nadie.

Se sentó a su lado y mantuvo la toalla mojada sobre la frente de ella.

—¿Te acuerdas cuando vomité encima de los zapatos de la fiscal jefe? —preguntó él de pronto.

Amanda lo miró de reojo, sin mover mucho la cabeza.

—¿En el juicio de la promotora?

—Exacto.

—Te dije que no fueras. Que yo me encargaba. Que no hacía falta que estuvieras allí.

—Y fui igual. Aunque me estuviera muriendo. Y vomité justo después de que la fiscal me mirara mal por primera vez. Directo a los zapatos blancos.

Amanda soltó una carcajada floja, recordando el momento.

—Te dije que yo me encargaba. ¿Por qué no me dejaste? ¿Tan poco confiabas en mí como abogada? No era mi especialidad, pero lo habría conseguido.

Ryan la miró.

—Porque eras tú. Y ese tipo no se merecía que tú lo defendieras. No después de lo que había hecho.

Ella tardó un par de segundos en reaccionar. La risa se le congeló un poco.

—Claro que confiaba en ti. Si no, no seríamos socios —le guiñó un ojo—. Pero no quería que tu nombre quedara pegado al suyo. Me daba asco que lo representaras.

Amanda se quedó callada. Solo un instante.

—Toda la vida pensando que no me veías capaz y resulta que solo eras cabezón y ético.

—Exacto.

Ella suspiró, cerrando los ojos.

—Eres idiota.

—También lo sé.

Amanda sonrió. Seguía hecha polvo, con ganas de morirse, pero sonrió igual.

—Vamos a casa —dijo Ryan en voz baja un momento después.

—Estamos en casa —respondió ella, con los ojos aún cerrados.

—A mi casa —añadió él—. Estarás más cómoda.

—Ryan… —suspiró Amanda.

Ya lo habían hablado. Habían decidido vivir juntos. O más bien, ella había accedido a aceptar esa cláusula porque lo entendía. Pero dijo que sería en casa de los padres de ambos, donde ya estaban acostumbrados a estar. Así no notaría el cambio.

Vivir sola con Ryan… Eso era otra cosa. Después de todo lo que estaba viviendo, no sabía si podría con algo más encima.

—Sabes que es así —dijo él—. Aquí no estarás bien. Odias que te vean mal.

Amanda lo miró.

—También odio que tú me veas mal.

Él sonrió al ver la mueca de desagrado en su cara.

—Te veré pariendo, Amanda. No creo que lo demás importe.

Ella gimió, fuerte, e hizo el amago de vomitar otra vez.

A él le entró la risa.

Y al final, muy a su pesar, ella sonrió también.

—¿Por qué siempre mencionas eso? —gimió, riendo, avergonzada.

—A ver si así me acostumbro yo también —rio él.

—Imbécil —refunfuñó ella—. ¿En qué lío nos hemos metido?

Ryan se encogió de hombros.

—En uno del que seguro no nos vamos a arrepentir.

—¿Estás seguro de eso? —bufó ella—. Será tu hijo o hija, sí, pero puede que se parezca a mí. De mí puedes pasar, pero de él o de ella no. Tendrás que ver cosas mías en su cara cada día de tu vida.

Si pensaba que eso iba a provocarle alguna duda, estaba muy equivocada.

Ryan podría haber soltado cualquier tontería, como siempre. Usar el sarcasmo. Pero no quiso. No era el momento.

—También te pasará si se parece a mí —dijo.

Amanda puso cara de asco.

—Menos mal que el amor de madre es incondicional.

Ryan soltó una carcajada. Amanda y sus cosas.

Ella lo miró un segundo.

—¿De verdad crees que podremos?

Ryan dejó de reír y la miró de nuevo.

Sabía a qué se refería. Sabía qué le daba miedo.

Sabía más de ella de lo que a veces le gustaría admitir.

—Lo estamos haciendo —respondió él.

Amanda asintió y volvió la vista al frente.

—Aún no estoy embarazada. Ni siquiera sabemos si esto funcionará a la primera. O si funcionará —lo miraba, seria—. No tienes que parar tu vida mientras tanto.

—¿Y tú sí? —preguntó él y negó con la cabeza—. Te dije que estaría durante todo el proceso, Amanda, incluye también los errores. Las inseminaciones fallidas también son parte de esto.

—¿Estás seguro? —preguntó ella.

—Sí —dijo él, sin lugar a duda.

Amanda sabía que tenía que decirle que no. Tenía que hacerlo. Tenía que esperar.

No podía…

—Está bien —aceptó—. Me mudaré a tu casa.

El alivio que sintió Ryan fue inmediato.



Capítulo 9

Claro que el alivio le duró poco. Aquella mujer iba a acabar con él.

Era un desastre.

Él ya lo sabía, por supuesto. No es que lo pillara por sorpresa. Pero es que ahora había subido de nivel.

Ya no era solo dejar las zapatillas en mitad del pasillo, la puerta del microondas abierta («por si calentaba algo más»), el papel higiénico mal colocado, o guardar en la nevera el yogur con la tapa medio puesta y la cucharilla dentro.

No.

Ahora también dejaba el secador enchufado, ponía lavadoras sin separar colores, usaba su camiseta de pijama como trapo para limpiar las gafas y respondía «me estoy preparando para crear un ser humano» cada vez que él abría la boca.

Y si a eso le sumabas las hormonas…

Ryan empezaba a considerar la posibilidad de mudarse al trastero.

O mejor aún, mandarla de vuelta con sus padres.

Allí al menos había más gente para turnarse en el infierno. Y él podría volver a su casa. A su orden. A su silencio. A su cafetera sin posos raros y a un baño donde las toallas no olieran a cremas con nombres como «Sueño de vainilla».

Pero luego la oía llorar por un anuncio de yogures, o la encontraba hablando sola frente al frigorífico como si negociara con una berenjena…

Y no podía hacerlo. No podía mandarla a ningún lado.

Así que se quedaba. Con ella. Con las hormonas. Y con todo lo demás.

Ryan acababa de llegar a casa y, todavía con el tic en el ojo tras ver cómo alguien, es decir, Amanda, había dejado una camiseta

colgada en la lámpara de pie y el mando dentro del frutero, suspiró y fue a buscarla.

Debería estar descansando. Esa misma mañana le habían hecho la inseminación y tenía que reposar.

Él había estado con ella, por supuesto. A su lado, agarrándole la mano mientras pasaba por ese proceso que, de agradable, no tenía nada.

—Gracias —le había dicho él cuando todo terminó.

—¿Por qué?

—Por dejarme estar ahí.

Y de verdad que se lo agradecía.

Ryan se asomó a su dormitorio, pero ella no estaba allí.

No podía estar muy lejos, él no había tardado tanto en ir a comprar la cena.

No estaría en el despacho, liada con el trabajo, ¿verdad?
Ni haciendo alguna de esas cosas extrañas que le daba por hacer últimamente.

Porque sí, hacía cosas muy raras.

Por ejemplo, abrazarlo. A él. Sin ser Navidad ni su cumpleaños ni estar borracha.

Solo porque lo necesitaba. Como la noche anterior.

Ryan se había quedado quieto a mitad del pasillo, había fruncido el ceño y había caminado unos pasos hacia atrás.

¿Había visto una sombra en el baño?

Sí. Una sombra llamada Amanda.

Ella estaba sentada en la tapa del váter, abrazando una sudadera suya. De él.

Y lloraba.

No de forma escandalosa. Lloraba en silencio, con la cara hundida en la tela, como si no pudiera parar.

Ryan se asustó, por supuesto. ¿Qué demonios le había pasado?

—Perdí un pendiente —murmuró ella, mirándolo, borrando su preocupación de un plumazo.

—¿Qué pendiente?

—El redondo. El que me regaló mi madre. Creo que lo tiré con una servilleta.

Pausa.

—Era una mierda de pendiente. Ni siquiera me gustaba. Pero era el único que tenía pareja. Y ahora tengo uno solo. ¿Qué se hace con un pendiente solo, Ryan?

Él se acercó. Y la miró.

En cualquier otra situación, la habría mandado al carajo por llorar por una tontería así. Pero claro, no era una situación normal.

Y además, él se había prometido no mandarla al carajo. Al menos, no hasta que su hijo o hija o hije, lo que fuera, estuviera en este mundo.

Después tendría toda la vida para mandarla lejos y no cortarse ni un pelo.

—¿Lo buscamos?

—Ya lo busqué.

—¿Y si me pongo el otro?

Ella lo miró, entre lágrimas.

—No es gracioso.

Amanda volvió a taparse la cara con la sudadera.

—Estoy agotada. Me duele todo. No duermo. Me he peleado con la balanza. El sujetador me aprieta. Y no sé si voy a quedarme

embarazada o no. Pero tengo un pendiente solo. Y eso me ha roto del todo.

Él la escuchó sin decir nada.

Solo se inclinó hacia ella, le quitó la sudadera de la cara y le pasó los dedos por el pelo, que lo tenía hecho un desastre.

—¡Y odio que me veas así!

—Te veré pariendo —le recordó él.

Amanda gritó, lloró, se rio… Hizo todo a la vez.

—Tengo miedo —dijo entonces, llorando a lágrima viva—. Tengo miedo de mañana.

Ahí estaba, mostrándose completamente vulnerable ante él.

Y entonces lo abrazó. Se lanzó contra él como si eso fuera lo único que la mantenía en pie.

—Abrázame —susurró, sin separarse—. Por favor.

Si eso no era estar rara…

Tan raro como que la casa, estando ella allí, estuviera en silencio.

La explicación no tardó en llegar. Estaba dormida. Sentada en la silla del escritorio, con la cabeza apoyada sobre un montón de papeles, el portátil a un lado y un subrayador fluorescente todavía en la mano.

Tenía la boca entreabierta, el pelo recogido de cualquier forma y llevaba puesta la sudadera de él, la misma que había abrazado mientras lloraba sentada en el váter la noche anterior.

Se veía agotada.

Ryan se acercó en silencio, apagó el monitor y le quitó el subrayador de la mano. Se agachó, la cogió en brazos y ella, instintivamente, se aferró a él.

—Ryan… —suspiró, dormida, provocándole un escalofrío.

Caminó hasta el dormitorio de ella, la dejó sobre la cama y la cubrió con una manta. Y se quedó ahí un minuto más. Observándola.

Pensando que sí, que Amanda tenía razón. Que estaban locos por hacer lo que estaban haciendo.

Y que si aquello funcionaba, ella sería la madre de su hijo.

Y, por primera vez desde que empezó toda esta locura, Ryan empezó a asustarse de verdad.



Capítulo 10

Amanda llevaba dos semanas fingiendo que no estaba esperando nada.

Catorce pinchazos, tres ataques de ansiedad, un brote de acné adolescente y un hambre voraz que, según Ryan, solo podía justificarse si estaba gestando gemelos.

Pero no lo sabía. Oficialmente, no.

El test de sangre era al día siguiente. Pero Amanda no iba a esperar.

Estaba encerrada en el baño, con la frente apoyada en la puerta del armario y el test de orina sobre el borde del lavabo.

Había puesto una alarma de tres minutos, pero no la necesitaba. Llevaba ciento ochenta segundos mirando fijamente el palito como si fuera una amenaza biológica.

—Amanda —la llamó Ryan desde el pasillo.

Acababa de llegar a casa y no la encontraba por ningún lado.

—¿Dónde estás?

Silencio.

Ryan golpeó la puerta del baño con suavidad.

—¿Amanda?

Nada.

Ella tenía los ojos fijos en la línea. O en las dos. Porque había dos, ¿verdad?

—Voy a entrar, ¿eh? Si estás en cuclillas, llorando abrazada al retrete, te juro que fingiré que no lo vi.

Pero ni tiempo le dio a poner la mano en el manillar cuando Amanda abrió la puerta de sopetón.

A Ryan no le dio tiempo ni a verla, de repente tenía algo delante, demasiado cerca, casi pegado a la cara.

—¿Qué demonios…?

No distinguía nada. Solo sabía que había un objeto invadiendo su espacio vital.

Entonces le cogió la mano, con calma, y la movió apenas unos centímetros. Lo justo para discernir qué era lo que casi le sacaba un ojo.

Entonces lo vio. Dos líneas.

Parpadeó. Una vez.

La miró a ella. Ella seguía sin hablar. Estaba pálida y completamente quieta.

—¿Es lo que creo? —preguntó él, sin atreverse del todo.

Amanda asintió. Una sola vez.

Él tragó saliva, soltó y se pasó una mano por la cara.

—Pero bueno —dijo ella por fin, con voz temblorosa—. Habrá que esperar a mañana, ¿no? Puede ser un falso positivo —eso les habían explicado en la clínica.

Por eso pedían esperar mejor a los análisis de sangre.

Ryan arqueó una ceja.

—¿Un falso positivo con esas dos líneas? Si fueran más claras, traerían un cartel de «felicidades».

Amanda bajó la vista al test.

—A veces pasa —insistió Amanda, mordiéndose el labio—. Puede ser la hormona. O un fallo del test. O…

—O estás embarazada —la interrumpió él, con la voz tensa.

Emocionado y acojonado a partes iguales.

—No lo sabemos seguro.

Ryan se rascó la nuca.

—No lo sabrás tú, Amanda. Yo lo acabo de ver con mis propios ojos.

—Ryan…

—Amanda…

Se miraron.

Ella con los ojos brillantes, el pecho subiendo y bajando como si acabara de correr.

Él con esa expresión de «estoy a punto de colapsar, pero no lo voy a admitir».

Ryan le quitó el test despacio, sin romper el contacto visual. Lo miró una vez más y confirmó lo que ya sabía.

Y, aun así, le costó tragar.

—Si mañana sale negativo —dijo ella, bajando la voz—, me muero.

Ryan no lo dudó.

—Si sale negativo, lo volvemos a intentar —fijó los ojos en ella—. Si tú quieres, claro.

Ella respiró. Lento. Como si acabara de escuchar algo que no esperaba.

¿Pero por qué no lo esperaría?

Él quería hacer eso. Se lo había demostrado ya.

No era un capricho, ni una decisión que, aunque rápida, hubiera tomado a lo loco.

Ryan no tomaba decisiones a lo loco. Cuando elegía algo, era porque estaba completamente seguro de ello.

—Pero no hará falta pasar por todo de nuevo porque…

Ryan la cogió en brazos y empezó a dar vueltas con ella, haciéndola reír.

—¡¡¡Estás embarazada!!!

¡Estaba tan feliz!

—¡Ryan, bájame! —reía ella, entre carcajadas—. ¡Todavía no es seguro!

—Dios, Amanda, ¡vamos a ser padres!

—Si muero, no. ¡Que me mareo! —pero seguía riendo.

Entonces él paró. Dejó que los pies de Amanda volvieran a tocar el suelo, pero no la soltó. La sujetó por las caderas y se arrodilló justo delante de ella.

Y, sin decir nada, apoyó la frente sobre su vientre y se quedó ahí, en silencio.

Como si necesitara un segundo para creérselo.

Luego, con cuidado, le dio un beso encima de la ropa.

—Hola —susurró—. Soy tu padre. Lo siento de antemano.

Las manos de Amanda reaccionaron al instante y se posaron suavemente sobre su cabeza.

Él apoyó la frente con más fuerza contra su vientre y la abrazó. Ella jugó con su pelo, despacio, en silencio, hasta que Ryan besó de nuevo su abdomen, apenas un roce, y se incorporó despacio.

Entonces la miró a los ojos.

A Amanda le temblaba el labio y tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Ey… —le limpió las lágrimas con los pulgares, sus manos acunando el rostro de ella—. ¿Estás bien?

Amanda asintió con la cabeza.

Pero él sabía que mentía. La conocía demasiado bien.

—Lo siento si me pasé, yo…

Ella negó rápidamente con la cabeza y sonrió.

—Son solo las hormonas.

Eso era lo que se decía últimamente cada vez que algo la desbordaba. Cada vez que se le llenaban los ojos de lágrimas sin motivo. Cada vez que no entendía lo que sentía.

Nada era real. Eran las hormonas.

Cuando pariera, todo volvería a la normalidad, ¿verdad?

No se arrepentía de haber elegido vivir esta experiencia con él. La verdad, apenas se lo pensó. Lo conocía. Sabía que con él todo podía

ser un poco más fácil.

Porque con Ryan podía mostrarse vulnerable. Podía ser ella.

Sabía que él, pasara lo que pasara, estaría ahí.

Y así era. No era tan capullo como se suponía, ¿no?

Y ahí, precisamente, estaba el problema.

El labio de ella volvió a temblar y él lo acarició. Rápido. Instintivo.

Amanda, sin poder evitarlo, cerró los ojos un segundo. Y cuando los abrió, se encontró con la mirada de él fija en ella.

La estaba mirando como nunca antes la había mirado.

—Ya… —susurró él, bajando la vista a su boca mientras volvía a rozarla con los dedos, haciéndola temblar.

Ryan sabía que no debía hacer eso. Que no podía hacerlo. Pero joder, es que ese labio…

—¿Solo las hormonas? —murmuró él, mirándola de nuevo a los ojos.

Amanda asintió lentamente.

—Cosas del embarazo —dijo entonces, como si con esa frase pudiera volver a poner las barreras.

Ryan sintió un nudo en la garganta. Sí, eso debía ser.

Tendría un hijo con Amanda. Eso era lo que ambos querían, ¿no?

Nada más. Aquello no se trataba de nada más.

Entonces, ¿por qué, de repente, eso no parecía suficiente? ¿Por qué esa sensación sorda y extraña, de que le faltaba algo más?

¿Quizás porque quería más?

¿Más? ¿Pero cuánto más?

Volvió a mirar los labios de ella, esos labios llenos, entreabiertos, que ahora se lamía.

¿Un beso?

Pero un beso de verdad. Eso era lo que quería.

Se apartó de golpe.

—Yo… —no dijo nada más.

Se pasó las manos por el pelo y cerró los ojos un instante, mientras su cabeza hacía lo que su cuerpo no se atrevía: quedarse ahí y besarla como no se besa a una hermana.

—Necesito aire —gimió.

Y se marchó.

Sin mirar atrás.

Dejándola allí, sin tener ni idea de qué demonios acababa de pasar.

Ni entre ellos.

Ni dentro de sí misma.



Capítulo 11

Ryan entró en casa temprano.

Se encontró a Amanda en el salón, sentada en el sofá, con una taza de té en las manos.

—Estás despierta —dijo él, como si eso fuera una sorpresa.

Amanda levantó la vista y la fijó en él.

Llevaba la ropa arrugada, el pelo despeinado y la camisa por fuera de los pantalones.

Estaba hecho un maldito desastre. Y por las ojeras que se gastaba, Amanda estaba casi segura de que no había dormido en toda la noche.

Apretó los dientes, mordiéndose la lengua para no contestarle.

Claro que estaba despierta. No había pegado ojo en toda la noche. Había pasado horas mirando el techo, preguntándose dónde coño estaba él.

Abrió la boca, dispuesta a mandarlo al carajo, pero él no la miró. Ni un segundo.

Solo cruzó el salón, se quitó la chaqueta del traje y la dejó sobre una de las sillas del comedor, como si nada.

Como si hubiese salido a por pan y ya.

—¿La cita era a las nueve? —preguntó, sin girarse.

—Sí —respondió ella.

—Bien… —dijo él, y se estiró un poco la camisa arrugada—. Me doy una ducha y nos vamos.

Y se fue al baño. Sin más.

Amanda lo siguió con la vista hasta que desapareció por el pasillo. Luego bajó la mirada a su taza, le dio un sorbo largo y respiró hondo.

Estaba temblando de rabia.

Quiso romper la taza contra el suelo. Gritar. Llorar. O todo a la vez.

Pero no hizo nada.

Solo esperó.

Ryan no tardó mucho. Diez minutos después volvió a aparecer en el salón, peinado, limpio, perfumado, como si no llevara horas sin dar señales de vida.

Como si no hubiera nada que explicar.

Amanda ya estaba de pie. Se acercó a la mesa para coger su bolso. Pero justo al alargar la mano, se detuvo.

Allí, en la silla, seguía la chaqueta de Ryan. No la tocó, no la movió. Solo bajó la cabeza.

Y entonces lo olió.

Un segundo bastó para reconocerlo.

Además del olor a alcohol, un perfume dulce, intenso, femenino. Desde luego, no era suyo.

Y ahí estaba. La confirmación. El motivo.

El porqué no había vuelto.

Amanda tragó saliva y se quedó muy quieta, con la mirada fija en la tela.

—¿Nos vamos? —preguntó él.

Amanda levantó la cabeza. Lo miró un segundo y después asintió con la cabeza. Cogió el bolso y salió de casa sin pronunciar una sola palabra.



Capítulo 12

La clínica no estaba lejos.

Amanda miraba por la ventana, con la cabeza apoyada en el cristal. No decía nada. No se había movido desde que subieron al coche.

Ryan fingía estar concentrado en el tráfico, aunque no había ni un solo coche delante. Solo semáforos en verde que cruzaba sin darse cuenta.

Nada más llegar, la recepcionista los hizo pasar enseguida. Una extracción rápida, una sala de espera eterna.

Y silencio.

Otra vez.

Ryan la miraba de reojo. Estaba sentada recta, rígida. Tensa. Se le notaba en los hombros, en la forma en que apretaba las piernas, en cómo no lo miraba ni una vez.

Joder. Estaba enfadada.

Claro que lo estaba. Lo sabía desde antes de verla esa mañana. Era lógico, ¿no?

La había cagado.

Y a lo grande.

—Amanda… —suspiró en voz baja, sin poder soportar ese silencio ni un segundo más.

No en ese momento. No cuando estaban a punto de confirmar que sus vidas iban a cambiar para siempre.

Pero ella no respondió, ni siquiera giró la cabeza. Solo se levantó y se alejó.

Ryan la siguió con la mirada y suspiró. Por supuesto, no se lo iba a poner fácil.

Un momento después, los llamaron y entraron juntos al despacho del médico. No les pidieron que se sentaran separados, pero Amanda lo hizo igual. Una silla de distancia entre los dos, dejando claro que no lo quería cerca.

El médico sonrió apenas al verlos entrar. Tenía el informe en la mano, ya lo había leído.

—Enhorabuena, Amanda —dijo con voz neutra, pero cordial—. Estás embarazada.

Ryan giró la cabeza para mirarla. Esperaba algo. Una mueca, una respiración entrecortada, un mínimo temblor.

Lo habían conseguido a la primera. Joder, ¿no era para estar felices? Él lo estaba.

Pero Amanda no dijo nada. Ni un gesto. Ni una reacción. Seguía mirando al frente, con las manos cruzadas sobre el bolso, los nudillos blancos y los labios apretados. Parpadeó una vez, respiró hondo y no hizo nada más.

—Los niveles hormonales son buenos —añadió el médico—. Os llamaré en unos días para programar la primera ecografía.

Amanda asintió. Una sola vez.

El médico les deseó suerte.

Amanda se levantó antes que Ryan y salió de la consulta sin cruzar una palabra. Él la siguió, tragándose todo lo que no sabía cómo decir.

Salieron a la calle en completo silencio.

—Amanda, por favor… —suspiró él entonces, intentando alcanzarla.

Necesitaba hablar con ella, que dijera algo. Lo que fuera. Que lo insultara, si quería, pero algo. Porque ese silencio lo estaba volviendo loco. No lo soportaba.

Pero Amanda se metió en el coche sin decir nada, cerró la puerta de un portazo, apoyó la cabeza en el cristal y cerró los ojos.

¡Joder!

Llegaron al edificio, Ryan aparcó frente a la puerta.

Amanda abrió la puerta del coche sin esperar a que él apagara el motor. Él giró la cabeza y entonces lo vio, estaba llorando.

—¡Amanda! —la llamó Ryan, saliendo del coche a toda prisa.

Pero ella no se detuvo. Caminaba rápido, casi corriendo, con los hombros tensos, las manos metidas en los bolsillos.

Y llorando.

—¡Amanda, espera!

Corrió tras ella, pero ya había entrado al edificio. Cuando llegó al portal, la vio justo antes de que las puertas del ascensor se cerraran. Ella no lo miró ni un segundo; solo levantó la cabeza, apretó los labios y dejó que el ascensor se cerrara delante de él.

Ryan golpeó el botón con fuerza, pero no pensaba esperar. Subió corriendo por las escaleras, de dos en dos, maldiciendo en cada rellano.

Cuando llegó arriba, la puerta del piso estaba entreabierta, y entró.

—¡Amanda! —llamó, alzando la voz.

Ella ya cruzaba el pasillo, directa a su dormitorio.

Ryan llegó justo a tiempo para verla abrir el armario, sacar una maleta y dejarla caer sobre la cama con un golpe seco.

—¿Qué haces? —preguntó él, avanzando hacia ella.

Sin pensarlo, cogió la maleta y la lanzó al pasillo.

Amanda, que ya iba a meter ropa dentro, gritó. Dejó la ropa sobre la cama de golpe y fue directa a por la maleta, pero Ryan la agarró del brazo justo cuando pasaba por su lado.

—Suéltame.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Me voy a casa —espetó ella, forcejeando para soltarse del agarre.

Él no se lo permitió. Le apretó la muñeca con más fuerza y la obligó a quedarse frente a él.

—Esta es ahora tu casa.

Amanda soltó una risa seca, irónica. Con rabia, se limpió las lágrimas que le bajaban de nuevo por la mejilla, mientras lo miraba directamente a los ojos.

—Que me sueltes —repitió, sin bajar la voz.

Los ojos de ella estaban hinchados, las ojeras marcadas.

¿No había dormido?

¡Claro que no había dormido, joder! Si es que era imbécil.

Él. No ella.

—Amanda…

—¡Que me sueltes! —gritó.

Estaba furiosa. Se le veía en la mandíbula tensa, en cómo lo miraba. Con rabia. Con algo muy parecido al odio.

¿Tanto la había jodido? ¿Tanto dolía lo que había hecho?

Joder, él solo había pasado la noche fuera. ¿Para tanto era?

—Amanda… —suspiró, rindiéndose, y la soltó al fin—. Vamos a calmarnos y hablar, ¿vale?

Pero ella ya le había cogido las vueltas. Pasó por su lado sin mirarlo, se agachó en el pasillo y recogió la maleta del suelo.

—¡Que no vas a irte a ningún lado! —exclamó Ryan, quitándole la maleta de nuevo.

—¡Ah! —Amanda gritó, frustrada, y se apartó de un tirón.

Sentía que estaba a punto de perder los papeles de verdad, y se dirigió al salón con pasos torpes y furiosos.

Ryan dejó la maleta a un lado y la siguió.

—Te vas a hacer daño —dijo al verla rascarse con desesperación.

—¡¿Y a ti qué te importa?! —exclamó ella, girándose de golpe para encararlo.

Estaba en medio del salón, con las manos en las caderas, los ojos enrojecidos y una expresión que era puro odio.

—¡¿Qué demonios te importa a ti lo que me pase?! —volvió a gritar, y esta vez le tembló la voz.

—¡Pues claro que me importa! —gritó él también, desbordado, perdiendo el control por completo—. ¡Tú me importas! ¡Siempre me has importado, Amanda! ¡¿Cómo coño no vas a importarme?! ¡Eres mi hermana!

Amanda asintió lentamente, con los labios apretados.

—Sí. Eso es exactamente lo que soy —dijo, helada—. Yo nunca lo he olvidado.

¡Joder!

Ryan levantó las manos y luego las dejó caer.

—Lo siento, ¿vale? —dijo, más tranquilo, intentando calmarla—. Tienes derecho a estar enfadada conmigo, lo entiendo. Pero tampoco hace falta llevar esto al extremo.

—¿Crees que estoy exagerando? —preguntó ella, con una carcajada seca y amarga—. ¿Eso crees? ¿Que exagero?

—Sí, Amanda. Eso creo.

Ella soltó una risa. Irónica. Desquiciada.

—Lo que me faltaba por escuchar —se pasó una mano por el pelo, sin poder creer lo que oía—. Has roto el puto contrato, Ryan. Y ahora resulta que la exagerada soy yo.

—¿Pero de qué hablas? —dijo Ryan, alzando las manos y dejándolas caer, agotado—. He llegado a tiempo a la cita del médico. No he incumplido nada.

—¡Y una leche que no! —estalló Amanda, avanzando hacia la silla del salón.

Cogió su chaqueta, la misma que había dejado allí esa mañana. Se la llevó a la nariz, aspiró profundamente y luego se la lanzó con fuerza. Ryan la miró cuando cayó al suelo, luego volvió a mirarla a ella.

No entendía nada.

—¿Ah, no? ¿Qué pensabas? ¿Que no me iba a dar cuenta?

—¿De qué hablas?

—Cláusula catorce punto dos, Ryan —dijo ella con toda la rabia contenida—. Castidad. ¿Te suena? Por si no lo entendiste cuando lo firmamos: cláusula de castidad mientras estés viviendo ¡con la madre de tu hijo! —gritó a pleno pulmón—. Joder —lloró al hacerse una herida en la cara.

Ryan se quedó callado, mirándola llorar.

Tardó un momento en hablar, y cuando lo hizo, su voz era apenas un susurro.

—Eso es lo que te ha dolido —repitió Ryan, como si no pudiera creerse lo que acababa de decir, o de descubrir—. No que no durmiera aquí. Te ha dolido pensar que estuve con otra.

Amanda parpadeó, desconcertada.

—¿Qué?

Amanda fue consciente de que la conversación podía desviarse hacia donde no debía.

Bufó, irónica.

—Por mí puedes acostarte con medio planeta. No me importa una mierda.

Intentó pasar por su lado para volver a la habitación, para hacer la maleta de una vez por todas, pero él la agarró antes de que pudiera alejarse.

—¿Estás celosa, Amanda?

No lo dijo con burla. No había sarcasmo. Lo preguntaba en serio. Como si realmente necesitara saberlo.

Amanda notaba cómo la miraba, pero no le devolvió la mirada.

—No digas idioteces —gruñó.

Ryan levantó una mano y limpió con cuidado el rastro de sangre que le mojaba la mejilla y el cuello. Ella se estremeció.

Ahí estaba la respuesta.

Ahí la había tenido todo el tiempo. Y el muy idiota no se había dado cuenta.

Tiró de su brazo con suavidad y la colocó justo delante de él. Cerca. Muy cerca.

Los pechos de Amanda rozaban su torso.

—Estás celosa —dijo, esta vez sin duda en la voz.

Y sorprendido. Y aliviado.

¿Tenía sentido eso?

Claro que lo tenía. Él no estaba solo en aquella locura.

—Suéltame —gruñó ella.

La rabia seguía ahí, pero ya no sonaba tan firme.

Intentó alejarse de él, pero él la acercó un poco más a su cuerpo. Estaban demasiado cerca.

Amanda tragó saliva.

—Amanda…

—Suéltame —repitió.

Esta vez no había rabia. Solo sonó como un ruego.

—Mírame —le ordenó él, en voz baja.

Ella, desgraciadamente, lo hizo. Y cuando sus ojos se encontraron, Ryan suspiró al ver cómo seguía llorando.

—Joder —gruñó, acunándole la cara entre las manos mientras intentaba secarle las lágrimas con los pulgares—. Deja de llorar, Amanda, por favor.

—Entonces, déjame —rogó ella, bajando la mirada, incapaz de sostenerle la mirada un segundo más.

Ryan debería hacerlo. Soltarla. Dejarla marchar. Pero no quería.

Y lo peor era que ya no podía.

—No he estado con nadie —dijo entonces en voz baja.

Amanda lo miró de golpe.

—No tienes que darme explicaciones.

—Hace mucho que no estoy con nadie —insistió él.

Lo de la rubia loca no contaba. Con que él la tuviera en sus pesadillas, ya era suficiente.

—Anoche tampoco estuve con nadie.

Ella apretó la mandíbula con fuerza.

—No necesito saberlo.

—Al parecer sí lo necesitas —replicó él, con una sonrisa que no pudo evitar. Porque se sentía malditamente bien saberla celosa.

Amanda consiguió soltarse de su agarre de un tirón.

—No me importa una mierda —escupió, logró alejarse de él y volvió al pasillo.

—¡Claro que te importa! —la siguió él—. ¿Por qué demonios no lo reconoces?

—¡Porque no es verdad! —gritó ella, girándose de golpe para enfrentarlo—. Te fuiste, me dejaste sola a la primera de cambio, y estuviste desaparecido durante horas. ¡Eso es lo que me importa!

—¡Claro que me fui! —explotó Ryan—. ¿Cómo demonios no iba a hacerlo si estuve a punto de besarte?

Amanda se quedó helada.

¿Qué?

—Claro que me fui —repitió él, desesperado—. Si me hubiera quedado, no sé si habría podido controlarme.

—Ryan… —susurró ella, sin aire.

—¿Preferías que lo hubiera hecho? —soltó él, riendo con ironía, casi dolido—. ¿Eso es lo que querías, Amanda? ¿Que te besara en vez de huir?

La miró. Tenía los ojos enrojecidos, las manos temblorosas.

—¡Eres mi hermana! —gritó él, con rabia—. Y sí, la madre de mi hijo. Pero, por desgracia, mi maldita hermana.

Y eso, últimamente, lo estaba matando. Porque no quería que lo fuera. Porque quería más.

Quería poder desearla sin culpa.

Amanda lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—No lo soy —dijo, por primera vez en su vida.

Ryan se quedó en silencio.

—No lo soy —repitió ella, negando con la cabeza—. Maldita sea, ¡no soy tu hermana!

No sabía si lo gritaba para que él lo entendiera o para convencerse ella misma. Pero lo necesitaba fuera.

Necesitaba dejar de esconderse detrás de eso.

—No lo soy —sollozó.

Un momento estaba gritando, desbordada, y al siguiente tenía a Ryan encima, aplastándola contra la pared, con una mano en su nuca y la otra en su cintura, sujetándola con fuerza mientras le devoraba la boca.

Fue eso, un asalto. Un beso salvaje, lleno de rabia, deseo, culpa y todo lo que llevaban tiempo evitando.

No hubo pausa ni permiso ni espacio para pensar.

Amanda lo sintió temblar cuando respondió al beso con la misma intensidad, cuando abrió los labios y lo dejó entrar. Entonces Ryan la empujó con más fuerza contra la pared, como si necesitara asegurarse de que no iba a escapar.

Sus respiraciones estaban entrecortadas. Ambos jadeaban.

Ryan bajó una mano hasta el muslo de ella y lo subió sin pensarlo, pegándola aún más. Se movió, buscando fricción, y ambos gimieron al sentir el contacto.

—Oh, Dios mío… —jadeó Ryan.

Hacía tanto que no sentía algo así…

No. Ya estaba bien de engañarse. Jamás había sentido algo así. Ese deseo. Esa urgencia. Esa necesidad de alguien, de tocarla, de tenerla, de no soltarla nunca.

Jamás había sentido lo que estaba sintiendo por Amanda.

Tembló cuando ella movió la cadera, despacio, rozándose de nuevo contra su erección.

Ryan le soltó los labios y apoyó la frente sobre el hombro de ella, como si necesitara anclarse a algo para no desmoronarse.

Ambos intentaban recuperar el aire. Respirar. Entender qué acababa de pasar.

—Ryan… —susurró Amanda. Tenía miedo.

Él levantó la cabeza de inmediato y la miró. Ella lo miraba también. Con temor, sí, pero también con algo más.

¿Duda? Sí.

¿Confusión? Claro.

¿Culpa? Por supuesto.

Pero también con deseo. Un deseo abrasador.

Y él también sentía todo eso. Pero tenía una cosa muy clara.

—Quiero más —dijo, sin apartar los ojos de los de ella—. Lo quiero todo de ti, Amanda.



Capítulo 13

—Lo quiero todo de ti, Amanda.

Lo lógico y coherente sería que Amanda se negase.
Se sentía vulnerable. Había llorado, gritado…

Deseaba a alguien a quien no debería desear.

Y ahora él le decía que quería más. Que lo quería todo.

Y claro que tenía miedo. Porque «todo» no era solo sexo. «Todo» implicaba muchas más cosas. Implicaba admitir que eso que estaba sintiendo no era solo hormonal.

Así que sí, podía negarse. Podía apartarse, decir que no. Que había sido un error. Que solo fue una reacción al estrés. Que no podían mezclar las cosas, que ya firmaron un contrato, que todo esto era una locura.

Porque lo era.

Pero también sería una mentira.

—Dime que tú no lo quieres —continuó Ryan—. Dímelo y me callaré. Dímelo, Amanda, y jamás volveremos a recordar esto.

En eso mentía él, por supuesto. Porque ¿cómo, por todos los infiernos, iba a olvidar algo así?

Podría olvidar a cualquiera, podría olvidarse del mundo entero incluso después de habérselo follado.

Pero esto… esto era diferente.

Sabía que jamás podría olvidar lo que acababa de ocurrir con Amanda.

Porque, joder, había sido especial. Único. Irrepetible.

Pero si eso era lo que ella quería o necesitaba, si tenía que fingir para que ella pudiera respirar… Lo haría. Aunque le costase la vida.

—Dime que esto es algo unilateral, Amanda —dijo Ryan, con la voz rota—. Dímelo, si puedes.

Pero sabía que no lo era. Ella se había deshecho entre sus brazos igual que él. La había sentido temblar. La había escuchado gemir cuando rozó su sexo.

No. No era cosa de uno. Era algo que estaban sintiendo los dos.

Pero eso no era suficiente. No bastaba con sentirlo. Ella tenía que quererlo. Tenía que aceptarlo.

Como lo estaba aceptando él.

—Dime que me aleje —le pidió, mirándola a los ojos—. O dime que te folle como deseo hacerlo.

Crudo. Desesperado. Real.

—Tengo miedo —dijo ella al fin, sincera.

—¿De mí?

Amanda negó con la cabeza.

—De sufrir —respondió, con la voz rota—. No quiero perderte, Ryan. No quiero perder a mi hermano.

Él entendía a qué se refería.

—No me perderás —le juró él, y le colocó una mano sobre el vientre, recordándole, sin palabras, que ahí dentro ya había algo que los uniría para siempre.

¿Pero era eso una garantía suficiente?

Aunque tuvieran un hijo, podían hacerse daño igual. Podían perderse igual.

Y joder, por más que a veces no se soportaran, ella no quería perderlo.

A Amanda se le llenaron los ojos de lágrimas otra vez.

—¿Y el contrato? —preguntó en un susurro.

Pero se movió al decirlo. Rozó su sexo contra el de él, aunque no fue de forma intencionada. No pudo contenerse y gimió sin pudor.

Ryan sintió cómo su erección se endurecía todavía más al verla gemir de placer con él. Y perdió el control.

—¡A la mierda el contrato! —soltó, y la besó, desesperado por volver a hacerlo.

Dios, esta vez era incluso mejor que la anterior. ¿Cómo coño era eso posible?

Amanda lo agarró de la nuca, clavó las uñas en su cuello y respondió al beso con la misma urgencia, como si también se hubiera estado conteniendo.

Ryan empezó a desabrocharle la camisa con manos torpes. Joder. Estaba nervioso. Como un principiante.

Y, con ella, lo era.

—Al carajo —gruñó, cuando perdió la paciencia y tiró con fuerza. Todos los botones salieron volando por el pasillo.

Al parecer, cuando se trataba de Amanda, la paciencia no tenía ni media oportunidad.

Le arrancó la camisa, le quitó el sujetador sin miramientos y, sin dudar, le cubrió los pechos con las manos. Eran pequeños, firmes, perfectos. Los apretó con las palmas, sintiendo cómo se le erizaba la piel.

Amanda gimió en su boca.

Después de darle un beso más, Ryan se agachó un poco y se metió un pecho en la boca. Lo lamió. Lo mordió. Jugó con el pezón erecto hasta que ella tembló. Luego volvió a lamerlo, como si intentara calmar el ardor que había dejado el mordisco.

Hizo lo mismo con el otro.

Amanda gemía, respirando con dificultad, temblando bajo sus manos. Desesperada.

Como lo estaba él.

Ryan bajó la cabeza por su vientre, la lengua trazando un camino tembloroso. Se puso de rodillas, le desabrochó el pantalón y se lo quitó junto con las bragas.

Ryan la miró desde abajo durante un segundo, como si necesitara grabar esa imagen para siempre. Le agarró la pierna y la alzó, apoyándola sobre su hombro.

Amanda no dijo nada. Solo se apoyó mejor contra la pared y se dejó hacer.

Él la observó un instante. Su sexo húmedo. Expuesto. Perfecto.

Lo lamió de abajo arriba, lento, solo para probarla.

—Joder… —murmuró él, sabía a gloria—. Menudo banquete me voy a dar.

Y no esperó más.

Comenzó a lamerla con hambre, sin pausa, sin delicadeza. La sujetó con fuerza por las nalgas desnudas mientras su boca recorría cada centímetro de su sexo. Mordía. Chupaba.

La devoraba.

Amanda se arqueó, soltó un gemido ronco, y se aferró a su pelo como si necesitara anclarse a algo para no venirse abajo.

Ryan no fue suave. No fue tímido.

Aquello era puro instinto.

Era rendición absoluta.

—Dios… —gimió ella, sin aire, sin poder dejar de mover las caderas contra su boca, desesperada por más.

Ryan no paraba. La tenía ahí, abierta, entregada, y la iba a hacer suya por completo.

Metió dos dedos dentro de ella mientras absorbía su clítoris con fuerza.

Amanda gritó su nombre, temblando sin control, a punto de deshacerse.

El ataque fue implacable.

Él no se detuvo hasta que ella estalló en su boca, con un gemido desgarrado. Cuando los espasmos cedieron, Ryan le dio un último

beso entre las piernas y se levantó. Respiraba agitado. Tenía la barbilla y los labios mojados de ella.

Amanda alzó una mano y le limpió la cara con suavidad. Después lo atrajo hacia sí y lo besó.

Esta vez fue distinto. Más lento. Más íntimo. Pero no menos intenso.

Los dos gimieron al separarse.

—Sabes a mí —dijo ella, bajando la voz, repentinamente avergonzada.

Ryan sonrió, y le acarició el labio inferior con el pulgar.

—A gloria, entonces —respondió.

Y no la dejó replicar. Se inclinó y le dio un beso rápido antes de morderle el labio suavemente y tirar de él, provocándola de nuevo.

Se quedaron un momento mirándose a los ojos. Preguntándose, ambos, qué demonios estaban haciendo.

Los dos con miedo.

—Quiero más —dijo él de nuevo. Aquello no era suficiente—. Necesito poseerte, Amanda. Necesito estar dentro de ti.

Ya no tenía sentido ocultarlo. Esa era la maldita verdad.

Amanda también lo necesitaba. Aún temblaba por el orgasmo que él le había regalado, pero no era suficiente. Quería sentirlo a él. De verdad. Por completo.

Sabía que dar un paso más lo complicaría todo. Que ya no habría vuelta atrás.

Pero ¿no estaba todo jodidamente complicado ya?

Lo miró a los ojos. Le cogió la mano con firmeza y entrelazó sus dedos con los de él. Entonces tiró de él, guiándolo.

Al llegar a la puerta del dormitorio, se detuvo. Dudó. Solo un segundo.

Ryan lo notó al instante, y una sonrisa se dibujó en sus labios. La entendía. Entonces fue él quien tiró de ella, quien la guio y la llevó

hasta la cama. La de él. Se detuvieron justo al borde.

Ryan la besó de nuevo, intenso, hambriento de ella. Y cuando se separaron, con la respiración agitada, la hizo tumbarse en la cama.

—¿Estás segura? —preguntó Ryan mientras se deshacía de la chaqueta que aún llevaba puesta.

No esperó respuesta inmediata. Solo empezó a desabrocharse los botones de la camisa, uno a uno, sin dejar de mirarla.

La observaba con hambre. Las piernas contorneadas, ese pequeño vientre donde, ahora, una parte de él estaba creciendo. Sus pechos, jodidamente perfectos. Esa boca que ya no podría mirar sin pensar en besarla. Esa nariz. Esos ojos que siempre había creído saber leer.

Y qué equivocado había estado.

¿Cuántas veces le habría dicho cosas con la mirada? ¿Cuántas veces lo habría hecho él también?

Tal vez ni siquiera Amanda era consciente. Como le había pasado a él.

Dios, era perfecta. Jodidamente perfecta. ¿Cómo no iba a desearla?

Se deshizo de la camisa y se quitó el cinturón. Luego se desabrochó el pantalón y lo dejó caer. Y sin más, se quitó también el bóxer, quedando completamente desnudo frente a ella.

Amanda no apartó la mirada.

Ryan la vio morderse el labio y sonrió, petulante. Su polla saltó al verla reaccionar.

Sí, claro que lo deseaba. ¿Quién no iba a desear a un hombre como él? Ella lo había visto en bañador, en ropa interior, mil veces. Sabía que Ryan tenía un cuerpo espectacular. Pero jamás había visto más allá de esa V tan definida.

¡Y madre del amor hermoso!

—¿Estás esperando que salga corriendo? —preguntó Amanda, levantando la vista hasta sus ojos, dejando de mirar el objeto de su

deseo.

Su polla, básicamente.

—Quizá sí —respondió él—. Todavía estás a tiempo.

A Amanda no se le pasó por alto que él dijera «estás» y no «estamos». Como si, para Ryan, ya no existiera ni la más mínima posibilidad de redención.

¿Y qué le hacía pensar que para ella sí?

Actuó sin pensar. Dobló las rodillas y se abrió de piernas, ofreciéndose a él sin reservas.

Madre de Dios, ¿qué provocaba ese hombre en ella?

Ella no era así. No era descarada. Jamás se había dejado devorar de aquella manera. Jamás había permitido que nadie la mirara tan de cerca en esa postura tan vulnerable.

Pero Ryan no era cualquiera.

En cuanto él se posó sobre ella, ambos temblaron. El contacto de sus cuerpos desnudos, por fin sin barreras, les robó el aliento.

Ryan bajó la cabeza y le dio un beso lento en los labios. Luego otro. Y otro más. Después llevó la mano al vientre de Amanda y lo acarició con ternura.

—Llevas a mi bebé dentro —susurró, reverente—. Sabemos que estamos limpios. No necesitamos…

No terminó la frase.

Amanda había metido la mano entre los dos y le había agarrado la erección. Ryan gimió. Apoyó la frente en el hueco del cuello de ella, intentando no perder el control.

—Joder —murmuró, temblando.

Y entonces lo sintió. El calor de su entrada. El modo en que Amanda había colocado su miembro justo ahí, guiándolo, rozándolo. Invitándolo.

—Fóllame —pidió ella.

Ryan alzó la cabeza para mirarla. Y lo que vio en sus ojos, por poco lo hace correrse allí mismo.

—Por favor —añadió Amanda.

Era un ruego.

Como si hiciera falta rogarle que hiciera justo lo que él se moría por hacer.

Ryan se apoyó sobre sus manos, clavando los ojos en ella. Se acomodó apenas, con cuidado, y entró lentamente. Solo un poco.

—Ryan… —gimió Amanda, pero su voz se quebró y el gemido se convirtió en un grito cuando él la penetró por completo.

—Mierda… —susurró él, jadeando.

Se quedó quieto. No se atrevía a moverse. Ni siquiera a respirar. Estar dentro de ella era como tocar el cielo. Una sensación abrumadora, perfecta.

Jodidamente perfecta.

No quería dejar de sentirla nunca.

Tampoco quería correrse en treinta segundos, todo sea dicho. Pero iba a pasar. Lo sabía. Porque aquello era demasiado.

Salió de ella solo un poco y volvió a entrar, lento, profundo.

Ambos gimieron.

Ryan bajó la cabeza y la besó, apretando los labios contra los suyos, abiertos y húmedos. Fue ese beso lo que lo hizo perder el control.

Se dejó caer sobre ella y comenzó a moverse con ritmo rápido, necesitado, casi desesperado.

Amanda no se quedó quieta. Le seguía el ritmo. Se movía con él, contra él, buscándolo más adentro, más cerca.

Lo necesitaba todo.

Los cuerpos chocaban, las respiraciones se mezclaban, los gemidos llenaban la habitación. No podían parar. No podían hablar. Solo podían sentir.

Cuando el orgasmo llegó, casi al mismo tiempo para los dos, gritaron. De placer. De alivio. De rendición.

Ryan cayó sobre ella, completamente deshecho. Amanda lo abrazó sin pensarlo.

Perfecto. Había sido jodidamente perfecto.

Y jodidamente jodidos era justo como estaban los dos.



Capítulo 14

—¿No me lo vas a preguntar? —dijo él, con voz grave.

Amanda, que estaba medio dormida sobre su pecho, levantó la cabeza y lo miró con las cejas enarcadas.

Una pregunta silenciosa.

—Dónde estuve —aclaró él—. Y por qué mi chaqueta olía a mujer.

Amanda se tensó de inmediato. Se apartó de él con rapidez y se sentó en la cama, llevándose por delante la sábana para cubrirse.

—Joder… —bufó Ryan al verla actuar así.

—No es de mi incumbencia —soltó ella, enredándose en la tela como podía mientras se levantaba.

Ryan no se lo iba a permitir. Tiró de la sábana y, con un rápido movimiento, volvió a tumbarla en la cama y se colocó sobre ella.

—Ryan, déjame.

—No —negó él—. No hasta que dejes de estar enfadada.

—No lo estoy —mintió, claramente.

—¿Entonces por qué no me miras?

Ella no lo hacía. Miraba a todas partes, menos a él.

—Mírame —insistió.

Amanda lo hizo a regañadientes, como si le costara sostenerle la mirada.

—No estoy enfadada —repitió, y empezó a rascarse el cuello con fuerza.

—Quieta —ordenó él, sujetándole la mano.

Todavía tenía restos de sangre de antes: en el cuello, en la mano. Igual que la de él, que también seguía manchada.

—Vale, ¿pero te puedes quitar de encima? —pidió ella, sin mucha convicción.

Ryan la observó en silencio durante un largo instante. Luego suspiró y se movió, dejándola moverse con libertad.

Amanda se levantó de la cama, necesitaba vestirse antes de hablar.

Ryan podía entenderla, pero eso cambiaría con el tiempo. Llegarían a un punto, él lo sabía, en el que discutir en pelotas sería su rutina.

Porque iban a estar muchas más veces en pelotas juntos, de eso no tenía la menor duda.

No había sido suficiente. Y mientras no lo fuera, seguirían.

¿Y cuándo ya no lo fuera qué? No, Ryan no contemplaba esa posibilidad.

¿Y si nunca era suficiente? Sí, esa era mucho más probable.

Amanda, envuelta de nuevo en la sábana, bufó en cuanto salió al pasillo y vio la camisa destrozada en el suelo. Caminó hasta su cuarto, abrió un cajón, sacó unas bragas, dejó caer la sábana al suelo y se colocó la ropa interior.

—Amanda —la llamó Ryan desde la puerta.

Estaba apoyado en el marco, solo con el bóxer puesto, mirándola de arriba abajo. Como si aún no se creyera lo que acababan de hacer.

O como si ya estuviera pensando en repetirlo.

Amanda no tenía claro qué opción ganaba.

Ella se puso una camisa rápidamente.

—Con lo que me gustan tus tetas —murmuró él, suspirando.

—¡Ryan! —le advirtió ella, escandalizada.

—¿Qué? Es verdad —dijo él, encogiéndose de hombros mientras se separaba del marco y se acercaba a ella—. Las he probado, Amanda. Te he probado entera. Bueno, aún me quedan cosas por probar. Pero lo haré. Y me gusta lo que probé. Negarlo sería idiota.

Se detuvo frente a ella. Le levantó la camisa y deslizó la mano por dentro de las bragas.

—Y si quiero volver a comerte el coño…

Metió un dedo en ella. Luego lo sacó, lo observó, y lo lamió con calma.

La mezcla de los dos…

—Hmmm —ronroneó, y le ofreció el dedo.

Amanda, todavía entre sorprendida y escandalizada, le lamió el dedo sin pensar.

Una sonrisa apareció en los labios de Ryan.

—Perfecto, ¿verdad?

Ella bufó al darse cuenta de lo rápido que había vuelto a caer y se apartó de golpe.

—Eres gilipollas —masculló.

—Lo sé —respondió él, siguiéndola con la mirada—. Soy gilipollas por todo el tiempo que hemos perdido.

Amanda lo miró. Lo miró bien. Y de repente, como si el peso de todo lo que habían hecho le cayera encima, se dejó caer en la cama. Horrorizada.

—Joder, ¿pero qué hemos hecho?

—Follar —respondió él, sin dudar.

—¡Ryan!

No es que él se lo estuviera tomando a broma. Era que no quería que ella se asustara.

Aunque él también lo estuviera.

Porque sí, aquello daba un poco de miedo. No lo que habían hecho, eso era inevitable. Ryan ya se había dado cuenta de que, tarde o temprano, iba a ocurrir entre ellos.

Lo que le daba miedo era lo intenso que era todo. Y que nada parecía suficiente.

Nunca había vivido nada así. Y sí, era normal asustarse.

—Hemos hecho lo que necesitábamos —dijo Ryan, sentándose junto a ella. Esperó a que lo mirara—. Tú lo querías. Yo lo quería. No hemos hecho nada malo.

—Somos hermanos.

—Técnicamente no —respondió él, con el mismo tono que usaría Tyler—. No tenemos ningún vínculo biológico. Ya es hora de que dejemos de usar eso como excusa para tapar la verdad.

—¿La verdad? —Amanda lo miró con el ceño fruncido.

—Que me deseas. Y que yo te deseo. Y que esto, inevitablemente, tenía que pasar.

—¿Y cuándo ya no me desees? —Amanda se levantó de un salto, desbordada—. Papá, mamá, Tyler… No podemos joderla, Ryan. Porque joderíamos a toda la familia.

—¿Y por qué das por hecho que voy a ser yo quien se aburra primero?

Ella lo miró con cara de «¿en serio me estás preguntando eso?»

—¿Cuántas relaciones serias has tenido?

Ryan puso una mueca.

—Tú no eres como ellas.

—Ya. Porque yo no soy una relación. Soy tu her…

—Si vuelves a decir que eres mi hermana, Amanda —la interrumpió con la voz tensa, grave, contenida—, te follaré. Te voy a follar cada vez que lo repitas, a ver si así, de una maldita vez, se te quita eso de la cabeza.

Y a ver si así se le quitaba a él también.

—No eres mi hermana. No lo has sido nunca —añadió, con la mirada clavada en la suya—. Y creo que ya te he demostrado —y se lo había demostrado a sí mismo— que no te veo así. Ni lo haré jamás. Así que hazme el maldito favor de dejar el tema —soltó muy serio.

—Anoche huiste precisamente por eso —le recordó ella.

Sí. Era verdad. Se había ido por miedo a lo que había descubierto: que la deseaba.

—No me vengas ahora con excusas.

—Estuve en casa de Anne y Nick —dijo él, sin alterarse—. Estuvimos en el jardín, y como ella tenía frío, le di mi chaqueta. Si no me crees, puedes preguntarle. Ella jamás mentiría para cubrirme. Lo sabes.

—No es eso a lo que me refiero.

—Sé a lo que te refieres —replicó él.

Alargó la mano y la agarró por la cadera. La acercó hasta tenerla entre sus piernas, y alzó la cabeza para mirarla.

—Hui por miedo. Bebí. Solté todo. Volví diciéndome que solo había sido una estupidez. Y, aun así, con lo claro que creía tenerlo todo, he acabado follándote, Amanda.

La frase quedó flotando entre ellos.

—Si eso no me ha dejado claro que de estupidez hay poca, y que, por más que lo intente, no puedo evitar desearte. Entonces, ¿qué lo hará?

Hizo una pausa.

La miraba fijamente, sin titubear.

—Ni un contrato ni toda la culpa del mundo van a hacer que deje de sentir lo que siento. Tú puedes negarlo. Puedes negarte a que vuelva a pasar. Si quieres que sea solo el padre de tu bebé, ya te lo dije, lo seré. No te fallaré.

Tragó saliva.

—Pero no me pidas que vuelva a tratarte como a una hermana. Porque eso sí sería una farsa. Te deseo, Amanda. Y a las hermanas no se las desea.

Amanda, que sin darse cuenta había empezado a jugar con su pelo, suspiró.

—Esto era a lo que me refería antes. ¿Ves como sí te perdería?

Él negó con la cabeza.

—Pase lo que pase, siempre seré ese hermano que quieres. El que esté ahí si lo necesitas. Pero yo no podré verte de la misma manera, nena.

—¿Nena? —se mofó ella—. ¿A cuántas has llamado así?

Gimió cuando él volvió a meter la mano por dentro de sus bragas y rozó su sexo.

—Eres un tramposo.

—Y tú tienes una percepción muy equivocada de mí.

—¿Eso crees?

—Eso me estás demostrando —y metió dos dedos dentro de ella.

Amanda gritó.

—A menos de las que crees, te lo aseguro —dijo él—. Y ninguna de ellas me ha importado una mierda.

—¿Eso debería alegrarme? —preguntó, frustrada, cuando el muy idiota sacó los dedos de dentro de ella. Y de sus bragas.

—Debería importarte que tú sí me importas. Y que te desee tanto que me estoy volviendo loco.

Amanda tragó saliva, nerviosa.

¿Era eso verdad? ¿Podían ellos hacer aquello?

No tenía ni puta idea.

Pero sí sabía una cosa, y era lo que sentía.

—¿Cambiamos el contrato? —preguntó, rindiéndose también.

—Me la pela el contrato —dijo él, ya poniéndose en pie.

Le quitó la camiseta. Luego las bragas.

—No necesito un contrato para follarme a la madre de mi hijo —le agarró el trasero con ambas manos—. Ni a mi hermana tampoco.

Rio al ver la cara de asco de ella.

—Eres un cerdo —gruñó ella, aunque no hizo mucho por apartarse.

—Te pone —añadió él.

—Solo porque mi hermano resultas ser tú —respondió ella—. Es asqueroso, Ryan —murmuró, pero lo dijo justo antes de gemir, porque Ryan ya la estaba follando con los dedos.

—Hmmm…

—Somos unos pervertidos —jadeó ella.

—Perfectos, nena. Somos perfectos juntos —la corrigió él, inclinándose sobre ella mientras seguía moviendo la mano entre sus piernas.

Sí. Follar con Ryan era perfecto.

Y Amanda ya no podía negarlo.



Capítulo 15

No podían dejar de tocarse.

Bastaba que pasaran por el mismo pasillo para que él le rozara la cintura con la mano, como por accidente. O que ella le tocara el hombro al pasar por detrás del sofá.

Solo un segundo. Nada.

Pero era todo lo necesario para que la mecha se prendiera. ¿O estaba siempre prendida?

De lo que no había duda era de que estaban recuperando el tiempo perdido.

—¿Puedes pasarme el paño? —le pidió ella, una noche cualquiera, mientras fregaban los platos después de cenar en casa de sus padres.

Ryan lo cogió y se lo ofreció, pero justo cuando Amanda lo agarró, él tiró de él.

Y de ella.

—¿Qué haces? Están todos ahí —susurró ella, mirando hacia la puerta entreabierta que daba al salón.

Los padres. Tyler. El desastre.

—No me importa —contestó Ryan, ya con ella entre los brazos, y la besó.

Fue un beso lento. Y demasiado corto.

Bufó, frustrado, al terminar.

—¿Podemos irnos ya a casa? —preguntó, como siempre, hablando de su casa como si fuera la de los dos.

Le dio un beso en el cuello. Amanda se estremeció.

—No. Primero veremos la peli —susurró ella, intentando sonar firme.

—Tengo una peli mejor en mente —replicó él—. Te aseguro que te va a gustar más. Es porno.

Amanda soltó una carcajada, pero se tapó la boca enseguida, recordando dónde estaban.

—Para —lo empujó, alejándolo un poco—. Nos van a pillar.

—¿Y?

Para él no era un problema. Nunca lo había sido. Estaba cansado de repetirlo.

—Todavía no es el momento —dijo ella, bajando la voz.

Ryan resopló.

¿Y cuándo lo sería?

—Se van a dar cuenta de todas formas —se alejó, encogiéndose de hombros—. Hay que ser muy tonto para no ver que me comes con los ojos.

—¡Ryan! —Amanda rio otra vez y le tiró el paño que tenía en la mano.

—Es verdad. Me deseas, nena —le guiñó un ojo y salió de la cocina con una sonrisa.

Maldito idiota.

Pero sí, tenía razón. Era verlo y ya estaba mojada.

Hormonas. Eran las hormonas.

Eran esas malditas hormonas las que la tenían, ahora mismo, gimiendo en su dormitorio mientras Ryan la hacía correrse con los dedos.

Joder. Estaba completamente loca.

¡En casa de sus padres!

¡Y con su «hermano»!

—Amanda… —la voz de él sonó como una advertencia.

Ella gimió.

—¿Lo he dicho en voz alta? —resopló, mientras intentaba recolocarse la ropa.

—Siempre lo haces, nena. Me apunto otra.

—¿Otra qué?

—Otra follada esta noche. Ya sabes, por lo de hermanos.

Amanda enarcó las cejas.

—Como si necesitaras excusas para eso.

Él sonrió. Esa maldita sonrisa que conseguía derretirla incluso cuando quería estrangularlo.

Fue a besarla de nuevo, pero ella se apartó justo a tiempo.

—No. Que te conozco. Y acabamos revolcándonos otra vez en la cama.

—Rico…

Lo ignoró.

—Ya deben estar preguntándose dónde nos hemos metido tanto rato.

—Tendrán la respuesta en cuanto te vean la cara de recién follada.

—¡Ryan, por Dios! —Amanda lo miró horrorizada y corrió al espejo —. Joder, ¿se me nota?

Él se echó a reír.

Se acercó por detrás, la abrazó por la cintura y le dio un beso en el cuello. Después apoyó la barbilla en su hombro, disfrutando del reflejo de los dos en el espejo.

—Un poco sí. Pero estás preciosa. Como siempre.

—No me ayudes —se quejó ella.

—No —dijo entonces Ryan, serio, mirándola a través del espejo—. Es algo que solo noto yo —mintió.

Porque sí se le notaba. Y mucho.

Ese brillo en la piel, los labios hinchados, el pelo revuelto que, por más que intentara arreglar, no iba a quedar como antes de entrar al

dormitorio. Además, olía a sexo.

Olía a él.

Dios, no podía lucir mejor.

—Vamos —le dio un cate en el culo, suave, para que se pusiera en marcha.

Abrió la puerta.

Ella salió primero. Él la siguió de cerca.

—¿Hay alguna razón lógica por la que los dos salgáis del mismo dormitorio? —preguntó una voz al fondo del pasillo.

Tyler. De pie. Mirándolos. A uno. Luego a la otra. Enarcó las cejas.

—Estáis follando —concluyó Tyler, sin un ápice de emoción.

Amanda casi se atragantó con su propio aire.

—¡Tyler!

—¿Qué? Solo estoy deduciendo —la miró, muy serio—. Se te nota en la cara.

Amanda miró a Ryan con una expresión homicida. Él se encogió de hombros.

—Te lo advertí…

—¡Cállate! —masculló ella antes de volverse de nuevo a su hermano menor—. ¿Cómo demonios sabes tú cómo luce una mujer recién fo…? —se interrumpió a sí misma, horrorizada—. ¡No digas esa palabra!

—¿Cuál? ¿Follar? —preguntó Tyler, frunciendo el ceño como si le hubieran pedido que evitara usar la palabra «pan».

—¡TYLER! —Amanda lo señaló con un dedo tembloroso—. ¡Te van a escuchar! —añadió en un susurro furioso, apuntando con la cabeza al fondo del pasillo, donde sus padres podían aparecer en cualquier momento.

—Mejor que me escuchen a mí que a vosotros —dijo él, totalmente lógico—. El volumen de tus gemidos no garantiza confidencialidad.

Amanda sintió que se le salía el alma por la boca.

—¡¿Qué has dicho?!

—Gritas mucho —repitió Tyler, encogiéndose ligeramente de hombros—. Solo era una observación objetiva.

Y sin añadir nada más, se dio la vuelta y empezó a bajar las escaleras.

Amanda miró a Ryan con los ojos entrecerrados.

—Eres idiota —refunfuñó, sin disimular su enfado.

Pero él se estaba riendo.

—Pero te pongo, nena —le guiñó un ojo con toda la desvergüenza del mundo.

Amanda se tapó la cara con ambas manos.

—Ahhhhh… —gimió, ahogada entre rabia, vergüenza y excitación —. Me cago en todo.

Ryan rio todavía más fuerte.

Sus padres tampoco eran tontos. Se habían dado cuenta de todo desde el primer momento, pero si Amanda y Ryan preferían fingir que no pasaba nada, ellos tampoco iban a ser los que destaparan el asunto.

Así que se dejaron engañar. Hasta que ya no se pudo ocultar más.

Es decir, hasta que los pillaron con las manos en la masa.

Literalmente.

No vamos a entrar en detalles, porque ninguno de los dos protagonistas quiere recordar lo sucedido. Solo diremos que había harina.

Poca ropa.

Y aún menos vergüenza.



Capítulo 16

Los días pasaban, y la relación entre Ryan y Amanda se asentaba.

No se escondían, ya no.

Y eso, para Ryan, era todo un alivio. Poder tocarla, besarla y abrazarla cuando quisiera.

Había quien todavía lo veía mal, por supuesto. Les parecía chocante. Y lo de tener un bebé juntos, también.

Pero a ellos, sobre todo a él, les importaba un carajo.

Ellos sabían lo que tenían. Y lo que tenían era algo especial.

«Bajándome del taxi», escribió Amanda en un mensaje.

Ryan lo leyó y sonrió. Levantó la vista y miró a través del cristal de la cafetería donde la esperaba, por si la veía llegar.

Ella venía de un juicio. Él había salido antes para reservar mesa y pedirle su café favorito.

No tardó en verla aparecer. Amanda caminaba por la acera de enfrente, elegante y con paso rápido, mientras sujetaba el bolso con una mano y el móvil en la otra. Se detuvo justo antes del paso de cebra, el semáforo estaba en rojo.

Alzó la vista y vio a Ryan a través del cristal.

Y sonrió. Él también sonrió.

Ambos levantaron la mano al mismo tiempo, saludándose a través del cristal.

Ryan alzó el móvil y lo agitó, indicándole que mirara la pantalla. Le acababa de mandar otro mensaje.

«Estás preciosa, nena. Necesito besarte.»

Amanda leyó el mensaje y volvió a sonreír. Bajó la cabeza un segundo, escribió algo rápido y volvió a guardarse el móvil en el bolsillo de la chaqueta.

«No tardo», puso.

El semáforo para peatones se puso en verde, y Amanda, junto con varias personas más, comenzó a cruzar la calle.

Ryan seguía mirándola desde dentro, con una sonrisa boba, enamorada. Deseando tenerla ya entre sus brazos.

Y entonces ocurrió.

Un coche que no frenó. Un coche que se saltó el semáforo en rojo.

Un grito.

—¡AMANDAAAAAAAAAAAAAAAA!



Capítulo 17

Las puertas de la ambulancia se abrieron de golpe, y el sonido del exterior lo golpeó de lleno. Voces. Sirenas. Pasos rápidos. Una ráfaga de viento frío.

Ryan no la soltó. Seguía agarrado a la mano de Amanda, incluso cuando los sanitarios empezaron a mover la camilla para bajarla.

Su mano estaba helada, manchada de sangre, y temblaba a ratos, como si el cuerpo aún no hubiese decidido si quería rendirse o resistir.

—¡Cuidado con el escalón! —gritó uno de los enfermeros.

Ryan bajó de un salto tras ellos, sin mirar a nadie. Tenía la camisa abierta, empapada de sangre. Las mangas manchadas. El pantalón destrozado por las rodillas, por culpa del asfalto cuando se había arrodillado junto a ella en medio de la carretera.

Amanda no se había movido desde entonces.

«Ryan… nuestro bebé.»

Eso fue todo lo que dijo antes de cerrar los ojos. Y desde entonces, el silencio.

La camilla avanzó a toda velocidad por el pasillo de urgencias.

—Mujer, treinta y ocho años —informó el técnico de emergencias a la médica de guardia—. Gestante de ocho semanas. Atropello de alta energía, pérdida de conciencia inicial, sin recuperación. Glasgow ocho. Presenta hematomas en abdomen y extremidades, posible fractura de fémur izquierdo con sangrado interno.
Constantes en ruta: tensión 112/68, frecuencia 106, taquicárdica. Saturación del 96 %, con aporte de oxígeno. Pupilas isocóricas y reactivas.

Llegaron al box.

—Sin alergias conocidas. Sin medicación habitual. FCF no audible —continuó el técnico—. Requiere confirmación ecográfica en

hospital. Vía periférica 18G con 500 ml de Ringer y un gramo de paracetamol intravenoso. Collar cervical colocado.

—Señor, tiene que marcharse. No puede estar aquí —una enfermera intentó separar a Ryan con suavidad, pero él no se movió.

—Necesitamos que la suelte para poder ayudarla —dijo una residente joven, con voz firme.

Él no respondió. Solo bajó la mirada hacia Amanda.

Había sangre por todos lados, hasta entre las piernas.

La sangre empapaba la camilla.

Entonces, la doctora mayor se acercó a él. Tenía el pelo canoso, recogido en un moño bajo, y los ojos curtidos por años de experiencia. Le puso una mano en el brazo.

—¿Es usted su pareja? —preguntó.

Claro que lo era.

A ver, oficialmente no le había pedido ser su pareja. Pero era evidente que lo era, ¿no?

Pues claro que lo era.

Ryan tardó un segundo en asentir.

—Sí —susurró.

La doctora asintió brevemente.

—Si quiere que sobreviva, tiene que soltarla, ¿me entiende?

—Sí —susurró.

Y la soltó. Pero no llegó a irse nunca, no del todo. Se quedó allí, en una esquina, mientras veía al equipo médico trabajando al alrededor de Amanda.

Le retiraron la ropa con unas tijeras, le colocaron electrodos en el pecho, le tomaron la presión, le canalizaron una vía en el brazo y le conectaron una sonda de oxígeno.

Le limpiaban las heridas más visibles mientras cantaban constantes en voz alta.

—¿Alguna respuesta motora? —preguntó la doctora.

—Reflejo plantar positivo. Espontaneidad baja. Reacciona, pero está muy lenta.

—Necesito valoración neurológica ya. Y preparad el ecógrafo portátil —ordenó.

Por fin, alguien entró con el ecógrafo.

La médica se colocó a la izquierda de la camilla y aplicó el gel sobre el vientre manchado de Amanda. Luego apoyó el cabezal con precisión, buscando ángulo.

Nada.

No se oía nada.

—¿Doctora? —preguntó una enfermera.

Ella no contestó al momento. Ajustó de nuevo el volumen. Volvió a mover el aparato.

—Revisión ginecológica inmediata —dijo, rápidamente.

Mientras los demás empezaban a mover la camilla, la doctora se quedó quieta, justo delante de Ryan.

Lo miró a los ojos y suspiró.

Él ya lo sabía. Lo sabía desde antes que lo dijera.



Capítulo 18

El ecógrafo estaba frío.

Amanda lo notó en cuanto el gel tocó su piel, justo debajo del ombligo. Pero no se quejó. Al contrario, se concentró en la mano de Ryan, que le apretaba los dedos con fuerza.

—¿Lista? —preguntó el ginecólogo con una sonrisa amable.

Amanda asintió. Ni siquiera habló. Tenía el corazón en la garganta.

La habitación estaba en silencio. Solo el ruido del ecógrafo llenaba el aire, esa especie de sonido blanco que Amanda ya había aprendido a reconocer como algo entre mecánico y mágico.

El médico frunció levemente el ceño. Movió el cabezal con cuidado. Y entonces sonrió.

—Aquí está —dijo.

Ryan se inclinó hacia adelante.

—¿Lo veis? —preguntó el médico, señalando un punto en la pantalla.

Amanda entrecerró los ojos, intentando enfocar.

—¿Eso? —susurró.

—Eso de ahí —dijo el ginecólogo—. Esa forma. Esa pequeña diferencia…

Ryan contuvo el aliento.

—Eso significa que vais a tener u…

El sonido cambió.

Un pitido. Una vibración. Una sacudida.

Y, de pronto, Amanda ya no estaba en la camilla.

Estaba en mitad de la carretera.

Sola.

El cielo estaba blanco. El aire, quieto. No se oía nada, excepto el rugido lejano de un motor.

Amanda bajó la vista. Estaba embarazada. Aquello era real.

Entonces levantó la cabeza, y lo vio.

Un coche. A toda velocidad, directo hacia ella.

Intentó moverse, pero no pudo. Las piernas no le respondían. El cuerpo no reaccionaba. Solo tuvo tiempo de hacer una cosa. Cubrirse el vientre con ambas manos y gritar justo cuando el coche estaba a punto de alcanzarla.

—¡Mi bebéééé!

—Tranquila, cariño, solo fue una pesadilla.

Amanda abrió los ojos de golpe.

El aire se le atascó en la garganta. Estaba empapada, con el pecho subiendo y bajando a toda velocidad, como si acabara de salir corriendo de algo o de alguien.

Entonces lo vio.

Ryan.

Sentado a su lado, al borde del sofá. Tenía los ojos enrojecidos, barba de varios días, y esa expresión que ella había aprendido a odiar: compasión contenida.

Amanda intentó incorporarse.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, con voz áspera.

Intentó levantarse, queriendo huir de él, de la pesadilla o de todo a la vez.

Ryan le puso una mano en el hombro.

—No —dijo, suave—. No te levantes. Necesitas reposo.

Necesito no verte, pensó ella, pero no lo dijo.

No había soportado verlo desde el accidente. Simplemente no era capaz de mirarlo a los ojos más de dos segundos.

—No me toques —le pidió, sin levantar la voz.

Cada una de esas palabras fue como un golpe seco en el estómago de Ryan.

Pedirle que no la tocara, cuando lo único que él deseaba era estrecharla entre sus brazos y arrancarle de dentro todo ese dolor… era insoportable.

Estaba demacrada. Tenía la piel más pálida que nunca, los ojos hundidos, y el cuerpo cubierto de pequeños moretones que asomaban por el cuello y los brazos.

Sí, necesitaba abrazarla.

Que no se lo permitiera, dolía. Mucho.

Desde que Amanda despertó en el hospital y se enteró de que había perdido al bebé, lo había apartado por completo.

No quería verlo.

No soportaba tenerlo cerca.

El día que le dieron el alta, dos días atrás, no regresó a su piso. Se fue directamente a casa de sus padres.

Según le había explicado la médica, era una reacción común tras un trauma así. Le habló de disociación, de culpa proyectada, de distancia emocional como forma de defensa.

Le dijo que tuviera paciencia. Que no insistiera. Que le diera tiempo.

Él lo haría. Le daría todo el tiempo que necesitase, tendría toda la paciencia del mundo. Pero eso no significaba que no le doliera cada vez que Amanda lo rechazaba.

Porque dolía. Y mucho.

Amanda se levantó del sofá. Ryan hizo el intento de ayudarla, moviéndose apenas, estirando una mano para sujetarla por el brazo.

Pero ella lo miró.

No dijo nada. Solo lo miró.

Y eso bastó.

Él se alejó al instante, levantando las manos con suavidad.

Con esfuerzo, ella se incorporó del todo y abandonó el salón sin dirigirle la palabra.

Ryan la siguió a distancia. Ni demasiado cerca para incomodarla ni demasiado lejos para perderla de vista.

La vio agarrarse brevemente al marco de la puerta, como si necesitara un punto de apoyo. Luego cruzar el recibidor. Subió los escalones despacio, uno a uno.

La observó perderse en lo alto de la escalera, rumbo a su habitación.

Solo entonces, Ryan suspiró.

Escuchó pasos detrás de él, suaves, firmes. El roce de unos zapatos contra el suelo de madera.

Su padre apareció junto a él sin decir nada al principio. Le dio un golpecito en el hombro, breve.

—Volverá a ser la de siempre —dijo, mirando hacia lo alto de las escaleras—. Todo esto pasará.

Ryan no dijo nada.

—¿Y tú, Ryan? —preguntó el hombre, girando la cabeza hacia él —. ¿Cómo estás tú?

Ryan tragó saliva.

—Bien —mintió.

A todo el mundo le decía que estaba bien. ¿Qué iba a decir, si no?

—Estoy bien —repitió.

Y se dio la vuelta.

—Pero estaré mejor cuando ella lo esté —añadió, mientras se alejaba, dispuesto a marcharse.

Mientras tanto, arriba, en su habitación, Amanda lloraba en silencio mientras lo veía marcharse a través de la ventana.

Estaba de pie, tras la cortina entreabierta, con los brazos cruzados sobre el pecho y las uñas clavadas en la piel de los brazos, como si eso pudiera contener lo que sentía.

No sabía si quería que Ryan se marchara. O que volviera, que subiera a abrazarla sin pedir permiso.

Parte de ella deseaba que la tocara. Que la cogiera de una maldita vez, la empujara contra su propio muro de hielo y se quedara allí con ella.

Pero otra parte, más grande, más ruidosa, no lo soportaba.

Verlo le dolía. Le dolía físicamente. Era como mirar de frente el recuerdo de lo que ya no tenían.

Como si él encarnara todo lo que había perdido, incluso lo que todavía no se atrevía a admitir que deseaba.

Y lo peor de todo era que ni siquiera se entendía a sí misma.

Así que se quedó quieta, mirando cómo Ryan cruzaba el jardín con las manos en los bolsillos y los hombros vencidos.

Y cuando ya no pudo verlo más, se dejó caer sobre la cama.

Y volvió a llorar.



Capítulo 19

Dicen que nada en esta vida es eterno. Ni siquiera el dolor.

Se sufre, se pierde gente, se rompe algo por dentro. Pero aun así, aunque uno no sepa cómo, se sigue adelante.

Con lo que queda.

Con lo que duele.

Con lo que ya no será.

No hay un día exacto en el que deje de doler. No hay una fecha marcada en el calendario que indique «a partir de aquí, estarás mejor».

Solo hay mañanas distintas. Algunas más soportables que otras.

Y, con el tiempo, se aprende a vivir con la ausencia. No a olvidarla. No a superarla. Solo a convivir con ella.

Porque el duelo no se cura. El duelo se acomoda.

Y eso era lo que Amanda estaba intentando hacer.

Acomodar su pérdida en un rincón del pecho lo bastante hondo como para que no doliera a cada paso. Y lo bastante cerca como para no olvidarlo nunca.

Por eso, esa mañana, volvió al trabajo.

No porque estuviera lista, quizás nunca lo estaría. Sino porque no podía quedarse quieta eternamente.

Tenía que seguir adelante.

La oficina olía igual que siempre. A café recién hecho, a papel impreso, a urgencia.

Todo seguía en su sitio. Su despacho. Su taza. La planta que alguien había regado en su ausencia.

Ryan, probablemente.

Nadie dijo nada fuera de lugar. Solo la miraron con esa mezcla de respeto y cautela que uno tiene cuando no sabe si debe decir «bienvenida» o «lo siento».

Amanda agradeció el silencio.

Volver a trabajar no la curaba. Pero la distraía. Y, por ahora, eso bastaba.

Para Ryan, las cosas no eran mejores.

Intentaba no demostrarlo, claro. Seguía apareciendo en la oficina cada mañana, cumplía con los plazos, firmaba documentos, discutía con clientes, fingía que nada se había roto.

Pero cada vez lo pasaba peor.

Se había sumergido en el trabajo con una obsesión enfermiza. Y por las noches salía a beber.

Todas las noches.

Volvía a casa tarde, a veces sin saber bien cómo había llegado. O sin recordar con quién había hablado.

Por eso, algunas mañanas, llegaba directamente a la oficina oliendo a alcohol. Con la camisa arrugada, la barba sin afeitar y unas ojeras que no intentaba disimular.

A Amanda no se le pasó por alto.

Ni el olor.

Ni el aspecto descuidado.

Ni la forma en que evitaba mirar a nadie directamente a los ojos.

Lo observaba en silencio. Desde lejos.

—No parece él —comentó la secretaria una mañana, en voz baja, mientras dejaba unos papeles sobre su mesa—. ¿Verdad?

Amanda no respondió. Porque no, no era él.

No era el Ryan que ella conocía.

No era el tipo brillante, engreído, meticuloso hasta lo absurdo. No era el hombre que siempre llegaba impecable, puntual, con ese

maldito café en la mano y una sonrisa en la cara que a veces ella odiaba solo porque le gustaba demasiado.

Ese Ryan ya no estaba.

Y el que quedaba no era más que una sombra.

Una que nadie sabía cuánto más podría aguantar.



Capítulo 20

Amanda no quería ir. Había puesto mil excusas, se había convencido de que no era necesario, de que nadie la iba a echar de menos, de que podía enviar el regalo y ya. Pero al final fue, porque era su ahijado.

Y porque Anne la amenazó con poner su nombre en el grupo de WhatsApp de padres del colegio si no aparecía.

Así que se arregló lo justo, cogió el coche y condujo hasta la casa de Nick y Anne.

Había globos en la entrada. Música suave. Voces de niños corriendo por el jardín. Y un olor a tarta recién horneada que, en otro momento, habría adorado.

Aquel día, en cambio, le revolvió el estómago.

Anne la recibió con una sonrisa sincera y un abrazo cálido, sin decir demasiado. Sabía que Amanda seguía sin estar preparada para demasiadas palabras.

Durante la primera media hora, Amanda se mantuvo apartada, junto a la mesa de regalos, fingiendo que buscaba algo, respondiendo con sonrisas educadas, sin acercarse demasiado a nadie.

Hasta que lo vio.

Ryan.

Entró por el jardín, saludando a alguien al pasar.

Sin corbata. Con la camisa remangada. El pelo ligeramente despeinado. Y esa forma de andar que Amanda conocía de memoria.

Esa forma de mirar alrededor, como si estuviera buscando algo. O a alguien.

A ella.

Amanda se agachó de inmediato, fingiendo que ataba los cordones de uno de los niños que pasaba corriendo. Luego se metió en la cocina, cerrando la puerta tras de sí con más fuerza de la necesaria.

Anne estaba allí, rellenado vasos con limonada.

—¿Te escondes? —preguntó sin mirarla.

Amanda no respondió.

—No —negó rápidamente.

—Claro que no. Sería una estupidez. Sobre todo teniendo en cuenta que os veis a diario en la oficina y en casa de vuestros padres.

Se refería a ella y a Ryan, claro.

—No está yendo a casa —dijo ella entonces.

—Lo sé —respondió Anne—. Pasa aquí mucho tiempo últimamente.

—¿Ah, sí? —preguntó como si nada.

Anne la miró, con sus delgadas cejas rubias enarcadas.

—No es que me importe dónde vaya —añadió Amanda enseguida.

—Muchas otras noches bebe fuera. Aunque supongo que ya te habrás dado cuenta de eso —dijo en cambio su amiga.

Sí. Se había dado cuenta. Ella y todo el mundo. Sus padres estaban preocupados por él.

—Por esto quería evitar que entre nosotros…

—¡Vamos! —la cortó su amiga.

La chica rubia y alta la miraba como si no la reconociera.

Y es que no la reconocía en ese momento. Esa no era Amanda. No era su amiga de toda la vida.

—No me vendas esa mierda, Amanda. Que te conozco muy bien.

—Yo no…

—¿Le has preguntado cómo está?

—¿Qué?

—¿Le has preguntado, desde que perdiste al bebé y él tuvo que recogerte medio muerta después de ver cómo te atropellaban, cómo está?

Amanda apretó la mandíbula con fuerza.

—No —respondió Anne por ella—. Ni una sola vez. Porque solo te has preocupado de mirarte el culo.

—He perdido a mi hijo —dijo Amanda, con rabia.

—¡Él también! —Anne alzó las manos al cielo—. ¡Él también ha perdido a su hijo! Y ha estado a punto de perderte a ti. Y ha estado ahí, al pie del cañón, mientras tú solo sabías darle la patada, joder.

—¿Desde cuándo me tiras a mí para defenderlo a él? ¿No se supone que eras mi amiga antes que nada? —explotó Amanda.

—Precisamente porque soy tu amiga te lo digo. Porque te estoy viendo destrozada, Amanda, te lo digo. No sé qué demonios estás haciendo.

—Dejarlo vivir. Eso es lo que estoy haciendo. Dejarlo que vuelva a su vida. ¿Tan malo es eso?

Anne la miró. Y asintió con la cabeza, por fin entendiéndola.

—Sí, Amanda. Tan malo que os está destrozando a los dos.

Amanda se quedó un momento en silencio, después asintió con la cabeza.

—Una gran fiesta Anne, gracias por invitarme. Pero no me siento bien, así que me marcharé. Ya nos veremos otro día.

Amanda salió de la cocina ignorando absolutamente a todo el mundo. Todas las miradas puestas en ellas.

Habían escuchado cada palabra.

—Nena…

Ryan la paró a mitad de camino.

Suponía que estaba ahí. La había estado buscando.

Pero ¿por qué lloraba?

—¿Estás bien?

Ella lo miró. Se deshizo de su agarre.

—No —dijo entonces—. No estoy bien.

Y salió corriendo.

Él fue a ir tras ella, pero Anne se lo impidió.

—Déjala —dijo.

—Anne… —la advertencia estaba en su voz.

—Hazme caso —insistió ella—. Ahora necesita estar sola.

Ryan miró hacia la puerta por la que Amanda había desaparecido segundos antes.

Tenía el cuerpo en tensión, los puños cerrados, el corazón a punto de salírsele por la boca.

Cada parte de él quería correr tras ella.

—Necesitas espabilar, Ryan —suspiró Anne.

—¿Qué?

Anne lo miró con los ojos entrecerrados.

—Dime ¿hasta cuándo vas a hacer el subnormal?



Amanda miraba hacia atrás todo el camino.

¿No la seguía? ¿Por qué no la seguía?

¿No que tanto la echaba de menos? ¿No que tanto se preocupaba por ella?

Ja. Mentira. Todo era una mentira.

Estaba pasándolo mal, sí. Por la pérdida de su hijo, por supuesto.

Pero no por ella. Nada de eso era por ella.

Ella solo fue un pasatiempo. Sexo con alguien que le daba algo bonito. O que se lo iba a dar.

Deseo. Por el roce. Por la oportunidad. Nada más.

Ella no era nada más para él.

De serlo, no habría sido tan fácil deshacerse de él.

No habría sido tan fácil para él dejarla ir.



Capítulo 21

Sentada a la mesa de la cocina, Amanda comía helado directamente de la tarrina. Ya habían cenado y sus padres estaban en la cama.

La luz tenue iluminaba lo justo. Afuera era noche cerrada. Dentro, silencio.

Excepto por el sonido rítmico del pulgar de Tyler tecleando en su móvil después de mirarla.

Llevaba un buen rato así: observándola con atención y escribiendo sin parar.

Amanda ya no sabía si quería tirarle la cuchara o quitarle el móvil de un manotazo.

—¿Puedes dejar de mirarme como si fuera un experimento y decirme qué haces? —preguntó, sin levantar la vista del bote.

—Hablo con Ryan —respondió él, sin dejar de teclear.

Amanda se congeló por un segundo. Lo miró.

—¿Hablas de mí con Ryan?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde que lo echaste del hospital.

—Oh… —Amanda tragó saliva.

No iba a preguntarle nada más.

—¿Y de qué habláis?

Le duró poco la resolución.

—De ti.

—¿De mí?

—Sí. De cómo estás. De lo que haces. De si comes, si duermes, si lloras. Ese tipo de cosas.

Amanda lo miró, perpleja.

Y lo peor era que no sabía qué le sorprendía. ¡Tenía que habérselo imaginado!

—¿Y tú qué le dices?

Tyler la miró un instante antes de volver a mirar el móvil.

—La verdad. A veces hago un resumen. A veces uso puntuación emocional. Hoy, por ejemplo, he puesto «Dos cucharadas de helado. Ojeras visibles. Sin interacción verbal en las últimas tres horas».

Amanda puso los ojos en blanco.

—No soy un informe clínico.

—Eso es discutible —respondió Tyler, serio.

Ella volvió a meter la cuchara en la tarrina.

—¿Y él te escribe mucho?

—Sí.

—¿Mucho cómo?

—Mucho como «todo el día, todos los días».

Amanda sintió que se le apretaba el pecho.

—¿Incluso ahora?

—Ahora mismo me ha escrito: «¿Sigue en la cocina? ¿Qué cara tiene? ¿Triste? ¿Vacía? ¿Está llorando? ¿Parece más o menos destruida que ayer?»

Amanda tragó saliva con dificultad.

—¿Está borracho? —preguntó con ironía.

—Hoy no. Pero lo ha estado bastante últimamente. Es muy intenso cuando bebe. Y muy literal. Dice cosas que sobrio no diría nunca.

Oh…

A ella no le interesaba, por supuesto.

—¿Como qué?

Tyler miró la pantalla. Luego a ella.

—¿Quieres saberlo de verdad?

Amanda dudó.

—Sí. No. No sé.

—Entonces sí —dijo Tyler, y empezó a leer.

—«No estoy bien. No estoy bien desde que dejó de hablarme. No sé cómo se vive sin alguien que todavía respiras. Todo me huele a ella. Toda la maldita casa me recuerda a ella. Joder, la echo de menos.»

Amanda sintió cómo se le encogía algo por dentro.

—¿Eso escribió?

—Ayer. Y que conste que yo no le pregunté cómo estaba. Es evidente que necesitaba soltarlo.

Amanda bajó la cabeza.

—Oh…

—Y yo le dije: «No soy terapeuta emocional. Pero sí. Lo tendré en cuenta.»

Amanda se rio. Solo un poco.

—¿Y qué más dice?

Porque claro, ya que tenía el chisme, quería el chisme completo.

—Dice que a veces habla contigo aunque no estés. Que duerme con una camiseta tuya. Puesta no creo, porque le quedaría pequeña, obvio. También dice que odia el sonido del microondas porque se acuerda de ti haciendo palomitas. Que no se ha atrevido a quitar tus zapatillas de al lado de la cama.

Amanda apretó la cuchara entre los dedos. No dijo nada.

—Dice que tú lo dejaste ir, pero que él no se ha ido.

Silencio.

—Y dice que si algún día decides volver a mirarlo, él va a seguir ahí. Que siempre va a estar ahí.

Amanda tragó saliva. Lenta. Dolorosamente.

Los ojos, ya anegados en lágrimas.

—No te he pedido saber nada de eso.

—Lo sé —respondió Tyler, encogiéndose de hombros—. Pero lo has estado esperando toda la noche.

Y con las mismas, se levantó de la silla y la dejó allí, sola, en la cocina. Con la cabeza hecha un caos y el corazón dolorido.

Y ya no pudo aguantar las lágrimas más.

Tyler volvió a mirar el móvil mientras subía las escaleras, rumbo a su dormitorio. Tecleó:

«Está llorando. No ha dicho nada, pero está llorando. Y se ha empezado a rascar. Es evidente, hasta para mí, que también te echa de menos. Buenas noches.»

Y bloqueó la pantalla.



Capítulo 22

Esa noche Amanda no podía dormir.

Las palabras de Tyler seguían repitiéndose en su cabeza como un eco molesto. Y las de Anne tampoco ayudaban.

Lo estaba haciendo mal, ¿verdad?

Se dio la vuelta en la cama por enésima vez, pero no servía de nada. Resopló.

Entonces escuchó un ruido. Algo leve, en la planta baja. Se sentó en la cama.

¿Tyler? Seguro. Estaría despierto, mirando el móvil, comiendo algo raro. Como siempre.

Salió de la habitación con pasos suaves. Bajó las escaleras en silencio. La luz de la cocina estaba encendida. Entró en ella sin hacer ruido.

—¿Tyler? —susurró.

Pero allí no había nadie.

—¿Mamá? ¿Papá?

Pero la cocina estaba vacía.

Dio un par de pasos más, frunciendo el ceño. Y entonces alguien la abrazó por detrás.

Unos brazos firmes, cálidos, conocidos, que la envolvieron con fuerza.

Ryan.

Amanda se quedó inmóvil. Por un segundo, no supo si girarse o empujarlo.

—Dios… cómo he echado de menos abrazarte.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Amanda al sentirlo, al escuchar el dolor en su voz.

—No tienes ni idea de cuánto.

La estrechó con más fuerza y le dio un beso en el cuello, haciéndola temblar.

—Ryan…

Ella puso las manos sobre los brazos de él.

—No me apartes —rogó él—. Por favor, no me apartes. Te soltaré en unos minutos y me marcharé. Pero déjame sentirte un poco más. Me estoy quedando sin fuerzas, nena. Te necesito.

Las mejillas de Amanda no tardaron en mojarse por las lágrimas.

Estaba rígida, inmóvil, clavando con fuerza los dedos en los brazos de él.

Un momento después, Ryan le dio un beso. Suave. Lento. Justo en la base del cuello. Donde sabía que la haría temblar.

—Te quiero —susurró en su oído—. Y te esperaré el tiempo que haga falta. No creas que me rendí, Amanda. No lo haré nunca.

Amanda se quebró en ese instante.

Las lágrimas le brotaron solas. Cerró los ojos y se aferró a sus brazos con más fuerza.

Y lloró.

Ryan no quería soltarla, pero sabía que tenía que hacerlo. Lo hizo con suavidad. Dio un paso atrás y se giró.

Iba a marcharse.

Pero entonces la oyó.

—¿Cómo estás?

Él se detuvo. Fue la primera vez, desde que había ocurrido todo, que ella le hacía esa pregunta.

Todo su cuerpo tembló al escucharla. Pero recordó la conversación con Anne y respiró hondo.

Tenía que ser fuerte. Y sincero.

Se dio la vuelta y la miró.

Amanda estaba allí, de pie, rascándose con fuerza el brazo. Ya iba a hacerse sangre otra vez.

Lo miraba de una manera extraña. ¿Con miedo? Quizás con duda.

Con vulnerabilidad, seguro.

Él la había visto muchas veces vulnerable, sí. Pero nunca así.

Esa vulnerabilidad era distinta. Esa, dolía.

—Mejor ahora que te veo —contestó él entonces.

Esa era la verdad.

Un sollozo salió de la garganta de Amanda.

El cuerpo de Ryan estaba en tensión, deseando correr hacia ella, estrecharla entre sus brazos y pedirle que dejara de llorar.
Pero no lo hizo.

Tenía que esperar.

Todavía tenía que esperar un poco más.

—¿Y tú? —preguntó él.

—Mal —dijo ella, limpiándose las lágrimas con la mano.

Él asintió con la cabeza.

—Lo sé —susurró—. Es algo que nos marcará para siempre. Nunca dejará de doler.

—¿Crees que no hay manera de que duela menos? —preguntó ella entonces.

Ryan lo pensó. Estuvo a punto de decir con el tiempo, pero ella habló antes.

—Yo sé de algo que funciona.

—¿Que funciona?

Ella asintió con la cabeza, rápidamente.

—¿Qué es? —preguntó él, con curiosidad.

Amanda dudó. Él se dio cuenta.

No sabía qué iba a decir, pero desde luego no se esperaba que fuese eso.

—Tú —dijo ella—. Estar entre tus brazos parece que me ayuda.

Ryan se quedó quieto un segundo. Pero solo uno.

Y entonces la rodeó con los brazos y la estrechó contra su pecho con fuerza.

Ryan la sostuvo en silencio, acariciándole la espalda con una mano, el pelo con la otra mientras ella lloraba.

Solo cuando notó que el temblor empezaba a calmarse, se separó de ella. Apenas un poco.

Solo lo justo para verla.

—¿Puedes volver a quedarte conmigo? —preguntó Amanda.

Tenía los ojos enrojecidos, las mejillas húmedas.

Y, aun así, seguía siendo la mujer más hermosa que él había visto en su vida.

Le apartó con cuidado un mechón de la cara.

—Siempre —dijo él—. Siempre estaré contigo.

Y la besó.

No fue un beso torpe ni precipitado. Tampoco uno de esos besos desesperados que solía darle. Fue lento, preciso, consciente.

Un beso lleno de todo lo que no se habían dicho.

Fue entonces cuando Amanda se dio cuenta: Ryan también estaba llorando.



Capítulo 23

Estaban tumbados en la cama de Amanda.

Solo estaban ahí, de lado. Acariciándose.

Fue Ryan quien rompió el silencio.

—Ese día quise morir —dijo.

Amanda lo miró rápidamente.

—Cuando te vi en el suelo, la gente gritando, tú medio muerta y llena de sangre —se le rompió la voz.

—Ryan…

—Sangrabas. No te movías. Y en mi cabeza solo había una idea. Te la mataron, Ryan. Te arrebataron la felicidad.

Amanda ya había comenzado a llorar.

—Y cuando dijeron que no había latido, que el bebé tampoco estaba… —cerró los ojos un momento para evitar las lágrimas, y volvió a mirarla—. Pero lo peor —añadió, bajando la voz— fue cuando te despertaste y me echaste de tu lado. Y no te culpo. Nunca te he culpado. Pero Amanda, te juro que en ese momento, si hubiera tenido un botón para apagarlo todo, lo habría hecho.

Ella le acarició la mandíbula con los dedos, con delicadeza.

—No sabía cómo mirarte —confesó ella—. Mirarte era recordar todo lo que había perdido, pero también era sentir que habías perdido algo por mi culpa.

—Nunca fue culpa tuya —sentenció él.

—Tampoco tuya, pero en ese momento te culpé.

Ryan le limpió las lágrimas que le caían por las mejillas.

—No podía verte, pero odiaba que te fueras. Que no estuvieras. No sé explicarlo —era raro, pero todos esos sentimientos los había vivido ella, uno por uno—. No sé si podrás entenderlo. Quizás no. Era como si una parte de mí te odiara y otra te necesitara.

Una te culpaba y la otra sabía que eras mi salvación. Y tampoco soportaba hacerte eso. Pensar que podía estar atándote a mí por culpa, o por lo que pasó, o por pena, o…

—¿Crees que es por eso por lo que estoy aquí?

Ryan no se lo podía creer. Así que Anne tenía razón. Por muy loco que pareciera todo eso que decía.

—Ya no había bebé —dijo ella, con la voz rota—. ¿Por qué ibas a seguir a mi lado?

—Porque te quiero, maldita sea —Ryan la miró, alucinando—. ¿No era evidente?

Vale, nunca se lo había dicho así. Ni siquiera él lo había pensado así con todas las letras.

Pero así era.

—Estoy enamorado de ti, Amanda. No estuve contigo por sexo ni por comodidad ni por costumbre. Y nunca pensé que esto se acabaría cuando naciera el bebé.

Ryan bufó al ver cómo ella evadía su mirada.

—No me jodas, Amanda. ¿Has pensado todo eso?

—¡Bueno, yo qué sé! Todo fue tan rápido...

—Sí, nena. Solo nos tomó más de veinte años. Rapidísimo —la ironía en su voz.

—Idiota —se quejó ella, pero rio entre lágrimas—. No puedes culparme por tener miedo.

—No, no puedo. Pero sí puedo darte unos cuantos azotes por no confiar en mí. Ni en nosotros.

Amanda se puso roja al instante.

Ryan enarcó una ceja.

—¿Te pone la idea de que te azote, Amanda? —ronroneó.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Amanda, y Ryan soltó una carcajada al verla tan azorada.

—Lo haré con mucho gusto, créeme.

—Imbécil.

—Pero me quieres —rio él.

—Yo no dije eso.

—Lo sé.

La risa se le cortó. Volvió a mirarla, muy serio.

—Créeme que lo sé. Y es bastante jodido esperar a que te lo digan, ¿sabes?

Esperó. Y esperó. Suspiró.

Estaba claro que no iba a decírselo. Pero lo haría. No tenía ninguna duda de que, en otro momento, lo haría.

Suspirando, se dejó caer boca arriba y la atrajo con él. La rodeó con los brazos mientras ella apoyaba la cabeza sobre su pecho, y cerró los ojos.

—No va a ser fácil —dijo ella.

—Lo sé.

—Me va a costar.

—Lo sé.

Silencio.

—Y no sé si alguna vez querré volver a intentarlo.

Silencio.

—Lo sé.

—Si lo hiciera, querría hacerlo contigo.

—Eso espero. No creo que pudiera soportar perderte otra vez. Lo he pasado muy mal.

La abrazó con más fuerza.

—¿Sigues sin recoger mis zapatillas?

—Están esperando a que las recojas tú.

Ella resopló.

—Pues pueden esperar sentadas. En todo caso, dejaré más cosas por medio.

Ryan reía.

—Me parece bien.

—¿Aunque te dé un tic en el ojo?

—Daños colaterales.

—Bien. Como mis heridas.

—No, nena. Eso vamos a empezar a controlarlo.

—Sí, sí…

Silencio.

—¿Tan mal lo pasaste?

—Un día más y seguramente podrían considerarme alcohólico.

—Ryan…

—Ya sabes, si no quieres que caiga en el pozo, no vuelvas a dejarme.

Ella suspiró.

—¿Esto significa que estamos juntos?

—Nunca hemos dejado de estarlo.

—Ah…

—Sí, ah… Ahora a dormir, que falta nos hace.

—¿Te vas a quedar aquí?

—Claro. Pero mañana dormimos en casa.

—Oh…

—Sí, oh... No pienso volver a ese lugar si no es contigo.

—Porque todo huele a mí.

—Sí. Porque es tu lugar. A mi lado.

Silencio.

—Ryan…

—¿Hmmm?

—Yo también te quiero. Pero si vuelves a usar a Tyler para solucionar nuestras cosas, te capo.

Ryan soltó una carcajada, aliviado.

—¿Ves? Eso sí que suena a nosotros.



Capítulo 24

—Te dije que volvería a ser ella.

Ryan miró a su padre, que se había sentado a su lado en los escalones del porche trasero.

Él llevaba un rato ahí, en silencio, observando a Amanda reír mientras hablaba con Anne.

—Todavía no es del todo ella. Todavía está rota —dijo Ryan—. Pero lo está intentando. Volverá a estar bien. Volveremos a estar bien —añadió, refiriéndose también a sí mismo.

Estaban de barbacoa. Nick y Tyler liándola junto a la parrilla, como siempre. El uno hablando demasiado. El otro calculando los tiempos de cocción como si fueran operaciones quirúrgicas.

—Lo sé —dijo su padre—. Y me alegra que lo hagáis juntos.

Ryan lo miró.

—La quiero, lo sabes. No sé desde cuándo, pero es así.

Su padre se encogió de hombros.

—Supongo que desde siempre. Ha evolucionado. Y ese tipo de amor es el más fuerte de todos.

—Eso dicen —asintió Ryan, volviendo a mirar a Amanda justo en el momento en que soltaba una carcajada.

Ryan sonrió.

Y cuando ella notó que la miraba, lo miró también. Y le devolvió la sonrisa. Una sonrisa nada tímida. Una enorme. La que Amanda solo tenía reservada para él.

—Vamos —su padre le dio unas palmaditas en la espalda—. Esa sonrisa merece un beso. Mínimo.

Ryan rio, asintió con la cabeza y se levantó.

—La voy a hacer feliz —dijo, mirándolo—. Y voy a ser feliz.

—Eso es lo único que me importa.

Se alejó de su padre y caminó hacia Amanda. Cuando llegó hasta ella, la estrechó en un abrazo por detrás, le dio un beso en la cabeza y se unió a la conversación.

—Han tardado, ¿eh? —comentó su madre, ofreciéndole una copa a su marido.

El padre miró a sus hijos y resopló.

—Joder… y tanto.



Ryan se inclinó hacia Amanda y le apartó un mechón de pelo que se le había pegado a la frente por el calor.

Ella lo miró de reojo, medio sonriente. Él le dio un beso en la sien.

Tyler los miró sin pestañear.

—Eso no es amor. Es obsesión.

Ryan se giró despacio, con una ceja alzada.

—¿Perdón?

—La estás monitorizando como si fueras un satélite espía. Cada vez que se mueve, tú te activas.

—Es amor, idiota —murmuró Amanda, metiéndose una patata en la boca.

—No. Amor es otra cosa. Lo suyo es síndrome de vigilancia emocional aguda.

—¿Perdón? —repitió Ryan.

—Te activas cada vez que respira. Tienes más patrones de comportamiento sobre ella que el propio AmandaGPT.

—¿AmandaGPT? —Amanda alzó una ceja.

—Una IA que predice tus estados emocionales en función de tu expresión facial y tus hábitos de consumo de helado.

—Eso no existe, Tyler.

—Todavía no —añadió, muy serio—. Pero tengo prototipo.

Amanda soltó una carcajada, secándose una lágrima de risa.

—Este niño está mal.

—No más que vosotros. Solo que yo lo acepto.

Ryan sonrió.

—Es que no es amor —insistió Tyler—. Bueno, es amor con síntomas de ansiedad, dependencia emocional y una gestión del trauma muy deficiente.

—Eso es amor —lo interrumpió Amanda.

—Claramente —asintió Ryan—. Disfuncional, pero amor.

—Y tan disfuncional —añadió Tyler—. Llorabas por ella cada noche. Y me obligabas a pasarte informes nocturnos.

—¿Cómo era eso, Tyler? —intervino Nick—. Recuérdame alguno.

Tyler no tuvo que pensarlo mucho. Recitó uno rápidamente.

—«Estado emocional estable. Rumbo al baño. Nivel de llanto moderado. Helado de chocolate. Cucharadas irregulares».

—Me meaba cada vez que los leía —rio Nick.

—¿Cómo que los leías? —preguntó Amanda, frunciendo el ceño—. ¿A ti también te lo contaba?

—Y a mí —dijo Anne—. Y a vuestros padres. Vamos, los del grupo de WhatsApp secreto.

—¿Tenéis un grupo de WhatsApp secreto? —Amanda no se lo podía creer.

—Claro —asintió Anne—. Ya no escribimos. Desde que volvisteis, nos parece menos divertido.

—¿Menos divertido? —repitió Amanda, escandalizada.

—Sí. Ahora sois empalagosos —dijo Tyler—. No discutís, os tocáis todo el rato, y Ryan no deja de sonreír como si le hubieran cambiado las baterías.

—Estoy feliz —replicó él—. ¿Te molesta?

—Un poco, sí. Es raro —suspiró Tyler—. En fin, cosas típicas de pareja.

—¿Desde cuándo das cátedra sobre relaciones si nunca has tenido una? —rio Amanda.

Tyler la miró.

—Estadísticamente, tener una no me haría más experto. Solo más involucrado emocionalmente. Yo observo. Analizo. Tengo más datos sobre vuestra relación que vosotros mismos.

Amanda soltó otra carcajada.

—Este niño no está bien.

Pero decía la verdad.

—Tampoco vosotros —respondió Tyler—. Por eso hacéis tan buena pareja.

Y por una vez, todos rieron.

Incluso Tyler. Un poco.



Capítulo 25

—Joder… —murmuró Ryan sobre sus labios—. Cuántas ganas tenía de tenerte solo para mí.

Apenas habían cerrado la puerta cuando se lanzó sobre ella.

La empujó contra la pared del recibidor, le cogió la cara con ambas manos y la besó como si llevara una vida entera aguantándose.

Y la verdad es que era así como se sentía.

Amanda le respondió con la misma hambre. Le rodeó el cuello con los brazos y pegó su cuerpo al de él hasta que no quedó aire entre los dos.

Ryan la levantó sin esfuerzo, con las piernas de ella rodeándole la cintura. Mientras la llevaba hasta el sofá, no dejó de besarla: la boca, el cuello, el hueco entre los pechos.

Estaba fuera de control.

La tumbó y se incorporó para quitarse la ropa, pero Amanda le agarró del cinturón.

—No —dijo con una sonrisa sucia—. Esta vez lo hago yo.

Le desabrochó el pantalón sin apartar la mirada de su cara.

Ryan jadeaba, con los labios entreabiertos y su erección empujando la tela.

Amanda bajó la cremallera despacio. Cuando le sacó la polla, la tenía dura, gruesa y caliente, palpitando en su mano.

La acarició de arriba abajo. Firme.

Ryan soltó un gemido bajo, grave, y echó la cabeza hacia atrás.

Amanda bajó la cabeza y le lamió la punta. Primero un roce lento con la lengua. Luego otro. Después abrió la boca y se la metió entera. La sintió entrar hasta el fondo de su garganta.

Ryan gruñó.

Ella gimió.

Se la lamió sin pausa. Se la comió con ganas, mientras él, con los dedos enredados en su pelo, se movía dentro de su boca.

Amanda lo miraba desde abajo, con los ojos brillando y la boca llena de él.

—Mierda… Amanda… —jadeó él—. Joder, sigue… así, así, así…

Amanda aceleró el ritmo. Le acarició los testículos, se los metió en la boca un instante y luego volvió arriba para tragárselo entero otra vez.

Ryan estaba a punto.

—Me voy a correr —avisó, tenso, temblando.

Pero ella no paró. Se lo tragó todo cuando explotó dentro.

Y luego se relamió.

—Joder, nena… ¿Te haces una idea de cuánto te quiero? —gimió él, mirándola, todavía temblando de placer.

Ella negó con la cabeza, con una sonrisa en esos perfectos e hinchados labios.

—No. Creo que vas a tener que recordármelo —dijo, pícara.

Ryan la miró, medio jadeando, medio riendo.

—Todas las veces que necesites.

Y entonces la devoró.



Epílogo
Años después…

Tyler estaba sentado en la alfombra del salón, con la espalda apoyada contra el sofá y una taza de té templado entre las manos.

A su lado, sentada con las piernas cruzadas y la espalda recta como un poste, su sobrina alineaba juguetes.

Por colores. Por tamaño. Por estado de conservación.

Y por el número exacto de puntos de roce visibles.

Tyler no había intervenido en absoluto. Solo observaba.

Hasta que lo hizo.

—Ese está mal colocado.

La niña no levantó la vista.

—No está mal. Está en transición.

—¿De qué a qué?

—De rojo claro a rojo medio.

—¿Basado en qué escala?

—La mía.

Tyler parpadeó una sola vez.

Asintió.

—Acepto tu criterio. Pero deberías estandarizarlo.

—Ya lo tengo. Está en mi cuaderno azul.

Tyler sonrió apenas, y bebió otro poco de té.

Frente a ellos, a unos dos metros, el bebé arrastraba un camión por el suelo mientras hacía ruidos guturales. Se comía el parachoques con babas incluidas. Luego se lo quitaba de la boca y lo lanzaba contra la pared.

La niña lo miró sin expresión.

—No tiene criterio —dijo.

—Ninguno —confirmó Tyler.

—¿Y eso se enseña?

—A veces sí. Pero normalmente no se desarrolla por completo hasta los cinco. Tiene margen.

El bebé volvió a soltar una carcajada pegajosa y a lanzar un muñeco de trapo con una precisión digna de un francotirador. El muñeco rebotó en el marco de una puerta, y cayó justo al lado del cuaderno azul.

La niña lo miró. No con susto. Con decepción.

—Eso es invasión de espacio personal.

—Y vandalismo —añadió Tyler—. Pero al menos tiene puntería.

El bebé gateó hacia el peluche, lo abrazó como si acabara de encontrar el Santo Grial y se puso a chuparle la cara.

—No entiendo por qué hace eso —murmuró ella.

—Es su forma de explorar el mundo.

—Pero yo nunca hice eso.

Tyler asintió.

—Exacto. Por eso él tiene un babero y nosotros no.

La niña pareció conforme con esa lógica.

Amanda entró justo en ese momento con un bol en la mano. Se detuvo en la puerta y los observó.

—Dios… No creo que pueda con tres Tyler —murmuró Amanda, mirando al bebé.

Tyler no giró la cabeza.

—No hay evidencia genética concluyente de que el bebé también lo sea.

Amanda lo ignoró.

—Durante años me pregunté si lograría tener uno… —murmuró, recordando todas esas veces en las que pensaba que se le pasaría el

arroz.

Ryan apareció detrás. La rodeó por la cintura y apoyó la barbilla en su hombro.

—Y ahora tienes dos. Una que clasifica objetos y otro que se los come.

Amanda soltó una risa baja, pero no apartó la vista del caos frente a ella.

Tuvo a su hija un año después de perder a su primer bebé, y durante todo el embarazo, vivió con el corazón encogido.

Pero nació bien. Su niña arcoíris.

El pequeño llegó después. Y aunque algo menos, el miedo seguía ahí.

Ese miedo que se esconde detrás de cada esperanza. Y que nunca se va del todo.

Pero ahí estaba también su pequeño.

Tenía una familia. La vida le había dado más de lo que había pedido. Claro que también le había quitado.

Pero había seguido adelante.

Porque, pase lo que pase, eso hay que hacerlo siempre.

La vida no para. Y nosotros tenemos que avanzar con ella.

Ryan la abrazó más fuerte. Le dio un beso en el cuello y le susurró:

—Te quiero, nena. ¿Lo sabes?

Claro que lo sabía. No había dejado de demostrárselo ni un solo día.

—Yo también te quiero.

Bendito el día en que decidieron desafiar todos los límites. Y lo arriesgaron todo. Incluso el miedo.



Tyler

La conoció un martes.

No fue una circunstancia especial. No hubo música de fondo ni una luz concreta que hiciera la escena memorable.

Solo era martes.

Y había llovido.

Ella llegó con las botas manchadas de barro y el pelo pegado a la frente. Tenía un cuaderno lleno de cosas desordenadas: anotaciones sin margen, dibujos que se salían del espacio lógico y marcas de dedos hechas con rotulador rojo.

Amanda la presentó como «Paula, la amiga de mi amiga». Lo dijo sin más contexto.

Él lo anotó internamente: «Amiga de segundo grado. Conexión social débil. Riesgo bajo de apego.»

Paula lo miró y sonrió. Una sonrisa real. Con los ojos. Con los pómulos. No fue forzada.

—¿Tú eres Tyler?

Él asintió. No hacía falta corregir.

—He oído hablar de ti.

—Yo no he oído hablar de ti —respondió él.

Ella se rio.

No fue molesto. Él lo midió: 2,1 segundos de duración. Tono medio. No agudo. Sin chirrido nasal.

Luego se sentó. No a una distancia estratégica, como hacían los adultos funcionales. Se sentó justo al lado. 1,3 metros de proximidad cuando la norma eran 1,5.

No le incomodó. Lo anotó como raro.

Durante la cena, habló más de lo necesario. Tenía datos imprecisos, opiniones muy personales, y una tendencia a mirar directamente a los ojos.

En teoría, todo eso debería haberle resultado incómodo. Pero no lo fue.

Observó sus manos mientras hablaba. Tenía las uñas mal pintadas. Dos dedos manchados de tinta azul. El pulgar izquierdo se movía sin parar. Un tic nervioso.

Lo hacía el 6,8 % de la población en estados de ansiedad leve.

Estuvo a punto de decírselo. Pero se contuvo. No sabía por qué.

Al final de la noche, Amanda le ofreció llevarla en coche. Paula dijo que prefería caminar, aunque estaba lloviendo.

Le pareció ineficiente.

—¿Quieres que te acompañe?

La frase salió de su boca antes de ser procesada racionalmente. Inmediatamente después, el 80 % de su sistema interno entró en pánico.

Ella lo miró.

—¿Tú quieres acompañarme?

Tyler parpadeó.

—No. Pero me parecería razonable.

Ella sonrió.

—Vale.

Y caminaron.

Minuto 2 de caminata: no hablaban.

Minuto 3: tampoco.

Minuto 4: ella rio.

—No te incomoda el silencio, ¿verdad?

—No. Me parece funcional.

—Me gusta eso. No finges.

Él no supo si era un elogio o una crítica. Pero no preguntó.

Caminaron otro rato. Entonces sus manos se rozaron y ocurrió algo extraño. Tyler notó calor en el pecho. No externo. Interno.

No sudaba. No era fiebre. Era algo más profundo. Como una especie de expansión incómoda, pero no dolorosa.

Síntomas físicos:

• Pulso acelerado.

• Respiración alterada.

• Ligero temblor en la mano derecha.

Descartó hipoglucemia. Había cenado.

Descartó reacción alérgica. Nada en el entorno le resultaba nuevo.

Solo quedaba ella. Paula. Con sus botas mojadas. Con su cuaderno manchado. Con sus datos inexactos y su sonrisa mal estructurada.

Y entonces lo supo.

No sabía qué era. Solo que lo era. Algo.

No lo entendía. No sabía si era atracción. Deseo. Curiosidad biológica. O una mezcla de errores neuronales que estaba fuera de su control.

Ella lo miró.

—Estás pensando mucho.

—Sí.

—¿En qué?

—En por qué no me molesta caminar bajo la lluvia contigo.

Ella sonrió.

Él no. Pero le tembló el estómago. Era nuevo. No le gustó la sensación, pero tampoco quería dejar de sentirla.

La acompañó hasta la puerta de su edificio. Era gris. Tenía dos buzones con etiquetas despegadas. El timbre sonaba agudo, desafinado. Había humedad en las paredes del portal.

—Gracias por acompañarme —dijo ella.

—No lo hice por cortesía. Lo hice por lógica. Era lo más seguro.

—Lo sé. Pero lo agradezco igual.

Tyler asintió.

Paula apoyó la espalda en la pared del portal y lo miró.

—¿Quieres subir?

—¿Por qué?

—No lo sé. Porque me apetece.

Tyler no entendía nada.

—¿Qué pasaría si subo?

—Nada. O algo. ¿Por qué necesitas saberlo?

—Porque no me gusta improvisar.

Ella rio. Otra vez. Esta vez más fuerte. 2,9 segundos. Aun así, no le molestó.

—No hace falta que subas si no quieres —añadió—. Podemos hacerlo otro día.

Tyler asintió de nuevo.

—Lo pensaré.

—¿Siempre lo piensas todo así?

—Sí.

—¿Incluso esto?

—No sé qué es «esto».

—A eso me refiero.

Entonces Tyler lo dijo.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Y tres.

—¿Sientes lo mismo que yo ahora mismo?

Ella ladeó la cabeza.

—¿Y qué crees que estás sintiendo?

—No lo sé. Eso estoy intentando averiguar.

—Entonces no puedo saber si siento lo mismo.

Eso tenía lógica, pero no ayudaba.

—¿Qué sientes tú? —preguntó él.

—Curiosidad —dijo ella—. Y ganas. Pero no sé de qué.

—Eso suena impreciso.

—Lo es.

Ella volvió a mirarlo. Lentamente. Como si buscara algo en su cara.

—¿Me quieres besar, Tyler?

Él se paralizó.

Quería decir «no lo sé».

Quería decir «¿para qué?»

Quería decir «nunca lo he hecho».

Pero solo dijo:

—Creo que sí.

Ella no se movió.

—Entonces hazlo.

Tyler no supo cómo. Sus datos no servían. Nadie enseña a besar. Nadie enseña a sentirlo.

Lo había visto mil veces, claro. En películas. En la calle. En Amanda y Ryan. Pero nunca lo había procesado desde dentro.

Dio un paso. Estaba demasiado cerca. No había margen de maniobra.

Ella cerró los ojos.

Él no.

La observó un instante. Notó el temblor leve en su respiración. El movimiento mínimo de su labio inferior. El olor a humedad, a piel mojada, a algo más.

Apoyó una mano en su mejilla. No como los demás lo hacían. No para sostener. Sino para saber si era real.

Y la besó.

Lento. Torpe. Muy torpe.

Chocó con su nariz. Respiró mal. Y no cerró los ojos.

Ella rio contra su boca, y luego lo besó bien. Suave. Precisa. Paciente.

Él no sabía si lo hacía bien. Pero la mano de ella se apoyó en su pecho, y no se apartó.

El beso duró 6,4 segundos.

A Tyler le pareció eterno. Y también demasiado breve.

Cuando se separaron, Tyler solo dijo:

—Quiero repetirlo.

Paula sonrió.

—Yo también.

Y lo hicieron. Más lento. Un poco más seguros. Un poco menos torpes.

Duró más. Tyler no contó los segundos. No quiso. Cuando se separaron, parpadeó dos veces.

—¿Y ahora qué? —preguntó él.

—¿Cómo que «ahora qué»?

—No sé. Pensé que después venía algo.

—¿Algo como qué?

—No sé.

—¿No sabes qué significa esto?

—No. ¿Tú sí?

Silencio.

—¿Qué quieres que signifique? —preguntó él entonces.

Paula lo miró. La cabeza ladeada, los ojos tranquilos.

—No lo sé aún. Pero tampoco quiero que no signifique nada —añadió ella, bajando un poco la voz—. ¿Tú sí?

Tyler pensó durante unos segundos. No le gustaba responder sin procesar antes.

—No me molestaría si significara algo —dijo finalmente—. Pero tendría que ser algo que entendiera.

Paula sonrió, muy leve.

—Entonces empecemos por eso. Por entenderlo.



Nota final

Esta historia no va solo de amor. Ni de pérdida.

Va de miedo. Del miedo a empezar, a equivocarse, a perder, a volver a intentarlo.

Pero también va de fuerza. De esa que no se nota, pero que te levanta cada mañana. De la que te empuja a querer empezar otra vez, aunque no sepas cómo.

Y va, sobre todo, de elegir.

A pesar de todo.

A pesar del pasado.

A pesar del miedo.

Porque, a veces, el amor no es el final. Es la decisión de quedarse. De construir. De seguir.

Incluso cuando duele.

NOVELAS

Vega Manhattan

01 — Emmanuel

02 — Huyendo del príncipe azul

03 — Ódiame… Pero quédate conmigo

04 — Una propuesta arriesgada (Propuesta 1)

05 — Una propuesta peligrosa. La historia de David (Propuesta 2)

06 — En las manos del Duque

07 — Siempre fuiste tú (FBI 1)

08 — Nunca imaginé que fueras tú. La historia de Noah (FBI 2)

09 — Siempre serás tú. La historia de Alan (FBI 3)

10 — La seducción del Highlander

11 — ¡No lo hagas! La organizadora de bodas

12 — Para mi desgracia, mi jefe

13 — Todo por sentir

14 — Toda una vida

15 — Un lugar para refugiarse

16 — No callaré para siempre

17 — Cambiaste mi vida

18 — Sin mirar atrás

19 — Te protegeré siempre (FBI 4)

20 — Mi lugar eres tú (Relato navideño)

21 — Prometo no amarte hasta que el pacto nos separe

22 — Cupido. ¡La madre que te parió!

23 — Lo que provocas en mí

24 — Un hermanastro por Navidad (Relato navideño)

25 — Tengo ganas de ti

26 — Jefe, ¡que te den!

27 — Un regalo de NAVIDAD para ti (Relato navideño)

28 — ¡Por qué no te callas!

29 — Raven. Serie La Mansión 1

30 — Rain. Serie La Mansión 2

31 — Romeo. Serie La Mansión 3

32 — Un jefe por Navidad (Relato navideño)

33 — Raider. Serie La Mansión 4

34 — Vengo a hablar de mi jefe

35 — Improbesemos

36 — A la mierda el amor

37 — Vuelve a casa por Navidad (Relato navideño)

38 — Cupido, ¡por qué mi Jefe!

39 — Una Lady en jeans

40 — Cupido. ¡Por qué mi hermanastro!

Recopilaciones

—Serie Propuesta

—Serie FBI

—Serie La Mansión

Explora todas mis novelas escaneando este código.

